

SOBRE ARTE Y LITERATURA
Carlos Marx - Federico Engels

PRIMERA PARTE
CUESTIONES DE ESTÉTICA

RELACIONES ENTRE LA INFRAESTRUCTURA Y LA SUPERESTRUCTURA

EXISTENCIA SOCIAL Y CONCIENCIA SOCIAL

El hecho es el siguiente: individuos determinados, que tienen una actividad productora según un modo determinado, entran en esas relaciones sociales y políticas determinadas. En cada caso aislado, la observación empírica debe mostrar empíricamente, y sin ninguna especulación ni mistificación, el lazo entre la estructura social y política y la producción. La estructura social y el Estado resultan, constantemente, del proceso vital de individuos determinados; pero estos individuos, no tales como pueden aparecer a sus propios ojos o a los ojos de otro, sino tales como son en realidad; es decir, tales como obran y producen materialmente; es decir, tales como actúan sobre bases y en condiciones y límites materiales determinados e independientes de su voluntad.

La producción de las ideas, de las representaciones y de la conciencia está, en principio, directa, íntimamente ligada a la actividad material y al comercio material de los hombres; es el lenguaje de la vida real. Las representaciones, el pensamiento, el comercio intelectual de los hombres, aparecen aún aquí como la emanación directa de su comportamiento material. Lo mismo sucede en la producción intelectual, tal como se presenta en el lenguaje de la política, las leyes, la moral, la religión, la metafísica, etc., de un pueblo. Son los hombres los productores de sus representaciones, de sus ideas, etc.; pero los hombres reales, actuantes, en tanto son condicionados por un desarrollo determinado de sus fuerzas productivas y de relaciones que le corresponden, comprendidas las formas más vastas que éstas puedan tomar. La conciencia no puede ser nunca otra cosa que el ser consciente (*das bewusste Sein*), y el ser de los hombres es su proceso de la vida real. Y si, en toda la ideología, los hombres y sus relaciones nos aparecen situados cabeza abajo, como en una cámara negra, este fenómeno emana de su proceso de vida histórica; igual en absoluto a como la inversión de los objetos de la retina emana de su proceso de vida directamente física.

Al contrario de la filosofía alemana que desciende del cielo a la tierra, es de la tierra al cielo que se asciende aquí. Dicho de otro modo, no se parte de lo que los hombres dicen, se imaginan, se representan, ni tampoco de lo que son en las palabras, el pensamiento, la imaginación y la representación de otro, para llegar luego a los hombres de carne y hueso; no, se parte de los hombres en su actividad real, y es desde sus procesos de vida real que se representa el desarrollo de los reflejos y de los ecos ideológicos de ese proceso vital. Incluso las fantasmagorías del cerebro humano son sublimaciones que resultan necesariamente de su proceso de vida material, que se puede constatar empíricamente y que reposa en bases materiales. Ante este hecho, la moral, la religión, la metafísica y todo el resto de la ideología, así como las formas de la conciencia que les corresponden, pierden inmediatamente toda apariencia de autonomía. No tienen historia, no tienen desarrollo; son, por el contrario, los hombres los que, desarrollando su producción material y sus relaciones materiales, transforman, con esta realidad que les es propia, su pensamiento y los productos de su pensamiento.

No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia. En la primera manera de considerar las cosas se parte de la conciencia como individuo viviente; en la segunda, que corresponde a la vida real, se parte de individuos reales y vivientes ellos mismos, y se considera la conciencia únicamente como la conciencia *de ellos*.

Y este modo de considerar las cosas no es algo incondicional. Parte de las premisas reales y no las pierde de vista ni por un momento. Sus premisas son los hombres, pero no vistos y plasmados a través de la fantasía y en forma aislada, sino en su proceso de desarrollo real y empíricamente registrable, bajo la acción de determinadas condiciones. Tan pronto como se expone este proceso activo de vida, la historia deja de ser una colección de hechos muertos, como lo es para los empíricos, que además son abstractos, o una acción imaginaria de sujetos imaginarios, como para los idealistas.

Allí donde termina el pensamiento especulativo, en la vida real, comienza la ciencia real y positiva, la exposición de la acción práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres. Terminan allí las frases sobre la conciencia y pasa a ocupar su sitio el saber real. La filosofía independiente pierde, con la exposición de la realidad, el medio en que puede existir. En su lugar puede aparecer, a lo sumo, un compendio de los resultados más generales, abstraído de la consideración del desarrollo histórico de los hombres. Estas abstracciones de por sí, separadas de la historia real, carecen de todo valor. Solo pueden servir para facilitar el ordenamiento del material histórico, para indicar la sucesión en serie de sus diferentes estratos. Pero no ofrecen en modo alguno, como la filosofía, una receta o un patrón con arreglo al cual puedan aderezarse las épocas históricas. Por el contrario, la dificultad comienza allí donde se aborda la consideración y ordenamiento del material, sea el de una época pasada o el del presente, cuando se inicia la exposición real de las cosas.

C. MARX. F. ENGELS: La ideología alemana.¹
Edit. Pueblos Unidos, Montevideo, 1959, pág. 25-27.

El hombre tiene también una "conciencia". Pero no una conciencia que sea de entrada una conciencia "pura". Desde el principio, una maldición pesa sobre "el espíritu": la de ser "obstaculizado" por una materia que se presenta aquí bajo las formas de capas de aire agitadas, sonidos, lenguaje, en una palabra. El lenguaje es tan viejo como la conciencia -el lenguaje es la conciencia real, práctica, existente también para otros hombres, existente, pues, igualmente para mí mismo por la primera vez-, y como la conciencia, el lenguaje no aparece sino con la necesidad de trato con los demás hombres. Allí donde existe una relación, existe para mí. El animal "no está en relación" con nada, no conoce, en suma, ninguna relación. Para el animal, sus relaciones con los otros no existen en tanto que relaciones. La conciencia es, pues, de entrada, un producto social, y seguirá siéndolo durante todo el tiempo en que existan hombres en general. Por supuesto, la conciencia no es, en principio, sino la conciencia del medio sensible *más cercano*, y la del lazo limitado con otras personas y otras cosas situada fuera del individuo que toma conciencia; es, al mismo tiempo, la conciencia de la naturaleza que se yergue al principio ante los hombres como una fuerza pujantemente extraña, todopoderosa e inatacable, hacia la cual los hombres se comportan puramente animal, y que se les impone como al ganado; por consecuencia, una conciencia de la naturaleza puramente animal (religión de la naturaleza). Se ve inmediatamente que esa religión de la naturaleza o estas relaciones determinadas hacia la naturaleza son condicionadas por la forma de la sociedad y *viceversa*. Aquí como en todas partes por lo demás, la identidad del hombre y la naturaleza aparece también bajo esta forma en que el comportamiento limitado de los hombres ante la naturaleza condiciona su comportamiento limitado entre ellos, y en que el comportamiento limitado entre ellos condiciona, a su vez, sus relaciones limitadas con la naturaleza. Precisamente porque la naturaleza está aún apenas modificada por la historia. Y por otra parte, la conciencia de la necesidad de entrar en relación con los individuos que le rodean marca para el hombre el inicio de la conciencia del hecho de que vive, en suma, en sociedad.

Este inicio es tan animal como lo es la vida social en este estadio mismo; es una simple conciencia gregaria, y el hombre se distingue del borrego solo por el hecho de que su conciencia toma en él el lugar del instinto o que su instinto es un instinto consciente. Esta conciencia borreguil o tribal recibe su desarrollo y su perfeccionamiento ulteriores del crecimiento de la productividad, del aumento de las necesidades y del crecimiento de la población, que es la base de las dos precedentes. Así se desarrolla la división del trabajo, que no era primitivamente otra cosa que la división del trabajo en el acto sexual, y luego deviene división del trabajo que se hace a sí misma o "naturalmente", en virtud de las disposiciones naturales (vigor corporal, por ejemplo), de las necesidades, los azares, etc. La división del trabajo no deviene, efectivamente, división del trabajo más que a partir del momento en que se opera una división del trabajo material e intelectual. A partir de este momento, la conciencia *puede* verdaderamente imaginarse que es otra cosa que la conciencia de la práctica existente, que representa *realmente* alguna cosa, sin representar nada real. A partir de este momento, la conciencia se halla en estado de emanciparse del mundo y de pasar a la formación de la teoría "pura": teología, filosofía, moral, etc. Pero incluso cuando esta teoría, esta teología, esta filosofía, esta moral, etc., entran en contradicción con las relaciones existentes, eso solo puede producirse ante el hecho de que las relaciones sociales existentes han entrado en contradicción con la fuerza productiva existente; por lo demás, en un círculo de relaciones, nacional, determinado, esto puede suceder así porque, en este caso, la contradicción se produce, no en el interior de esa esfera nacional, sino entre esta conciencia nacional y la práctica de las otras naciones, es decir, entre la conciencia nacional y la conciencia universal.

C. Marx y F. Engels: La ideología alemana. Edit. Pueblos Unidos, Montevideo, 1959, Págs. 30-32.

Las ideas de la clase dominante son también las ideas dominantes de cada época o, dicho de otro modo, la clase que es la fuerza *material* dominante de la sociedad es también la fuerza dominante *espiritual*. La clase que dispone de los medios de la producción material dispone, a la vez, de los medios de la producción intelectual; tanto así que, lo uno en lo otro, las ideas de aquellos a quienes le son negados los medios de producción intelectual están sometidas, por eso mismo a esa clase dominante. Las ideas dominantes no son más que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes; son esas relaciones dominantes captadas bajo la forma de idea. Así, pues, son la expresión de relaciones que hacen de una clase la clase dominante, o sea, son las ideas de su dominio. Los individuos que constituyen la clase dominante poseen, entre otras cosas, una conciencia, y, en consecuencia, piensan. En tanto que dominan como clase y determinan una época histórica en toda su amplitud, es de suponer que estos individuos dominan en toda la extensión de su clase, como seres pensantes, como productores de ideas que rigen la producción y la distribución de las ideas de su época; sus ideas son, pues, las ideas dominantes de su época. Tenemos como ejemplo una época y un país en el que el poder real, la aristocracia y la burguesía se disputan el dominio, y en la que éste es, pues, compartido; resulta que el pensamiento dominante es la doctrina de la división de poderes, que entonces es anunciada como una "ley eterna". He aquí la división del trabajo que hemos encontrado precedentemente como una de las fuerzas capitales de la historia. Esta división de poderes se manifiesta igualmente como la división entre el trabajo intelectual y el trabajo material; de modo que tendremos dos categorías de individuos en el interior de esta misma clase. Unos son pensadores, los ideólogos activos, capaces de elevarse a la teoría, y obtienen su sustento principal de la elaboración de la ilusión que esta clase se hace sobre sí misma, mientras que los otros tendrán una actitud más pasiva y receptiva ante estos

pensamientos y estas ilusiones, por que son los miembros realmente activos de esta clase y tienen menos tiempo para hacerse ilusiones e ideas sobre sus propias personas. En el interior de esta clase, tal división puede llegar a desembocar en una cierta oposición y una cierta hostilidad entre las dos partes en presencia. Pero cuando ocurre una colisión práctica en que la clase por entero es amenazada, esta oposición cae por sí misma, mientras se ve desvanecerse la ilusión de que las ideas dominantes no son las ideas de la clase dominante y de que tienen un poder distinto al poder de esta clase. La existencia de ideas revolucionarias en determinada época supone ya la existencia de una clase revolucionaria, y ya hemos dicho anteriormente todo lo necesario sobre las condiciones previas para darles nacimiento.

Admitamos que en la manera de concebir la marcha de la historia se aíslen las ideas de la clase dominante de esta misma clase dominante, y se hagan independientes. Si nos atenemos al hecho de que tales o cuales ideas han dominado en dicha época, sin inquietarnos por las condiciones de la producción ni por los productores de esas ideas, haciendo abstracción de los individuos y las circunstancias mundiales que dan base a tales ideas, se llegará entonces a decir, por ejemplo, que el tiempo en que la aristocracia reinaba era el reino de los conceptos de honor, de fidelidad, etc., y que el tiempo en que la burguesía reina es el reino de los conceptos de libertad, igualdad, etc. Eso es imaginar la clase dominante misma en su conjunto. Esta concepción de la historia, común a todos los historiadores, muy especialmente desde el siglo XVIII chocará necesariamente con el fenómeno de que los pensamientos reinantes son cada vez más abstractos, es decir, que toman cada vez más la forma de la universalidad. En efecto, cada nueva clase que toma el lugar de la que dominaba antes que ella es obligada, aunque sólo sea para alcanzar su fin, a representar su interés como el interés común de todos los miembros de la sociedad, o, para expresar las cosas en el plano de las ideas: esta clase está obligada a dar a sus pensamientos la forma de la universalidad, a representarlos como los únicos razonables y los únicos válidos de manera universal. Por el simple hecho de que se enfrenta a una *clase*, la clase revolucionaria se presenta, de entrada, no como clase, sino como representante de la sociedad entera, como la masa entera de la sociedad frente a la única clase dominante. Esto le es posible porque, al principio, su interés está realmente ligado aún al interés común de todas las otras clases dominadas, y porque, bajo la presión de circunstancias anteriores, este interés todavía no ha podido desarrollarse como interés particular de una clase particular. Por esto, la victoria de ésta clase es también útil a muchos individuos de las demás clases, que no alcanzan a apoderarse del dominio, pero lo es en la sola medida en que los pone en estado de elevarse hasta la clase dominante. Cuando la burguesía francesa derrocó el dominio de la aristocracia permitió a muchos proletarios elevarse por encima del proletariado, pero únicamente en el sentido de devenir burgueses. Cada nueva clase establece, pues, su dominio sobre una base más amplia que la anterior clase dominante, pero en revancha la oposición entre la clase que domina ahora y las que no dominan se agrava en profundidad y agudeza. De ello resulta que el combate que se trata de conducir contra la nueva clase dirigente tiene por fin, a su vez, que destruir las condiciones sociales anteriores de una manera más decisiva y más radical que lo que habían podido hacer hasta entonces todas las clases precedentes que habían buscado la dominación.

La ilusión, que consiste en creer que el dominio de una clase determinada es únicamente el dominio de ciertas ideas, termina, naturalmente, desde el momento en que el dominio de la clase en general deja de ser la forma del régimen social; es decir, tan pronto ya no es necesario representar un interés particular como si fuera el interés general o representar "lo universal" como dominante.

Una vez, separadas las ideas dominantes de los individuos que dominan, y sobre todo de las relaciones se derivan de un estadio determinado del modo de producción, se obtiene como resultado que son las ideas, constantemente, las que dominan en la historia, y entonces es muy fácil abstraer de estas diferentes ideas la "idea", o sea, la idea por excelencia, etc., como elemento que domina en la historia, y concebir por este medio todas estas ideas y conceptos aislados como "autodeterminaciones" *del concepto* que se desarrolla en la historia. Es igualmente natural, luego, llegar a hacer derivar todas las relaciones humanas del concepto del hombre, del hombre representado, de la esencia del hombre, del *Hombre*, en una palabra. Esto es lo que ha hecho la filosofía especulativa. Hegel mismo confiesa al final de la filosofía de la historia que "examina sólo la progresión *del Concepto*" y que ha representado la "verdadera *teodicea*" en la historia.

C. MARX y F. ENGELS: *La ideología alemana*, Edit. Pueblos Unidos, Montevideo, 1959, páginas 48-52.

(La comparación del dinero con la sangre -motivada por la palabra circulación- es casi tan correcta como la comparación de los patricios con el estómago, hecha por Menenio Agripa)². (No menos complejo es comparar el dinero con el idioma. Las ideas no se convierten en lenguaje de modo que a la vez desaparezca la peculiaridad de aquellas, en tanto que su carácter social subsiste junto con ellas en el idioma, del mismo modo que los precios existen paralelos a las mercancías. Las ideas no existen separadas del lenguaje. Las ideas que deben ser previamente traducidas de su idioma materno a otro idioma extranjero, para que circulen y sean susceptibles de intercambio, son más bien una analogía, pero aquí la analogía no consiste en el idioma, sino en lo que encierra de ajeno)

C. MARX: Manuscritos económicos de 1857-58. Archivo de C. Marx y F. Engels, t, IV, p 99.

En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, su ser social es el que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas, y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas sus fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos solo brotan cuando ya se dan, o por lo menos se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos podemos designar como otras tantas épocas de progreso en la formación económica de la sociedad el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la única forma antagónica del proceso social de producción, antagónica no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

C. MARX: Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política en Obras escogidas, Edit. Política, La Habana, 1963,t.I, p. 373-374. Edit. Futuro, Buenos Aires, 1945, p. 9-11. Edit. Nacional, México, 1966, p.7-8.

BASE ECONÓMICA Y SUPERESTRUCTURA IDEOLÓGICA.

Con el derecho ocurre algo parecido: al plantearse la necesidad de una nueva división del trabajo que crea juristas profesionales, se abre otro campo independiente más que, pese a su vínculo general de dependencia de la producción y del comercio, posee una cierta reactividad sobre estas esferas. En un estado moderno, el derecho no solo tiene que corresponder a la situación económica general, ser expresión suya, sino que tiene que ser, además, una expresión *coherente en sí misma*, que no ande a puñetazos con contradicciones internas. Para conseguir esto, la fidelidad en el reflejo de las condiciones económicas tiene que sufrir cada vez más quebranto. Y esto tanto más cuanto más raramente acontece que un Código sea la expresión ruda, sincera, descarnada, de la supremacía de una clase: tal cosa iría de por sí contra el "concepto del Derecho". Ya en el Código de Napoleón aparece falseado en muchos aspectos el concepto puro y consecuente que tenía del Derecho la burguesía revolucionaria de 1792 a 1976; y en la medida en que toma cuerpo allí, tiene que someterse diariamente a las atenuaciones de toda clase que le impone el creciente poder del proletariado. Lo cual no es obstáculo para que el Código de Napoleón sea el que sirva de base a todas las nuevas codificaciones emprendidas en todos los continentes. Por donde la marcha de la "evolución jurídica" sólo estriba en gran parte de la tendencia a eliminar las contradicciones que se desprenden de la traducción directa de las relaciones económicas a conceptos jurídicos, queriendo crear un sistema armónico de Derecho, hasta que irrumpen nuevamente la influencia y la fuerza del desarrollo económico ulterior y rompen de nuevo este sistema y lo envuelven en nuevas contradicciones (por el momento solo me refiero aquí al Derecho civil).

El reflejo de las condiciones económicas en forma de principios jurídicos es también forzosamente un reflejo invertido: se opera sin que los sujetos agentes tengan conciencia de ello; el jurista cree manejar normas apriorísticas, sin darse cuenta de que estas normas no son más que simples reflejos económicos; todo al revés. Para mí es evidente que esta inversión, que mientras no se la reconoce constituye lo que llamamos *concepción ideológica*, repercute a su vez sobre la base económica y puede, dentro de ciertos límites, modificarla. La base del derecho de herencia, presuponiendo el mismo grado de evolución de la familia, es una base económica. A pesar de eso sería difícil demostrar que en Inglaterra, por ejemplo, la libertad absoluta de testar y en Francia sus grandes restricciones responden en todos sus detalles a causas puramente económicas. Y ambos sistemas repercuten de modo muy considerable sobre la economía, puesto que influyen en el reparto de bienes.

Por lo que se refiere a las esferas ideológicas que flotan aún más alto en el aire: la religión, la filosofía, etc., éstas tienen un fondo prehistórico de lo que hoy llamaríamos necedades, con que la historia se encuentra y acepta. Estas diversas ideas falsas acerca de la naturaleza, el carácter del hombre mismo, de los espíritus, las fuerzas mágicas, etc., se basan siempre en factores económicos de aspecto negativo; el incipiente desarrollo económico del período prehistórico tiene por complemento y también parte por condición, e incluso por causa, las falsas ideas acerca de la naturaleza. Y aunque las necesidades económicas habían sido, y lo siguen siendo cada vez más, el acicate principal del conocimiento progresivo de la naturaleza, sería, no obstante, una pedantería querer buscar a todas estas necedades primitivas una explicación económica. La historia de las ciencias es la historia de una gradual superación de estas necedades, o bien de su sustitución por otras nuevas, aunque menos absurdas. Los hombres que se cuidan de esto pertenecen a su vez, a órbitas especiales de la división del trabajo y creen laborar en un campo independiente. Y en cuanto forman un grupo independiente dentro de la división social del trabajo, sus producciones, sin exceptuar sus errores, influyen de rechazo sobre todo el desarrollo social, incluso el económico. Pero, pese a todo, también ellos se hallan bajo la influencia dominante del desarrollo económico. En la filosofía, por ejemplo, donde más fácilmente se puede comprobar esto, es en el período burgués. Hobbes fue el primer materialista moderno (en el sentido del siglo XVIII), pero absolutista, en una época en que la monarquía absoluta florecía en toda Europa y en Inglaterra empezaba a dar la batalla al pueblo. Locke era, lo mismo en religión que en política, un hijo de la transacción de clases de 1688. Los deístas ingleses y sus más consecuentes continuadores, los materialistas franceses, eran los auténticos filósofos de la burguesía, y los franceses lo eran incluso de la Revolución Francesa. En la filosofía alemana, desde Kant hasta Hegel, se impone el filisteo alemán, unas veces positiva y otras negativamente. Pero como campo circunscrito de la división del trabajo, la división del trabajo, la filosofía de cada época tiene como premisa un determinado material de ideas que legan sus predecesores y del que arranca. Así se explica que países económicamente atrasados puedan, sin embargo, llevar la batuta en materia de filosofía: primero fue Francia, en el siglo XVIII, respecto a Inglaterra, en cuya filosofía se apoyaban los franceses; más tarde, Alemania respecto de ambos países. Pero en Francia, como en Alemania, la filosofía, como el florecimiento general de la literatura durante aquel período, era también el resultado de un auge económico. Para mí, la supremacía final del desarrollo económico, incluso sobre estos campos, es incuestionable, mas se opera dentro de condiciones impuestas por el campo concreto: en la filosofía, por ejemplo, por la acción de influencias económicas (que a su vez, en la mayoría de los casos, sólo operan bajo su disfraz político, etc.), sobre el material filosófico existente, suministrado por los predecesores. Aquí, la economía no crea nada *a novo*, pero determina el modo como se modifica y desarrolla el material de ideas, preexistente, y aun esto casi siempre de un modo indirecto, ya que son los reflejos políticos, jurídicos, morales, los que en mayor grado ejercen una influencia directa sobre la filosofía. Respecto a la religión, ya he dicho lo más necesario en el último capítulo de mi libro sobre Feuerbach.

Por tanto, si Barth cree que negamos todas y cada una de las repercusiones de los reflejos políticos, etc., del movimiento económico sobre este mismo movimiento económico, lucha contra molinos de viento. Le bastará con leer "El 18 de Brumario", de Marx³, obra que trata casi exclusivamente del papel *especial* que desempeñan las luchas y los acontecimientos políticos, claro está que dentro de su supeditación *general* a las condiciones económicas. O en *El Capital*⁴, por ejemplo, el capítulo que trata de la jornada de trabajo, donde la legislación, que es, desde luego, un acto político, ejerce una influencia tan tajante. O el capítulo dedicado a la historia de la burguesía (capítulo 24). Si el poder político es económicamente impotente, ¿por qué entonces luchamos por la dictadura política del proletariado? ¡La violencia (es decir, el Poder del Estado) es también una potencia económica!

Pero no dispongo de tiempo ahora para criticar el libro de Barth⁵. Hay que aguardar a que aparezca el tercer tomo; por lo demás, creo que también Bernstein⁶, por ejemplo, podrá hacerlo cumplidamente. De lo que adolecen todos estos señores es de falta de dialéctica. No ven más que causas aquí y efectos allí. Que esto es una abstracción, que en el mundo real esas antítesis polares metafísicas solo se dan en los momentos de crisis y que la gran trayectoria de las cosas discurre toda ella bajo formas de acciones y reacciones -aunque de fuerzas muy desiguales, la más fuerte, más primaria y decisiva de las cuales es el movimiento económico-, que aquí no hay nada absoluto y todo es relativo, es cosa que ellos no ven; para ellos no ha existido Hegel.

F. ENGELS: Carta a Conrad Schmidt, del 27 de octubre de 1890.

Según la concepción materialista de la historia, el factor que en *última instancia* determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el *único* determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacua, abstracta, absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levanta -las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, las Constituciones que, después de ganada una batalla, redacta la clase triunfante, etc., las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirlas en un sistema de dogmas- ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su *forma*. Es un juego mutuo de acciones y reacciones entre todos estos factores, en el que a través de toda la muchedumbre infinita de casualidades (es decir, de cosas y acontecimientos cuya trabazón interna es tan remota o tan difícil de probar, que podemos considerarla como inexistente, no hacer caso de ella), acaba siempre imponiéndose como necesidad el movimiento

económico ⁷. De otro modo, aplicar la teoría a una época histórica cualquiera, sería más fácil que resolver una simple ecuación de primer grado.

Somos nosotros mismos quienes hacemos nuestra historia, pero la hacemos, en primer lugar, con arreglo a premisas y condiciones muy concretas. Entre ellas son las económicas las que deciden en última instancia. Pero también desempeñan su papel, aunque no son decisivas, las condiciones políticas, y hasta la tradición, que merodea como un duende en las cabezas de los hombres. También el Estado prusiano ha nacido y se ha desarrollado por causas históricas, que son, en última instancia, causas económicas. Pero apenas podrá afirmarse, sin incurrir en pedantería, que los muchos pequeños estados del norte de Alemania fuese precisamente Brandenburgo, por imperio de la necesidad económica, y no también por la intervención de otros factores (principalmente su complicación, mediante la posesión de Prusia, en los asuntos de Polonia, y a través de esto, en las relaciones políticas internacionales, que fueron también decisivas en la formación de la potencia dinástica austríaca), el destinado a convertirse en la gran potencia en que tomaron cuerpo las diferencias económicas, lingüísticas y, desde la Reforma, también las religiosas, entre el Norte y el Sur. Difícilmente se conseguirá explicar económicamente, sin caer en el ridículo, la existencia de todos los pequeños estados alemanes del pasado y del presente o los orígenes de las permutaciones de consonantes en el alto alemán, que convierten en una línea de ruptura que corre a lo largo de Alemania la muralla geográfica formada por las montañas que se extienden de los Sudetes al Tauno.

En segundo lugar, la historia se hace de tal modo, que el resultado final siempre deriva de los conflictos entre muchas voluntades individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es por efecto de una multitud de condiciones especiales de vida; son, pues, innumerables fuerzas que entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante -el acontecimiento histórico-, que a su vez, puede considerarse producto de una potencia única, que, como todo actúa sin conciencia y sin voluntad. Pues lo que uno quiere tropieza con la resistencia que le opone otro, y lo que resulta de todo ello es algo que nadie ha querido. De esta manera, hasta aquí toda la historia ha discurrido a modo de un proceso natural y sometida también sustancialmente, a las mismas leyes dinámicas. Pero el hecho de que las distintas voluntades individuales -cada una de las cuales apetece aquello a que le impulsa su constitución física y una serie de circunstancias externas que en última instancia son circunstancias económicas (o las suyas propias personales o las generales de la sociedad) no alcancen lo que desean, sino que se fundan todas en una media total, en una resultante común, no debe inferirse que estas voluntades son iguales a cero. Por el contrario, todas contribuyen a la resultante y se hallan, por tanto, incluidas en ella. Además, me permito rogarle que estudie usted esta teoría en las fuentes originales y no en obras de segunda mano; es, verdaderamente, mucho más fácil; Marx apenas ha escrito nada en que esta teoría no desempeñe su papel. Especialmente, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* es un magnífico ejemplo de la aplicación de ella. También en *El Capital* se encuentran muchas referencias. En segundo término, me permito también remitirle a mis obras *La subversión de las ciencias por el señor E. Dühring* ⁸ y *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* ⁹, en las que se contiene a mi modo de ver, la exposición más detallada que existe del materialismo histórico.

El que los discípulos hagan a veces más hincapié del debido en el aspecto económico es cosa de la que, en parte, tenemos la culpa Marx y yo mismo. Frente a los adversarios teníamos que subrayar este principio cardinal que negaba, y no siempre disponíamos de tiempo, espacio y ocasión para dar la debida importancia a los demás factores que intervienen en el juego de las acciones y reacciones. Pero tan pronto como se trataba de exponer una época histórica, y por tanto de aplicar prácticamente el principio, cambiaba la cosa y ya no había posibilidad de error. Desgraciadamente ocurre con bastante frecuencia, que se cree haber entendido totalmente y que se puede manejar sin manejar sin más una teoría por el mero hecho de haberse asimilado, y no siempre exactamente, sus tesis fundamentales. De este reproche no se hallan exentos muchos de los nuevos "marxistas", y así se explican muchas de las cosas peregrinas que han aportado...

F. Engels: Carta a Joseph Bloch, 21 de Septiembre de 1890. ¹⁰

He aquí la respuesta a sus preguntas:

1) Por relaciones económicas, en las que nosotros vemos la base determinante de la historia de la sociedad, entendemos el modo como los hombres de una determinada sociedad producen el sustento para su vida y cambian entre sí los productos (en la medida en que rige la división del trabajo). Por tanto, *toda la técnica* de la producción y del transporte va incluida aquí. Esta técnica determina también, según nuestro modo de ver, el régimen de cambio, así como la distribución de los productos, y, por lo tanto, después de la disolución de la sociedad gentilicia, la división en clases también y, por consiguiente, las relaciones de dominación y sojuzgamiento y, con ello, el Estado, la política, el derecho, etc. Además, entre las relaciones económicas se incluye también la *base geográfica* sobre la que aquellas se desarrollan y los vestigios efectivamente legados por anteriores fases económicas de desarrollo que se han mantenido en pie, muchas veces sólo por la tradición o la *vis inertiae* (fuerza de la inercia), y, también, naturalmente, el medio ambiente que rodea a esta forma de sociedad.

Si es cierto que la técnica, como usted dice, depende en parte considerable del estado de la ciencia, más aún depende ésta del *estado* y las *necesidades* de la técnica. El hecho de que la sociedad siente una necesidad técnica estimula más a la ciencia que diez universidades. Toda la hidrostática (Torricelli, etc.) surgió de la necesidad de regular el curso de los ríos de las montañas de Italia en los siglos XVI y XVII. Acerca de la electricidad hemos comenzado a saber algo racional desde que se descubrió la posibilidad de su aplicación técnica. Pero, por desgracia, en Alemania la gente se ha acostumbrado a escribir la historia de las ciencias como si éstas hubieran caído del cielo.

2) Nosotros vemos en las condiciones económicas lo que condiciona en última instancia el desarrollo histórico. Pero la raza es, de suyo, un factor económico. Ahora bien, hay aquí dos puntos que no deben pasarse por alto:

a) El desarrollo político, jurídico, filosófico, literario, artístico, etc., descansa en el desarrollo económico. Pero todos ellos repercuten también los unos sobre los otros y sobre su base económica. No es que la situación económica sea la *causa*, lo *único activo*, y todo lo demás efectos puramente pasivos. Hay un juego de acciones y reacciones sobre la base de la necesidad económica que se impone siempre en *última instancia*. El estado, por ejemplo, actúa por medio de los aranceles protectores, el libre cambio, el buen o mal régimen fiscal; y hasta la mortal agonía y la impotencia del filisteo alemán por efecto de la mísera situación económica de Alemania desde 1648 hasta 1830, y que se revelaron primero en el pietismo y luego en el sentimentalismo y en la sumisión servil a los príncipes y a la nobleza, no dejaron de surtir su efecto económico. Fue éste uno de los principales obstáculos para el renacimiento del país, que sólo pudo ser sacudido cuando las fuerzas revolucionarias y napoleónicas vinieron a agudizar la miseria crónica. No es pues, como de cuando en cuando, por razones de comodidad, se quiere imaginar que la situación económica ejerza un efecto automático; no, son los mismos hombres los que hacen su historia, aunque dentro de un medio dado que los condiciona, y a base de las relaciones efectivas con que se encuentran, entre las cuales las decisivas, en última instancia, y las que nos dan el único hilo de engarce que pueda servirnos para entender los acontecimientos, son las económicas, por mucho que en ellas puedan influir a su vez las demás, las políticas e ideológicas.

b) Los hombres hacen ellos mismos su historia, pero hasta ahora no con una voluntad colectiva y con arreglo a un plan colectivo, ni siquiera dentro de una sociedad dada y circunscrita. Sus aspiraciones se entrecruzan; por eso en todas estas sociedades impera la *necesidad*, cuyo complemento y forma de manifestación es la *casualidad*. La necesidad que aquí se impone a través de la casualidad es también, en última instancia, la económica. Y aquí es donde debemos hablar de los llamados grandes hombres. El hecho de que surja uno de éstos, precisamente éste, y en un momento y un país determinado, es, naturalmente, una pura casualidad. Pero si lo suprimimos, se planteará la necesidad de reemplazarlo, y aparecerá un sustituto, más o menos bueno, pero, a la larga, aparecerá. Que fuese Napoleón, precisamente este corso, el dictador militar que exigía la República francesa, agotada por su propia guerra, fue una casualidad, pero que si no hubiese habido un Napoleón hubiese venido otro a ocupar su puesto, lo demuestra el hecho de que siempre que ha sido necesario un hombre: César, Augusto, Cromwell, etc., este hombre ha surgido. Marx descubrió la concepción materialista de la historia, pero Thierry, Mignet, Guizot y todos los historiadores ingleses hasta 1850 demuestran que ya se tendía a ello, y el descubrimiento de la misma concepción por Morgan prueba que se daban ya todas las condiciones para que se descubriese, y *necesariamente* tenía que ser descubierta.

Otro tanto acontece con las demás casualidades y aparentes casualidades de la historia. Y cuanto más alejado está de lo económico el campo concreto que estudiamos, y más se acerque a lo ideológico puramente abstracto, más casualidades advertiremos en su desarrollo, más zigzagueos presentará su curva. Pero si traza usted el eje medio de la curva verá que cuanto más largo sea el período en cuestión y más extenso el campo que se estudia, más paralelamente discurre este eje al eje del desarrollo económico.

El mayor obstáculo que en Alemania se opone a la comprensión exacta es el desdén imperdonable que se advierte en la literatura hacia la historia económica. Resulta muy difícil acostumbrarse a las ideas históricas que le meten a uno en la cabeza en la escuela, pero es todavía más difícil acarrear los materiales necesarios para ello. ¿Quién, por ejemplo, se ha molestado siquiera en leer al viejo G. von Gulich, en cuya árida colección de materiales se contiene, sin embargo, tanta materia para explicar incontables hechos políticos?

Por lo demás, creo que el hermoso ejemplo que nos ha legado Marx con *El 18 Brumario* podrá orientarlo a usted bastante bien acerca de sus problemas, por tratarse precisamente de un ejemplo práctico. También creo haber tocado yo la mayoría de los puntos en el *Anti-Dühring*, I, cap. 9, 11, y II, 2-4, y también en el III, cap. 10 en la introducción, así como en el último capítulo del *Feuerbach*.

F. ENGELS: Carta a Heinz Starkenburg, 25 de enero de 1894.

Estimado señor Mehring:

Hoy, por fin, puedo agradecerle la fina atención que ha tenido conmigo al enviarme *La leyenda de Lessing*. No he querido limitarme a un formal acuse de recibo, sino decirle al mismo tiempo algo sobre el libro, sobre su contenido. De aquí mi demora en la respuesta.

Empezaré por el final, es decir, por el apéndice sobre el materialismo histórico, en el que expone usted los hechos principales en forma magistral, capaz de convencer a cualquier persona libre de prejuicios. Si algo tengo que objetar es el que usted me atribuya más méritos de los que en realidad me pertenecen, incluso contando lo que yo -con el tiempo- hubiese llegado tal vez a descubrir por mí mismo, si no lo hubiese descubierto mucho antes Marx, con su visión más rápida y más amplia. Cuando uno ha tenido suerte de trabajar durante cuarenta años con un hombre como Marx, en vida de éste no suele gozar del reconocimiento que parecería merecer. Pero cuando el gran hombre muere, a su compañero de menor talla se le suele encomiar más de lo que merece. Creo que éste es mi caso. La historia terminará por poner las cosas en su sitio, pero para entonces ya me habré muerto tranquilamente y no sabré nada de nada.

Falta además un solo punto en el que, por lo general, ni Marx ni yo hemos hecho bastante hincapié en nuestros escritos, por lo que la culpa nos corresponde a todos por igual. En lo que nosotros más insistíamos- y *no podíamos por menos de hacerlo así*- era en *derivar* de los hechos económicos básicos las ideas políticas, jurídicas, etc., y los actos condicionados por ellas. Y al proceder de esta manera, el contenido nos hacía olvidar la forma, es decir, el proceso de génesis de estas ideas, etc. Con ello proporcionamos a nuestros adversarios un buen pretexto para sus errores y tergiversaciones. Un ejemplo patente de ello lo tenemos en Paul Barth.

La ideología es un proceso que realiza el llamado pensador conscientemente, en efecto, pero con una conciencia falsa. Las verdaderas fuerzas propulsoras que lo mueven permanecen ignoradas para él; de otro modo, no sería tal proceso ideológico. Se imagina, pues, fuerzas propulsoras falsas o aparentes. Como se trata de un proceso discursivo, deduce su contenido y su forma del pensar puro, sea el suyo propio o el de sus predecesores. Trabaja exclusivamente con material discursivo, que acepta sin mirarlo, como creación del pensamiento, sin someterlo a otro proceso de investigación, sin buscar otra fuente más alejada e independiente del pensamiento; para él, esto es la evidencia misma, puesto que para él todos los actos, en cuanto les sirve de *mediador* el pensamiento, tiene también en éste su *fundamento último*.

El ideólogo histórico (empleando la palabra histórico como síntesis de político, jurídico, filosófico, teológico, en una palabra, de todos los campos que pertenecen a la *sociedad*, y no solo a la naturaleza), el ideólogo histórico encuentra, pues, en todos los campos científicos un material que se ha formado independientemente del pensamiento de las generaciones anteriores y que ha atravesado en el cerebro de estas generaciones sucesivas por un proceso propio e independiente de evolución. Claro está que a esta evolución pueden haber contribuido también ciertos hechos externos, enclavados en el propio campo o en otro, pero, según la premisa tácita de que se parte, estos hechos son, a su vez, simples frutos de un proceso discursivo, y así no salimos de los dominios del pensar puro, que parece haber digerido admirablemente hasta los hechos más tenaces.

Esta apariencia de una historia independiente de las formas de regímenes estatales, de los sistemas jurídicos, de los conceptos ideológicos en cada campo específico de investigación, es la que más fascina a la mayoría de la gente. Cuando Lutero y Calvino "superan" la religión católica oficial, cuando Hegel "supera" a Fichte y Kant, y Rousseau, con su *contrato social* republicano, "supera" indirectamente al constitucional Montesquieu, tratase de un proceso que se mueve dentro de la teología, de filosofía, de la ciencia política, que representa una etapa en la historia de esas esferas del pensar y no trasciende para nada del campo del pensamiento. Y desde que a esto se ha añadido la ilusión burguesa de la perennidad e inapelabilidad de la producción capitalista, hasta la "superación" de los mercantilistas¹¹ por los fisiócratas¹² y A. Smith se considera simplemente como un triunfo exclusivo del pensamiento, no como el reflejo ideológico de un cambio de hechos económicos, sino como la visión justa, por fin alcanzada, de condiciones efectivas que rigen siempre en todas partes. Si Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto, en vez de dedicarse a las Cruzadas hubiesen implantado el libre cambio, nos hubieran ahorrado 500 años de miseria e ignorancia.

Este aspecto del asunto que aquí no he podido tocar más que de pasada, lo hemos descuidado todos, me parece más de lo debido. Es la historia de siempre: en los comienzos se descuida siempre la forma para atender más el contenido. También yo lo he hecho, como queda dicho, y la falta me ha saltado siempre a la vista *post festum* (después del hecho consumado). Así, pues, no solo está muy lejos de mi ánimo hacerle un reproche por esto, pues, por haber pecado antes que usted, no tengo derecho alguno a hacerlo, sino todo lo contrario; quería llamar su atención sobre este punto con vistas al futuro.

Con esto se halla relacionado también el necio modo de ver de los ideólogos: como negamos a las distintas esferas ideológicas que desempeñan un papel en la historia un desarrollo histórico independiente, les negamos también todo *efecto histórico*. Este modo de ver se basa en una representación vulgar antidualéctica de la causa y el efecto como dos polos fijamente opuestos, en un olvido absoluto del juego de acciones y reacciones. Que un factor histórico, una vez alumbrado por otros hechos, que son en última instancia hechos económicos, repercute a su vez sobre lo que le rodea, e incluso sobre sus propias causas, es cosa que olvidan, a veces muy intencionadamente, esos caballeros, como, por ejemplo, Barth, al hablar de los sacerdotes y la religión, como dice usted en la página 475 de su obra. Me ha gustado mucho su manera de ajustarle las cuentas a ese sujeto, cuya trivialidad supera todo lo imaginable. ¡Y a un individuo como este se le nombra profesor de historia en Leipzig! Debo decir que el viejo Wachsmuth, también muy cerrado de mollera, aunque mucho más sensible ante los hechos, era un tipo *muuy* diferente.

En términos generales, sólo puedo decir del libro lo mismo que dije en repetidas ocasiones acerca de los artículos, cuando aparecieron en el *Neue Zeit*: que es, hasta la fecha, la mejor exposición de la génesis del Estado Prusiano; diría incluso que es la única buena, pues en la mayoría de los casos muestra acertadamente todas las concatenaciones, hasta en los menores detalles. Siento únicamente que no haya abarcado usted de primer intento todo el desarrollo ulterior hasta Bismark, aunque tengo la secreta esperanza de que lo hará en otra ocasión, presentando un cuadro completo y coherente, empezando por el elector Federico Guillermo y terminando por el viejo Guillermo. Ya tiene usted hecha la labor preliminar, y hasta podemos decir, que por lo menos en las cuestiones fundamentales, esa labor es definitiva. Y hay que hacerlo antes de que se derrumbe todo el viejo edificio. La destrucción de las leyendas patrióticas de la monarquía no es una condición absolutamente indispensable para derrocar esa misma monarquía que sirve para encubrir la dominación de clase (pues en Alemania la república *pura* o burguesa es una etapa que ha pasado sin haber tenido tiempo de surgir), pero es, a pesar de todo, uno de los resortes más eficaces para lograr ese derrocamiento.

De hacerlo, dispondrá usted, de más espacio y de mayores oportunidades para presentar la historia local de Prusia como una parte del triste destino de toda Alemania. Este es el punto en el que usted y yo discrepamos en cuanto a la interpretación de las causas del fraccionamiento de Alemania y del fracaso sufrido por la revolución burguesa alemana del siglo XVI. Si tengo ocasión de volver a redactar el prefacio histórico de mi *Guerra Campesina* -y confío en que eso habrá de ocurrir en el próximo invierno- (Esta obra de Engels quedó sin terminar) podré desarrollar allí estas cuestiones. No es que considere erróneas las causas que usted aduce, pero yo expongo otras, además de esas, y las agrupo en forma algo distinta.

Al estudiar la historia de Alemania -una historia de continuas desventuras-, siempre he hallado que la comparación con los correspondientes períodos de la historia de Francia es lo único capaz de proporcionarnos una medida exacta, pues allí ocurre precisamente lo contrario de lo que sucede en nuestro país. Allí, la formación del Estado nacional a partir de los *disjectis membris* (miembros dispersos) del Estado feudal, en el preciso momento en que nuestro país se hallaba en la máxima decadencia. Allí, una lógica objetiva excepcional en el curso de todo el proceso, mientras en nuestro país se produce un desbarajuste cada vez más funesto. Allí, en la edad media, la invasión extranjera corre a cargo del conquistador inglés, que toma partido en favor de la nacionalidad provenzal, en contra de la nacionalidad del norte de Francia. Las guerras contra Inglaterra son una especie de guerra de los Treinta Años, pero que terminan con la expulsión de los invasores extranjeros y con el sometimiento del Sur por el Norte. Luego viene la lucha del poder central contra la Borgoña vasalla, apoyada por sus posesiones del extranjero, y cuyo papel corresponde al de Brandenburgo-Prusia, pero esta lucha termina con el triunfo del poder central y remata la formación del Estado Nacional. Y precisamente en este momento, el Estado Nacional se derrumba definitivamente en nuestro país (si es que el "reino alemán" del santo imperio romano puede ser llamado estado nacional) y comienza el despojo en gran escala de las tierras alemanas. Esta comparación constituye un gran oprobio para los alemanes, pero, precisamente por eso, es tanto más instructiva, y desde que nuestros obreros han vuelto a poner a Alemania en el proscenio del movimiento histórico, nos es más fácil soportar esta ignominia del pasado.

Un rasgo distintivo muy especial del desarrollo de Alemania es que ninguna de las dos partes, que terminaron por repartirse todo el país, es puramente alemana. Las dos son colonias establecidas en tierras eslavas conquistadas: Austria es una colonia bávara y Brandenburgo una colonia sajona, y el poder que ambas han adquirido *dentro* de Alemania se lo deben exclusivamente al apoyo de posesiones extranjeras, no alemanas; Austria se apoyó en Hungría (sin hablar ya de bohemia) y Brandenburgo en Prusia. Nada de eso ocurrió en la frontera occidental, que era la más amenazada. La defensa de Alemania frente a los daneses en la frontera norte fue encomendada a los mismos daneses, y era tan poco lo que había que defender en la frontera sur que los encargados de guardarla, los suizos, ¡lograron separarse ellos mismo de Alemania!

Pero veo que me he dejado llevar por toda clase de razonamientos. Sírvale por lo menos toda esta palabrería como testimonio del vivo interés que ha despertado en mí su obra...

Reitero mi cordial agradecimiento y le saluda

Su F. Engels.

F. Engels. Carta a Franz Mehring, 14 de Julio de 1893.

NACIMIENTO Y DESARROLLO DEL ARTE

APARICIÓN DEL ARTE: ARTE Y TRABAJO

El ojo ha devenido ojo *humano* cuando su *objeto* ha devenido un objeto social *humano*, que viene del hombre y se destina al hombre. Los *sentidos*, pues, han devenido directamente, en la práctica, teorizadores¹³. Se relacionan con la cosa por el amor de la cosa, pero la

cosa es, en sí misma, una relación *humana objetiva*, con ella misma y con el hombre, y viceversa. La necesidad o el espíritu han perdido, pues, su naturaleza *egoísta*, y la naturaleza ha perdido su simple *utilidad* por el hecho de que la utilidad ha devenido utilidad *humana*. Igualmente, los sentidos y el espíritu de los otros hombres han devenido mi *propia* apropiación. Además de estos órganos inmediatos se constituyen, pues, en la forma de la sociedad, órganos *sociales*; así, por ejemplo, la actividad en sociedad inmediata con otros, etc., ha devenido un órgano de *manifestación* de la vida y un modo de apropiación de la vida *humana*.

Es así que el ojo *humano* es considerado de otra manera que el ojo grosero, no humano, y el *oído* humano distinto que el oído grosero, etc.

Tal como lo hemos visto, el hombre no se pierde en su objeto cuando éste deviene para él objeto *humano* u hombre objetivo. Esto no es posible más que si este objeto deviene para él objeto *social*, y si él mismo deviene, para él, ser social, como la sociedad deviene *ser* para él, en este objeto.

Desde el momento en que por doquier, en la sociedad, la realidad objetiva deviene para el hombre la realidad de las fuerzas humanas, la realidad humana y, por consecuencia, la realidad de sus *propias* fuerzas, todos los objetos devienen para él la *objetivación* de sí mismo; los objetos que manifiestan y realizan su individualidad son *sus* objetos, o sea, el objeto de *sí mismo*. La manera como devienen suyos depende de la naturaleza de cada *objeto* y de la naturaleza de la *fuerza del ser* que le corresponde, porque es precisamente la *certidumbre* de esa relación la que forma el modo particular, *real*, de la afirmación. Para el *ojo*, el objeto no es el mismo que para el *oído*, y el objeto del ojo es otro que el del oído. La particularidad de la fuerza de todo ser es precisamente su *esencia particular*. Así, pues, es también el modo particular de su objetivación, de su *ser* viviente *objetivo* y *real*. En consecuencia, no es, pues, solo en el pensamiento, sino por medio de *todos* los sentidos, que el hombre se ha afirmado en el mundo objetivo.

C. MARX. Manuscritos económicos y filosóficos de 1844. Edit. Política. La Habana, 1965, p. 112-113. Manuscrito: economía y filosofía. Alianza Editorial Madrid, 1968, páginas 148-149.¹⁴

Por otra parte, desde el punto de vista subjetivo, el sentido musical del hombre no se despertó más que por la música; la más bella música no tiene *ningún* sentido para el oído no musical; no es un objeto para él, porque mi objeto no puede ser más que manifestación de una de las fuerzas de mi ser. La fuerza de mi ser es una disposición subjetiva para sí, porque el sentido de un objeto, para mí, no tiene sentido más que para un sentido correspondiente; y sólo tan lejos como *mi* sentido. Es por ello que los *sentidos* del hombre social son *diferentes* de los de los hombres que no vive en sociedad. Sólo por el despliegue objetivo de la riqueza del ser humano, la riqueza de los *sentidos humanos* subjetivos (un oído musical, un ojo sensible a la belleza de las formas, en una palabra, los *sentidos* capaces de goces humanos), devienen en sentidos que se manifiestan como formas del ser humano; y o son desarrollados o son producidos. Porque no son sólo los cinco sentidos, son además los sentidos llamados espirituales, los *sentidos prácticos* (voluntad, amor, etc.), en una palabra, el *sentido* humano, el carácter humano de los sentidos, que no se forma más que por la existencia de un *objeto*; por la naturaleza *devenida humana*. La *formación* de los cinco sentidos es el trabajo de toda la historia del mundo hasta este día. El *sentido* sujeto a las necesidades prácticas groseras no es, así, más que un sentido *limitado*. Para el hombre que se muere de hambre no existe la forma humana de los alimentos; podrían éstos existir bajo la forma más grosera, y no se puede decir en qué esta actividad nutritiva difiere de la de los *animales*. El hombre abrumado de inquietudes, necesitado, no tiene sentidos para el más bello espectáculo; el comerciante de minerales no ve más que el valor comercial del mineral, pero no la belleza ni la naturaleza particular del mineral: no tiene el sentido mineralógico; así, pues, hace falta la objetivación del ser humano, a la vez desde el punto de vista teórico y práctico, para hacer *humano* el *sentido* del hombre y, también, para crear un *sentido humano* correspondiente a toda la riqueza del ser humano y natural.

C. MARX: Manuscritos económicos y filosóficos de 1844. Edit. Política, La Habana, 1965, p. 113-114. Manuscritos: economía y filosofía. Alianza Editorial, Madrid, 1968, p. 149-150.

Como se ve, la historia de la *industria* y la existencia *objetiva* a la cual ha llegado la industria son el *libro abierto* de las *fuerzas del ser humano*, la *psicología* humana presentada de manera sensible, la que se había considerado hasta hoy, no en su conexión con el ser del hombre, sino siempre únicamente en una relación exterior de utilidad; porque -situándose en el punto de vista de la alienación- no se había considerado más que la existencia general del hombre, la religión o la historia en su ser abstracto y en general, la política, el arte, la literatura, etc., como una realidad de las fuerzas del ser humano y como *actos de la especie humana*. En la *industria ordinaria*, *material* (que se puede considerar bien como una parte del movimiento general o bien como una parte *particular* de la industria, por haber sido toda actividad humana hasta trabajo, o sea, industria, actividad alienada en sí misma), no tenemos más que bajo formas de *objetos materiales*, *extraños*, *útiles*, no tenemos más que bajo la forma de alienación, las *fuerzas objetivadas del ser humano*, Una psicología para la cual este libro, es decir, la parte más materialmente presente, está cerrada, no puede devenir una ciencia verdaderamente sustancial y *real*.

C. MARX.: Manuscritos económicos y filosóficos de 1844. Edit. Política, La Habana, 1965, p. 115-116. Manuscritos: economía y filosofía, Alianza Editorial, Madrid, 1968, p.151.

Para que la marcha erecta, en nuestros peludos antepasados, se convirtiera primeramente en regla y, andando el tiempo en, necesidad, hubieron de asignarse a las manos, entre tanto, funciones cada vez más amplias. También entre los monos se impone ya una cierta división en cuanto al empleo de la mano y el pie. Ya hemos dicho que la primera funciona al trepar, de distinto modo que el segundo. La mano sirve preferentemente, para arrancar y agarrar el alimento, función para la cual ya los mamíferos inferiores se sirven de las patas delanteras. Con la ayuda de la mano construyen algunos monos nidos en los árboles e incluso, como el chimpancé, techos entre las ramas para guarecerse de la lluvia. Con ella empuñan el garrote para defenderse de los enemigos o bombardean a éstos con frutos y piedras. Y de ella se sirven, cuando el hombre los aprisiona, para ejecutar una serie de operaciones simples, aprendidas de él. Pero precisamente al llegar aquí se ve cuán grande es la distancia que media entre la mano incipiente del mono más semejante al hombre y la mano humana, altamente desarrollada gracias al trabajo ejecutado a lo largo de miles de siglos. El número y la disposición general de los huesos y los músculos son poco más o menos los mismos en una y en otra; pero la mano del salvaje más rudimentario puede ejecutar cientos de operaciones que a la mano de un mono le está vedado imitar. Ninguna mano de simio ha producido jamás ni la más tosca herramienta.

Por eso tuvieron que ser, por fuerza, muy primitivas las operaciones a que nuestros antepasados fueron adaptando poco a poco su mano, a lo largo de muchos milenios, en el tránsito del mono al hombre. Los salvajes de nivel más bajo, incluso aquellos de quienes puede suponerse que se hallaban expuestos a renacer en un estado más bien animal, con una simultánea reincidencia en su contextura física, se hallan, a pesar de todo, muy por encima de aquellos seres de transición. Hasta que la mano del hombre logró tallar en forma de cuchillo el primer guijarro tuvo que pasar una inmensidad de tiempo, junto a la cual resulta insignificante el tiempo que históricamente nos es conocido. Pero el paso decisivo se había dado ya: *se había liberado la mano*, quedando en condiciones de ir adquiriendo nuevas y nuevas aptitudes, y la mayor flexibilidad lograda de este modo fue transmitiéndose y aumentando de generación en generación.

Así, pues, la mano no es solamente el órgano del trabajo, sino que *es también el producto de éste*. Solamente gracias al trabajo, a la adaptación a nuevas y nuevas operaciones, a la transmisión por la herencia del desarrollo así adquirido por los músculos, los tendones y a la larga también de los huesos y a la aplicación constantemente renovada de este afinamiento hereditariamente adquirido a nuevas operaciones cada vez más complicadas, ha adquirido la mano del hombre ese alto grado de perfeccionamiento capaz de crear portentos como los cuadros de Rafael, las estatuas de Thorwaldsen o la música de Paganini.

F. ENGELS: Dialéctica de la naturaleza, Edit. Grijalbo, México, 1951, p. 143-144.

Como siempre, Sancho (nombre con el que Marx ridiculiza a Max Stirner) no tiene fortuna con sus ejemplos prácticos. Piensa que nadie puede "componer en tu lugar tus partituras musicales, ejecutar tus bocetos pictóricos. Nadie puede reemplazar los trabajos de Rafael". Sancho debería saber, sin embargo, que no fue Mozart el que compuso en su mayor parte y terminó completamente el "Requiem" de Mozart; que Rafael no ha "ejecutado" por sí mismo más que una ínfima cantidad de sus frescos.

Se imagina que aquellos a los que llama los organizadores del trabajo quieren organizar la actividad entera de cada individuo, cuando son ellos, precisamente, los que distinguen entre el trabajo directamente productivo, que es necesario organizar, y el trabajo que no es directamente productivo. En lo que concierne a esta última categoría, no piensan, como se imagina Sancho, que cada uno debe reemplazar a Rafael, sino que cada uno que lleva en sí un Rafael debe poder desarrollarse libremente. Sancho se imagina que Rafael ha ejecutado sus pinturas independientemente de la división del trabajo que existía en Roma en su época. Si compara a Rafael con Leonardo da Vinci y con él a Tiziano, verá hasta qué punto las obras de arte del primero han sido condicionadas por el desenvolvimiento de Roma, debido entonces a la influencia florentina; las de Leonardo, por el estado social de Florencia, y más tarde, las del Tiziano, por el desarrollo completamente distinto de Venecia. Rafael como todos los demás artistas, ha sido condicionado por los progresos técnicos del arte, cumplidos antes de él, por la organización de la sociedad y la división del trabajo en su país y finalmente por la división del trabajo en todos los países con los cuales estaba en relaciones el suyo. Que un individuo como Rafael pueda desarrollar su talento depende enteramente de la demanda, la cual depende a su vez de la división del trabajo y de las condiciones de educación de los hombres que derivan de ella.

Stirner, al proclamar el carácter único del trabajo científico y artístico, se sitúa muy por debajo de la burguesía. Ya en nuestros días se ha considerado necesario organizar esta actividad "única". Horace Vernet no hubiera tenido el tiempo para ejecutar la décima parte de sus cuadros si los hubiera considerado como trabajos "que sólo este ser único puede cumplir". La gran demanda de vodeviles y de novelas en París ha hecho nacer una organización del trabajo para la producción de éstos artículos, que, pese a todo, resultan mejores que sus competidores "únicos" en Alemania. En astronomía, hombres como Arago, Herschel, Enke y Bessel, encontraron necesario organizarse para realizar observaciones comunes, y sólo entonces llegaron a resultados satisfactorios. En historia es completamente

imposible para él “único” realizar algo, y los franceses también han dado en esto, hace mucho tiempo, un adelanto sobre las demás naciones, gracias a la organización del trabajo. Cae por sí mismo, por lo demás, que todas estas organizaciones basadas en la división moderna del trabajo no alcanzan más que resultados aún muy limitados y no constituyen un progreso más que en relación a la fragmentación limitada que existía hasta ahora.

Debemos subrayar aún que Sancho confunde la organización del trabajo con el comunismo y llega a asombrarse de que “el comunismo” no responda a sus dudas sobre tal organización. Así se asombra un joven campesino de la Gascuña de que Arago no sepa decirle en qué estrella ha fijado el buen Dios su residencia.

La concentración exclusiva del talento artístico en algunos individuos y su estancamiento en las grandes masas, de las que deriva, es un efecto de la división del trabajo. Aún cuando en ciertas condiciones sociales cada cual pudiera devenir un excelente pintor, esto no impediría que cada cual fuese también un pintor original, de modo que también aquí la diferencia entre el trabajo “humano” y el trabajo “único” se reduce a un absurdo. Con una organización comunista de la sociedad finalizan en todos los casos las sujeciones del artista a la estrechez local y nacional, que proviene únicamente de la división del trabajo, y la sujeción del individuo a tal arte determinado, que lo convierte exclusivamente en un pintor, un escultor, etc. Tales nombres expresan ya por sí solos la estrechez de su desarrollo profesional y su dependencia de la división del trabajo. En una sociedad comunista, ya no habrá pintores, sino, cuando mucho, hombres que, entre otras cosas, practiquen la pintura ¹⁵.

C. MARX y F. ENGELS: La ideología alemana. Edit. Pueblos Unidos, Montevideo, 1958, p. 444-445.

Sólo la esclavitud hizo posible la división del trabajo entre la agricultura y la industria en vasta escala, y de ahí la expansión del mundo antiguo, el helénico. Sin esclavitud no hay Estado griego; no hay arte ni ciencia griegos; sin esclavitud no hay Imperio Romano y sin la base del helenismo y del Imperio Romano no hay Europa moderna. Jamás deberíamos olvidar que todo nuestro desarrollo económico, político e intelectual supone un estado en que la esclavitud era tan necesaria como generalmente reconocida. En tal sentido, tenemos derecho a decir que sin esclavitud antigua no hay socialismo moderno.

Fácil es tronar contra la esclavitud y otras cosas de éste género, en términos generales, Y dar rienda suelta a la indignación moral acerca de la ignominia de tales instituciones; pero así no se dice más por desgracia, que lo que todo el mundo sabe, esto es, que esas antiguas instituciones ya no responden a nuestra situación presente y a los sentimientos determinados por esa situación, y nada nos enseña tocante al origen de esas instituciones, a la razón de su duración y al papel que han representado en la historia. Ahora, si estudiamos de cerca este asunto, nos vemos obligados a declarar, por contradictoria y herética que pueda parecer la afirmación, que la introducción de la esclavitud fue un progreso en las circunstancias en que se produjo. Es sabido que la humanidad, nacida de la animalidad, necesitó de medios bárbaros y casi animales para salir de la barbarie. Las antiguas comunidades, allí donde han subsistido, son desde hace millares de años la base del sistema político más grosero, del despotismo oriental, desde la India a Rusia. Sólo allí donde se disolvieron, los pueblos progresaron por sí mismos; su primer progreso económico consistió en el incremento y el desarrollo de la producción por medio del trabajo servil. Claro es que, mientras el trabajo del hombre aún era tan poco productivo que apenas dejaba algún excedente, el incremento de las fuerzas productivas, la extensión del comercio, el desarrollo del Estado y del derecho, el nacimiento del arte y de la ciencia, no eran posibles sino por una mayor división del trabajo. El trabajo debía basarse en la gran división entre masas ocupadas en el simple trabajo manual y un reducido número de privilegiados que dirijan el trabajo, se ocupaban del comercio, de los asuntos públicos y más tarde del arte y de la ciencia. La forma primitiva y más sencilla de ésta división del trabajo fue precisamente la esclavitud. Dados los antecedentes históricos del mundo antiguo, principalmente del helénico, el progreso consistente en pasar a una sociedad fundada en antagonismos de clase no podía efectuarse sino mediante la esclavitud, y ello fue un progreso, aún para los esclavos, porque los prisioneros de guerra entre los cuales se reclutaba la masa de esclavos conservaban al menos la vida y no se les mataba o se les asaba, como antes.

Y aprovechemos la ocasión para añadir que hasta el presente todos los antagonismos históricos entre clase explotadora y explotada, dominante y oprimida, se explican por la productividad relativamente escasa del trabajo humano. Mientras la población verdaderamente laboriosa estaba de tal modo ocupada en el trabajo indispensable que no les quedaba tiempo para ocuparse de los asuntos comunes de la sociedad (dirección del trabajo, asuntos públicos y jurídicos, arte, ciencia, etc.), preciso era que existiera una clase especial que, emancipada del trabajo, cumpliera esa tarea, al mismo tiempo que aumentaba en beneficio propio la carga del trabajo impuesto a las masas laboriosas. Sólo la gran industria, con el desarrollo colosal que ha dado a las fuerzas productivas, y que permite repartir el trabajo entre todos los miembros de la sociedad sin excepción -y de aquí restringir el tiempo de trabajo de cada uno, de tal modo que todos cuenten con tiempo suficiente para tomar parte en los asuntos generales, teóricos y prácticos de la sociedad-, sólo hoy ha llegado a ser superflua toda clase dominante y explotadora y aún ha llegado a ser un obstáculo para la evolución social; sólo al presente será inexorablemente eliminada, aun cuando posea “la fuerza inmediata”.

F. Engels: Antiduhring, Edit. ciencia nueva, Madrid, 1968, p. 201-203.

La producción no aporta sólo materiales a las necesidades, aporta también una necesidad a los materiales. Cuando el consumo sale de su tosquedad primitiva pierde su carácter inmediato -y retardarse en ello sería el resultado de una producción hundida aún en la grosería primitiva- y es solicitado por el objeto como causa excitadora. La necesidad del que siente es creada por la percepción de este objeto. La obra de arte -y paralelamente cualquier otro producto- crea un público sensible al arte y capaz de gozar la belleza. La producción no produce, pues, sólo un objeto para el sujeto sino también un sujeto para el objeto.

C. Marx: Contribución a la crítica de la economía política, Dietz Verlag, Berlín, 1951, p. 246-247. Edit Nacional, México, 1966, p. 218-219.

DESARROLLO DESIGUAL DEL ARTE Y DE LA PRODUCCIÓN MATERIAL

6°. *La relación desigual entre el desarrollo de la producción material y el de la producción artística, por ejemplo.* En términos generales no tomar la forma de progreso en la forma abstracta habitual. Arte moderno, etc. Esta desproporción está lejos de ser tan importante ni tan difícil de entender como la que se produce en el interior de las relaciones sociales prácticas. Por ejemplo, de la cultura. Relación de Estados Unidos con Europa. Pero la verdadera dificultad que se debe analizar es la siguiente: de qué manera las relaciones de producción al adoptar la forma de relaciones jurídicas, siguen un desarrollo desigual. Así, por ejemplo, la relación entre el derecho privado romano (para el derecho criminal y el derecho público no sucede de la misma manera) y la producción moderna.

7°. *Esta concepción aparece como un desarrollo necesario.* Pero justificación del azar. ¿Cómo? (También, especialmente, la libertad) (Influencia de los medios de comunicación.). La historia universal no ha existido siempre, la historia considerada como historia universal es un resultado.

8°. *El punto de partida, naturalmente, en las determinaciones naturales,* subjetiva y objetivamente. Tribus, razas, etc.

Para el arte se sabe que ciertas épocas de florecimiento artístico no están en modo alguno en relación con el desarrollo general de la sociedad, ni, por consiguiente, con el de su base material, que por decirlo así es el esqueleto de su organización. Por ejemplo, los griegos comparados con los modernos o inclusive Shakespeare. Para ciertas formas del arte -por ejemplo la epopeya- se reconoce que no pueden ser producidas en la forma clásica con que se inscriben en la historia, en cuanto la producción artística aparece como tal; que, por consiguiente, en el propio dominio del arte, algunas de sus creaciones importantes sólo son posibles en un estado inferior del desarrollo artístico. Si ello es cierto para la relación de los distintos géneros artísticos en el seno del dominio del propio arte, resulta ya menos sorprendente que lo sea igualmente para la relación del dominio artístico todo con el desarrollo general de la sociedad. La dificultad sólo reside en la manera general de captar estas contradicciones. En cuanto se las especifica quedan con ello explicadas.

Tomemos por ejemplo la relación del arte griego, primero, y luego el arte de Shakespeare con nuestro tiempo. Se sabe que la mitología griega no fue sólo el arsenal del arte griego, sino la tierra misma que lo nutrió. La forma de ver la naturaleza y las relaciones sociales, que inspira la imaginación griega y constituye por ello el fundamento del arte griego, ¿es compatible con las máquinas de hilar automáticas, las vías férreas, las locomotoras y el telégrafo eléctrico? ¿Qué es Vulcano en comparación con Roberts and Co., Júpiter comparado con el pararrayos y Hermes frente al Credit Mobilier? Toda mitología esclaviza, domina las fuerzas de la naturaleza en el dominio de la imaginación y por la imaginación, y les da forma: desaparece, pues, cuando estas formas son dominadas realmente. ¿Qué se hace de la diosa Fama al lado de Printing-House Square? El arte griego supone la mitología griega, es decir la elaboración artística pero inconsciente de la naturaleza y de las propias formas sociales por la imaginación popular. Esos son sus materiales. Lo cual no quiere decir cualquier mitología, es decir, cualquier elaboración artística inconsciente de la naturaleza (esta palabra sobreentendiéndose aquí todo lo que es objetivo y por tanto, también la sociedad). La mitología egipcia jamás habría podido proporcionar un terreno favorable para la eclosión del arte griego. Pero en todo caso es necesaria una mitología. Por consiguiente, en caso alguno, una sociedad que haya llegado a un estado de desarrollo que excluya toda relación mitológica con la naturaleza, toda relación generadora de mitos, y que por lo mismo exija al artista una imaginación independiente de la mitología.

Por otra parte, ¿es Aquiles compatible con la pólvora y el plomo? O, teniéndolo todo en cuenta, ¿la *Iliada* con la prensa, o mejor aún, con la máquina de imprimir? ¿Acaso el canto, el poema épico, la Musa, no desaparecen necesariamente ante la regla del tipógrafo, acaso no se desvanecen las condiciones necesarias de la poesía épica?

Pero la dificultad no consiste en comprender que el arte griego y la epopeya estén vinculados a ciertas formas del desarrollo social. La dificultad reside en que ambos nos procuran todavía un placer estético y que aún tienen para nosotros, en cierto sentido, el valor de normas y modelos inaccesible.

Un hombre no puede volver a ser niño so pena de caer en la puerilidad. Pero ¿no encuentra acaso placer en la ingenuidad del niño y, una vez llegado a un nivel superior, no debe aspirar él mismo a reproducir la verdad? En la naturaleza infantil, ¿no ve cada época revivir su propio carácter en su verdad natural? ¿Por qué la infancia histórica de la humanidad, allí donde ha alcanzado su más bello florecimiento; por qué esta etapa de desarrollo acabado para siempre no ejercería un hechizo eterno? Existen niños maleducados y otros que adoptan aires de personas mayores. Muchos pueblos de la antigüedad pertenecen a esta categoría. Los griegos eran niños normales. El encanto que ejerce sobre nosotros su arte no está en contradicción con el carácter primitivo de la sociedad en que creció. Es, más bien su producto y, por el contrario, se encuentra vinculado en forma indisoluble al hecho de que las condiciones insuficientemente maduras en que nació -únicas en que podía haber nacido- no podrán volver a darse ¹⁶.

C. Marx: Contribución a la crítica de la economía política, Dietz Verlag, Berlín, 1951, p. 268-270. Edit. Nacional, México, p. 238-241.

EL ARTE EN LA SOCIEDAD DE CLASES.

1. EL ARTE GRIEGO

La filosofía de la historia, principalmente representada por Hegel, reconoce que los móviles ostensibles y aún los móviles reales y efectivos de los hombres que actúan en la historia no son, ni mucho menos, las últimas causas de los acontecimientos históricos, sino que detrás de ellos están otras fuerzas determinantes, que hay que investigar; lo que le ocurre es que no va a buscar estas fuerzas a la misma historia, sino que las importa de fuera, de la ideología filosófica. En vez de explicar la historia de la antigua Grecia por su propia concatenación interna, Hegel afirma, por ejemplo, sencillamente, que esta historia no es más que la elaboración de las "formas de la bella individualidad", la realización de la "obra de arte" como tal. Con este motivo dice muchas cosas hermosas y profundas acerca de los antiguos griegos, pero esto no impide que hoy no nos demos por satisfechos con semejante explicación, que no es más que una frase. ¹⁷

F. ENGELS: Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. Edit. Política, La Habana, 1964, p. 48-49.

En los poemas homéricos, principalmente en la *Iliada*, aparece ante nosotros la época más floreciente del estado superior de la barbarie. La principal herencia que los griegos llevaron de la barbarie a la civilización la constituyen instrumentos perfeccionados de hierro, los fueles de fragua, el molino de brazo, la rueda de alfarero, la preparación del aceite y del vino, el labrado de los metales elevado a la categoría de arte, la carreta y el carro de guerra, la construcción de barcos con tablones y vigas, los comienzos de la arquitectura como arte, las ciudades amuralladas con torres y almenas, las epopeyas homéricas y toda la mitología. Si comparamos con esto las descripciones hechas por César, y hasta por Tácito, de los germanos, que se hallaban en el umbral del estadio de cultura que los griegos de Homero se disponían a pasar, veremos cuán espléndido fue el desarrollo de la producción en el estadio superior de la barbarie.

F. ENGELS: El origen de la familia, la propiedad privada y el estado ¹⁸. Edit. Política, La Habana, 1963, p.34-35.

Entre los griegos encontramos en todo su rigor la nueva forma de la familia. Mientras que, como señala Marx, la situación de las diosas en la mitología nos habla de un período anterior, en que las mujeres ocupaban todavía una posición más libre y más estimada. En los tiempos heroicos vemos ya a la mujer humillada por el predominio del hombre y la competencia de las esclavas. Léase en la *Odisea* cómo Telémaco interrumpe a su madre y le impone silencio. En Homero, los vencedores aplacan sus apetitos sexuales en las jóvenes capturadas; los jefes elegían para sí, en turno y conforme a su categoría, las más hermosas; sabido es que la *Iliada* entera gira en torno a la disputa sostenida entre Aquiles y Agamenón a causa de una esclava. Junto a cada héroe, más o menos importante, Homero habla de la joven cautiva con la cual comparte su tienda y su lecho. Estas jóvenes eran también conducidas al país nativo de los héroes, a la casa conyugal, como hizo Agamenón con Casandra, en Esquilo; los hijos nacidos de estas esclavas reciben una pequeña parte de la herencia paterna y son considerados como hombres libres; así, Teucro es hijo natural de Telamón, y tiene derecho a llevar el nombre de su padre. En cuanto a la mujer legítima, se exige de ella que tolere todo esto y, a la vez, guarde una castidad y una fidelidad conyugal rigurosas. Ciertamente es que la mujer griega de la época heroica es más respetada que la del período civilizado; sin embargo, para el hombre no es, en fin de cuentas, más que la madre de sus hijos legítimos, sus herederos; la que gobierna la casa y vigila a las esclavas de quienes él tiene derecho a hacer, y hace, concubinas siempre que se le antoje. La existencia de la esclavitud junto a la monogamia, la presencia de jóvenes y bellas cautivas que pertenecen en cuerpo y alma al *hombre* es lo que imprime desde su origen un carácter específico a la monogamia, que *sólo* es monogamia *para la mujer* y no para el hombre. En la actualidad conserva todavía este carácter.

F. ENGELS: El origen de la familia, de la propiedad privada y el estado. Edit. Política, La Habana, 1963, p. 78-79-

En la *Iliada*, el jefe de los hombres, Agamenón, aparece no como rey supremo de los griegos, sino como el general en jefe de un ejército confederado ante una ciudad sitiada, y Ulises, cuando estallan disensiones entre los griegos, apela a esta calidad en el famoso pasaje:

“No es bueno que muchos manden a la vez, uno solo debe dar las órdenes”, etc. (el tan conocido verso en que se trata del cetro es un postizo intercalado después):

Ulises no da aquí una conferencia de la forma de gobernar, sino que pide que se obedezca al general en jefe en campaña. Entre los griegos, que no aparecen ante Troya más que como ejército, el orden imperante en el *ágora* es bastante democrático. Cuando Aquiles habla de presentes, es decir, del reparto del botín, no encarga de ese reparto ni a Agamenón ni a ningún otro *basileus*, sino a “los hijos de Aqueos”, es decir, al pueblo. Los atributos “engendrado por Zeus”, “criado por Júpiter”, nada prueban, desde el momento en que *cada gens* descende de un dios, y la gens del jefe de la tribu, de uno “más alto”: en el caso presente, de Zeus. Hasta los individuos que no gozan de la libertad personal, como Eumeo y otros, son “divinos” (*dioi y theioi*), y eso en la *Odisea*, es decir en una época muy posterior a la descrita por la *Iliada*. También en la *Odisea* se llama “heros” al mensajero de Mulios y al cantor ciego Demodoco. En resumen, la palabra *basileia*, que los escritores griegos emplean para la sedicente realeza homérica acompañada de un consejo y de una asamblea del pueblo, significa, sencillamente, democracia militar (porque el mando de los ejércitos era su distintivo principal). (Marx)

F. ENGELS: El origen de la familia, la propiedad privada y el estado. Edit. Política, La Habana, 1963, p. 136.

El estudio de la historia de la familia comienza en 1861, con el *Derecho materno*, de Bachofen. El autor formula allí las siguientes tesis: 1) primitivamente, los seres humanos vivieron en promiscuidad sexual, a la que Bachofen da impropriamente el nombre de *heterismo*; 2) tales relaciones excluyen la posibilidad de establecer con certeza la paternidad, por lo que la filiación sólo podía contarse por la línea femenina, según el derecho materno; esto se dio entre los pueblos antiguos; 3) a consecuencia de este hecho, las mujeres, como madres, como únicos progenitores conocidos de la joven generación, gozaban de un gran aprecio y respeto, que llegaba según Bachofen, hasta el dominio femenino absoluto (ginecocracia); 4) el paso a la monogamia, en la que la mujer pertenece a un solo hombre, encerraba la transgresión de una antiquísima ley religiosa (es decir el derecho inmemorial que los demás hombres tenían sobre aquella mujer), transgresión que debía de ser castigada o cuya tolerancia se resarcía con la posesión de la mujer por otros durante determinado tiempo.

Bachofen halló las pruebas de esta tesis en numerosas citas de la literatura clásica antigua, reunidas por él con singular celo. El paso del “heterismo” a la monogamia y del derecho materno al paterno se produce, según Bachofen -concretamente entre los griegos-, a consecuencia del desarrollo de las concepciones religiosas, a consecuencia de la introducción de nuevas divinidades que representan ideas nuevas, en el grupo de los dioses tradicionales, encarnación de las viejas ideas; poco a poco, los viejos dioses van siendo relegados a segundo plano por los primeros. Así, pues, según Bachofen, no fue el desarrollo de las condiciones reales de la existencia entre los hombres, sino el reflejo religioso de esas condiciones en su cerebro, lo que determinó los cambios históricos en la situación social recíproca del hombre y de la mujer. En correspondencia con esta idea, Bachofen interpreta la *Orestíada*, de Esquilo, como un cuadro dramático de la lucha entre el derecho materno agonizante y el derecho paterno, que nació y logró la victoria sobre el primero en la época de las epopeyas. Llevada de su pasión por su amante Egisto, Clitemnestra mata a Agamenón, su marido, al regresar éste de la guerra de Troya; pero Orestes, hijo de ella y de Agamenón, venga al padre quitando la vida a su madre. Ello hace que se vea perseguido por las Erinias, seres demoníacos que protegen el derecho materno, según el cual el matricidio es el más grave e imperdonable de los crímenes. Pero Apolo, que por mediación de su oráculo ha incitado a Orestes a matar a su madre, y Atenea, que interviene como juez, ambas divinidades representando aquí el nuevo derecho paterno, defiende a Orestes. Atenea escucha a ambas partes. Todo el litigio está resumido en la discusión que sostiene Orestes y las Erinias. Orestes dice que Clitemnestra ha cometido un crimen doble por haber matado a su marido y padre de su hijo, ¿Por qué las Erinias lo persiguen a él cuando ella es mucho más culpable? La respuesta es sorprendente:

“No estaba unida por los vínculos de la sangre al hombre que ella mató.”

El asesinato de una persona con la que no está ligada por lazos de sangre, incluso si es el marido de la asesina, puede expiarse y no concierne en lo más mínimo a las Erinias. La misión de éstas es perseguir al homicidio entre consanguíneos, y el peor de estos crímenes, el único imperdonable, según el derecho materno, es el matricidio. Pero aquí interviene Apolo, el defensor de Orestes. Atenea somete el caso al Areópago, el tribunal jurado de Atenas; hay el mismo número de votos en pro de la absolución y en pro de la condena; entonces, Atenea, en calidad de presidente del tribunal, vota en favor de Orestes y lo absuelve. El derecho paterno obtiene la victoria sobre el materno, los “dioses de la joven generación”, según se expresan las propias Erinias, vencen a éstas, que, al fin y a la postre, se resignan a ocupar un puesto diferente al que han venido ocupando y se ponen al servicio del nuevo orden de cosas.

Esta nueva y muy acertada interpretación de la *Orestíada* es uno de los mejores y más bellos pasajes del libro de Bachofen, pero al mismo tiempo es la prueba de que Bachofen cree, como en su tiempo Esquilo, en las Erinias, de Apolo y en Atenea, es decir, cree que estas divinidades realizaron en la época heroica griega el milagro de echar abajo el derecho materno y de sustituirlo por el paterno. Es evidente que tal concepción, que estima la religión como palanca decisiva de la historia mundial, se reduce, en fin de cuentas, al más puro misticismo. Por ello, estudiar a fondo el voluminoso tomo de Bachofen es una labor ardua y, en muchos casos, poco provechosa.

Sin embargo, lo dicho no disminuye su mérito como investigador que ha abierto una nueva senda, ya que ha sido el primero en sustituir las frases acerca de aquel ignoto estadio primitivo con promiscuidad sexual, por la demostración de que en la literatura clásica griega hay muchas huellas de que entre los griegos y entre los pueblos asiáticos existió, en efecto antes de la monogamia, un estado social en el que solamente el hombre mantenía relaciones sexuales con varias mujeres, sino que también la mujer mantenía relaciones sexuales con varios hombres, sin faltar por ello a los hábitos establecidos. Bachofen probó que este uso no desapareció sin dejar huellas bajo la forma de la necesidad, para la mujer, de entregarse por un período determinado a otros hombres, entrega que era el precio de su derecho al matrimonio único, que, por tanto, primitivamente no podía contarse la descendencia sino en línea femenina, de madre a madre; que esta validez exclusiva de la filiación femenina se mantuvo largo tiempo, incluso en el período de la monogamia con la paternidad establecida o, por lo menos, reconocida, y por último, que esa situación primitiva de las madres como únicos genitores ciertos de sus hijos aseguró a aquéllas y, al mismo tiempo, a las mujeres en general, una posición social más elevada de la que entonces acá nunca ha tenido. Es cierto que Bachofen no emitió esos principios con tanta claridad, por impedirsele el misticismo de sus concepciones, pero los demostró, y ello, en 1861, fue toda una revolución.¹⁹

F. ENGELS: El origen de la familia, la propiedad privada y el estado. Edit. Política, La Habana, 1963, p. 12-15.

El amor, en el sentido moderno de la palabra, no se presenta en la antigüedad sino fuera de la sociedad oficial. Los pastores cuyas alegrías y penas de amor nos cantan Teócrito y Moscos o Longo en su *Dafnis y Cloe* son simples esclavos que no tienen participación en el Estado, esfera en que se mueve el ciudadano libre.

F. ENGELS: El origen de la familia, la propiedad privada y el estado. Edit. Política, La Habana, 1963, p. 97-98

2. EL RENACIMIENTO

El estudio moderno de la naturaleza, es el único que ha alcanzado un desarrollo científico, sistemático y completo, en contraste con las geniales instituciones filosóficas que los antiguos aventuraron acerca de la naturaleza, y con los descubrimientos de los árabes, muy importantes pero esporádicos y, en la mayoría de los casos, perdidos sin aportar el menor resultado positivo; este estudio moderno de la naturaleza como casi toda la nueva historia, data de la gran época que nosotros, los alemanes, llamamos la Reforma -según la desgracia nacional que entonces nos aconteciera-, los franceses *Renaisance* y los italianos *Cinquecento*, si bien ninguna de estas denominaciones refleja con toda plenitud su contenido. Es ésta la época que comienza con la segunda mitad del siglo XV. El poder real, apoyándose en los habitantes de las ciudades, quebrantó el poderío de la nobleza feudal y estableció grandes monarquías, basadas esencialmente en el principio nacional y en cuyo seno se desarrollaron las naciones europeas modernas y la moderna sociedad burguesa. Mientras los habitantes de las ciudades y los nobles hallábanse aún enzarzados en su lucha, la guerra campesina en Alemania apuntó proféticamente las futuras batallas de clase: en ella no sólo salieron a la arena los campesinos insurrectos -esto no era nada nuevo, sino que tras ellos aparecieron los antecesores del proletariado moderno, enarbolando la bandera roja y con reivindicaciones de la propiedad común de los bienes en sus labios. En los manuscritos salvados en las ruinas de Bizancio, en las estatuas antiguas encontradas en las ruinas de Roma, un nuevo mundo -la Grecia antigua- se ofreció a los ojos atónitos de Occidente. Los espectros del Medioevo se desvanecieron ante aquellas formas luminosas; en Italia se produjo un inusitado florecimiento del arte, que vino a ser como un reflejo de la antigüedad clásica y que nunca volvió a repetirse. En Italia, Francia y Alemania, nació una literatura nueva, la primera literatura moderna. Poco después llegaron a las épocas clásicas de la literatura en Inglaterra y España. Los límites del viejo "orbis terrarum" fueron rotos; sólo entonces fue descubierto el mundo, en el sentido propio de la palabra y se sentaron las bases para el subsecuente comercio mundial y para el paso del artesanado a la manufactura, que a su vez sirvió de punto de partida a la gran industria moderna. Fue abatida la dictadura espiritual de la Iglesia; la mayoría de los pueblos germanos se sacudió de su yugo y abrazó la religión protestante, mientras que en los pueblos románicos iba echando raíces cada vez más profundas y desbrozando el camino el materialismo del siglo XVIII, una serena libertad de pensamiento heredada de los árabes y nutrida por la filosofía griega, de nuevo descubierta.

Fue ésta la mayor revolución progresiva que la humanidad había conocido hasta entonces; fue una época que requería titanes y que engendró titanes por la fuerza del pensamiento, por la pasión y el carácter, por la universalidad y la erudición. De los hombres que echaron los cimientos del actual dominio de la burguesía podrá decirse lo que se quiera, pero de ningún modo que pecasen de limitación burguesa. Por el contrario, todos ellos se hallan dominados, en mayor o menor medida, por el espíritu de aventuras inherente a la época. Entonces casi no había ni un solo gran hombre que no hubiera realizado lejanos viajes, no hablara cuatro o cinco idiomas y no brillase en varios dominios de la ciencia y de la técnica. Leonardo da Vinci no sólo fue un gran pintor, sino un eximio matemático, mecánico e ingeniero, al que debemos importantes descubrimientos en las más distintas ramas de la física. Alberto Durero fue pintor, grabador, escultor, arquitecto, y además ideó un sistema de fortificaciones que encerraba pensamientos desarrollados mucho después por Montalembert y la moderna ciencia alemana de la fortificación; Maquiavelo fue hombre de estado, historiador, poeta y, por añadidura, el primer escritor militar digno de mención en los tiempos modernos. Lutero no sólo limpió los establos de augias de la iglesia, sino también los del idioma alemán, fue el padre de la prosa alemana contemporánea y compuso la letra y la música del himno triunfal que llegó a ser

La marselesa del siglo XVI. Los héroes de aquellos tiempos aún no eran esclavos de la división del trabajo, cuya influencia comunica a la actividad de los hombres, como podemos observarlo en muchos de sus sucesores, un carácter limitado y unilateral. Lo que más caracterizaba a dichos héroes era que casi todos ellos vivían plenamente los intereses de su tiempo, participaban de manera activa en la lucha política, se sumaban a un partido u otro y luchaban unos con las palabras y la pluma y otros con la espada, cuando no con ambas cosas a la vez. De aquí la plenitud y la fuerza de carácter que hace de ellos hombres de una sola pieza. Los sabios de gabinete eran entonces una excepción: eran hombres de segunda o tercera fila o prudentes filisteos que no querían quemarse los dedos.

F. ENGELS: *Dialéctica de la naturaleza*. Edit. Grijalbo, México, 1961, p. 3-4.

3. EL ARTE EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA

El único trabajo productivo es el que produce capital. Pero las mercancías (o el dinero) no se convierten en capital más que cambiándose directamente por fuerza de trabajo, para ser sustituidas por una cantidad de trabajo mayor que aquella que encierran. En efecto, para el capitalista el valor de uso de la fuerza de trabajo no consiste en el valor de uso real, en la utilidad de un trabajo concreto y específico, como no le interesa tampoco el valor de uso del producto de este trabajo; el trabajo es, para él, la mercancía anterior a toda metamorfosis y no un artículo cualquiera de consumo. Lo que a él le interesa de la mercancía es que su valor de cambio sea superior a su precio de compra. El valor de uso del trabajo estriba, para el capitalista, en que se le entrega una cantidad de tiempo de trabajo superior a la que pagó mediante el salario. Entre los obreros productivos hay que incluir, naturalmente a cuantos colaboraron de un modo o de otro en la producción de la mercancía, desde el último peón hasta el ingeniero y el director (siempre y cuando que éste no se confunda con el capitalista). He aquí por qué en la última estadística oficial inglesa se incluyen expresamente en la categoría de los asalariados todas las personas que trabajan en las fábricas (talleres, oficinas), con excepción de los mismos fabricantes. El obrero productivo se determina aquí desde el punto de vista de la producción capitalista. A. Smith da la solución definitiva al definir el trabajo productivo como aquel que se cambia directamente por capital: para ellos es necesario que los medios de producción del trabajo y el valor en general, sea dinero o mercancía, se conviertan ante todo en capital y el trabajo en trabajo asalariado, en la excepción científica de la palabra (como Malthus observa con razón, toda la economía burguesa gira en torno a esta distinción de trabajo productivo y trabajo improductivo). Y al mismo tiempo nos aclara lo que es el trabajo improductivo: aquel trabajo que no se cambia por capital, sino directamente por renta, por salario o ganancia y, naturalmente, por los diversos elementos que forman la ganancia del capitalista, como son el interés y la renta del suelo. Mientras el trabajo se paga parcialmente a sí mismo, como ocurre con el trabajo agrícola del campesino sujeto a tributo de la prestación personal, o se cambia directamente por renta, como acontece con el trabajo manufacturero de las ciudades de Asia, no existen ni el capital ni el trabajo asalariado, tal como lo concibe la economía burguesa. El punto de apoyo para reunir estos elementos de juicio no lo dan, pues, los resultados materiales del trabajo, ni tampoco la naturaleza del producto, ni el rendimiento del trabajo considerado como trabajo concreto, sino las formas sociales, las relaciones sociales de producción dentro de las que se realizan.

Un actor, incluso un clown, puede ser, por tanto, un obrero productivo si trabaja al servicio de un capitalista, de un patrón, y entrega a éste una cantidad mayor en trabajo de la que recibe de él en forma de salario. En cambio, el sastre que trabaja a domicilio por días, para reparar los pantalones del capitalista, no crea más que un valor de uso y no es, por tanto, más que un obrero improductivo. El trabajo del actor se cambia por capital, el del sastre por renta. El primero crea plusvalía, el segundo no hace más que consumir renta.

La distinción entre el trabajo productivo y el trabajo improductivo se establece aquí desde el punto de vista del capitalista exclusivamente, no desde el punto de vista del obrero. Así se explican las necedades de Ganilh y consortes, quienes demuestran tal ignorancia del problema, que se preguntan si reportan dinero el trabajo o el oficio de la prostituta, la enseñanza del latín, etc. Un escritor es un obrero productivo, no porque produzca ideas, sino porque enriquece a su editor y es, por tanto asalariado de un capitalista.

C. MARX: *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. Edit. Cartago, Buenos Aires, 1956, t. IV (tomo Y de la "Historia de la teoría de la plusvalía", IV de "El capital", en la edic. cit.), p. 136-137.

En la producción material, aun cuando tenga como finalidad exclusiva el cambio y produzca por tanto mercancías, caben dos hipótesis distintas:

1) Puede ocurrir que se traduzca en mercancías, en valores de uso que revistan una forma personal, distinta del productor y del consumidor. Por consiguiente, estas mercancías pueden existir en el intervalo que separa la producción del consumo, pueden circular y venderse; tal acontece con los libros, los cuadros, con todas las obras de arte, que no se hallan inseparablemente vinculadas al acto de creación artística. El radio de aplicación de la producción capitalista, en este caso, es muy limitado. Un autor, supongamos, puede explotar a toda una serie de colaboradores secundarios para la redacción de una obra colectiva, de una enciclopedia, por ejemplo. En estos casos se observan generalmente las formas que conducen a la producción capitalista: los diversos colaboradores literarios, científicos o artísticos, trabajan para un comprador común, el editor. Pero este sistema no encaja todavía, ni siquiera teóricamente

dentro de la producción capitalista propiamente dicha . Y los términos del problema no cambian por el hecho de que sea precisamente en estas formas de transición donde la explotación del trabajo adquiera mayores proporciones.

2) Hay, por el contrario, casos en que la producción no puede separarse del mismo acto de creación. Es lo que ocurre con todos los ejecutantes, artistas, actores, profesores, médicos, curas, etc. En estos casos, la producción capitalista tiene también un margen muy reducido y no puede llevarse a cabo más que en ciertas ramas. En los establecimientos de enseñanza, por ejemplo, puede ocurrir que los profesores sean simples obreros asalariados a sueldo del director. En este caso es frecuente en Inglaterra. Con respecto al director, estos profesores son obreros productivos, aunque no lo sean con respecto a los alumnos. El director cambia su capital por la fuerza de trabajo de los profesores, enriqueciéndose por medio de esta operación. Otro tanto podemos decir de los directores de teatro, empresarios de conciertos, etc. El actor es un artista para el público y un obrero productivo para su director. Sin embargo, estos fenómenos de la producción capitalista representan episodios insignificantes si los comparamos con el panorama de conjunto. Podemos, por consiguiente, dejarlos a un lado.

C. MARX: Historia de la teoría de la plusvalía. Edit. Cartago, Buenos Aires, 1956, tomo IV p. 223-224.

Cuando se trata de examinar la conexión entre la producción intelectual y la producción material hay que tener cuidado, ante todo, de no concebir ésta como una categoría general, sino bajo una forma histórica determinada y concreta. Así, por ejemplo, la producción intelectual que corresponde al tipo de producción capitalista es distinta de la que corresponde al tipo de producción medieval. Si no enfocamos la producción material bajo una forma histórica específica, jamás podremos alcanzar a discernir lo que hay de preciso en la producción intelectual correspondiente y en la correlación entre ambas.

Además, una forma determinada de producción material supone, en primer lugar, una determinada organización de la sociedad y, en segundo lugar una relación determinada entre el hombre y la naturaleza. El sistema político y las concepciones intelectuales imperantes dependen de estos dos puntos. Y también, por consiguiente, el tipo de su producción intelectual.

Finalmente, Storch ²⁰ incluye en la producción intelectual a todas las profesiones especiales de la clase dirigente. Pues bien, la existencia de estas castas y sus funciones respectivas sólo pueden explicarse partiendo de la concatenación histórica determinada y concreta de sus condiciones de producción.

Storch se vuelve de espaldas a esta concepción histórica; no ve en la producción material sino la producción de bienes materiales, en vez de ver en ella una forma históricamente desarrollada y específica de esta producción. Al proceder así se sale del único terreno en que es posible comprender tanto los elementos ideológicos de las clases dirigentes como la libre producción intelectual propia de esta organización social concreta. No puede, por tanto, remontarse sobre el plano de sus trivialidades. Por lo demás, el problema no es tan sencillo como él se lo imagina de primera intención. Así se explica uno que la producción capitalista sea hostil a ciertas producciones de tipo artístico, tales como el arte y la poesía, etc. De otro modo daremos en aquella manía pretenciosa de los franceses del siglo XVIII, tan graciosamente ridiculizada por Lessing: puesto que hemos sobrepasado a los antiguos en todo lo que se refiere a la mecánica, etc., ¿por qué no hemos de ser capaces de escribir un poema épico? Y así es como Voltaire escribe su *Henriade*, ¡para no ser menos que el autor de la *Iliada*!

C. MARX: Historia crítica de la teoría de la plusvalía. Edit. Cartago, Buenos Aires, 1956, tomo IV, p. 201-202.

4. PROLETARIADO Y PROGRESO SOCIAL.

Es cierto que la propiedad privada empuja por sí misma, en su movimiento económico, a su propia disolución, pero sólo por un desarrollo independiente de ella, inconsciente, contrario a su voluntad, condicionado por la naturaleza misma de la cosa; solo en cuanto engendra el proletariado como proletariado, a la miseria consciente de su miseria espiritual y física, consciente de su deshumanización y, por tanto, como deshumanización que se supera a sí misma. El proletariado ejecuta la sentencia que la propiedad privada pronuncia sobre sí misma al crear al proletariado, del mismo modo que ejecuta la sentencia que el trabajo asalariado pronuncia sobre sí mismo, al engendrar la riqueza ajena y la miseria propia. Al vencer, el proletariado no se convierte con ello en modo alguno en el lado absoluto de la sociedad, pues sólo vence destruyéndose a sí mismo y a su parte contraria. Y entonces habrá desaparecido tanto el proletariado como su antítesis condicionante : la propiedad privada.

Y cuando los escritores socialistas asignan al proletariado este papel histórico-universal, no es, ni mucho menos, como la crítica pretexto creer, porque consideren a los proletarios como *dioses*. Antes al contrario, por llegar a su máxima perfección práctica, en el proletariado desarrollado, la abstracción de toda humanidad y hasta la apariencia de ella; por condensarse en las condiciones de vida del proletariado todas las condiciones de vida de la sociedad actual, agudizadas del modo más inhumano; por haberse perdido a sí mismo el hombre en el proletariado, pero adquiriéndose, a cambio de ello, no sólo la conciencia teórica de esta pérdida, sino también, bajo la

acción inmediata de una *penuria* absolutamente imperiosa -la expresión práctica de la *necesidad*-, que ya en modo alguno es posible esquivar ni paliar, el acicate inevitable de la sublevación contra tanta inhumanidad: por todas estas razones puede y debe el proletariado liberarse a sí mismo sin abolir sus propias condiciones de vida. Y no puede abolir sus propias condiciones de vida sin abolir *todas* las inhumanas condiciones de vida de la sociedad actual, que se resumen y compendian en su situación. No en vano el proletariado pasa por la escuela, dura, pero forjadora de temple, del *trabajo*. No se trata de lo que éste o aquél proletario, o incluso el proletariado en su conjunto, puede *representarse* de vez en vez como meta. Se trata de *lo que el proletariado es* y de lo que está obligado históricamente a hacer, con arreglo a ese *ser* suyo. Su meta y su acción histórica se hallan clara e irrevocablemente predeterminadas por su propia situación de vida y por toda la organización de la sociedad burguesa actual.

C. MARX Y F. ENGELS: La sagrada familia. Edit. Grijalbo, México, 1958, p. 101-102.

Nos hallamos en presencia de un gran hecho característico del siglo XIX, que ningún partido se atrevería a negar. Por un lado han despertado a la vida unas fuerzas industriales y científicas de cuya existencia no hubiese podido sospechar siquiera ninguna de las épocas históricas precedentes. Por otro lado existen unos síntomas de decadencia que superan en mucho a los errores que registra la historia de los últimos tiempos del Imperio Romano.

Hoy día, todo parece llevar en su seno su propia contradicción. Vemos que las máquinas, dotadas de la propiedad maravillosa de acortar y hacer más fructífero el trabajo humano, provocan el hambre y el agotamiento del trabajador. Las fuentes de riqueza recién descubiertas se convierten, por arte de un extraño maleficio, en fuentes de privaciones. Los triunfos del arte parecen adquiridos al precio de cualidades morales. El dominio del hombre sobre la naturaleza es cada vez mayor; pero, al mismo tiempo, el hombre se convierte en esclavo de otros hombres o de su propia infamia. Hasta la pura luz de la ciencia parece no poder brillar más que sobre el fondo tenebroso de la ignorancia. Todos nuestros inventos y progresos parecen dotar de vida intelectual a las fuerzas materiales, mientras que reducen la vida humana al nivel de una fuerza material bruta. Este antagonismo entre la industria moderna y la ciencia, por un lado, y la miseria y la decadencia, por otro; este antagonismo entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de nuestra época, es un hecho palpable, abrumador e incontrovertible. Unos partidos pueden lamentar este hecho; otros pueden querer deshacerse de los progresos modernos de la técnica con tal de verse libres de los conflictos actuales; otros más pueden imaginar que este notable progreso industrial debe complementarse con una regresión política igualmente notable. Por lo que a nosotros se refiere, no nos engañamos respecto a la naturaleza de ese espíritu maligno que se manifiesta constantemente en todas las contradicciones que acabamos de señalar. Sabemos que para hacer trabajar bien las nuevas fuerzas de la sociedad se necesita únicamente que éstas pasen a manos de hombres nuevos, y que tales hombres nuevos son los obreros.

Estos son igualmente un invento de la época moderna, como las propias máquinas. En todas las manifestaciones que provocan el desconcierto de la burguesía, de la aristocracia y de los pobres profetas de la regresión reconocemos a nuestro buen amigo Robin Goodfellow ²¹, al viejo topo que sabe cavar la tierra con tanta rapidez, a ese digno zapador que se llama Revolución. Los obreros ingleses son los primogénitos de la industria moderna. Y no serán, naturalmente, los últimos en contribuir a la revolución social producida por esa industria, revolución que significa la emancipación de su propia clase en todo el mundo y que es tan universal como la dominación del capital y la esclavitud asalariada. Conozco las luchas heroicas libradas por la clase obrera inglesa desde mediados del siglo pasado, y que no son bastante famosas por haber sido mantenidas en la oscuridad y silenciadas por los historiadores burgueses. Para vengarse de las iniquidades cometidas por las clases gobernantes, en la Edad Media existía en Alemania un tribunal secreto llamado *Femgericht* (El Juicio de Temis). Si alguna casa aparecía marcada con una cruz roja, el pueblo sabía que el propietario de dicha casa había sido condenado por Temis. Hoy día, todas las casas de Europa están marcadas por la misteriosa cruz roja. La historia es el juez, el agente ejecutor de su sentencia es el proletariado.

C. MARX: Discurso pronunciado en la fiesta de aniversario del People's Paper.

C. MARX Y F. ENGELS: Obras escogidas. Edit. Cartago, Buenos Aires, 1957, p. 238-239.

Precisamente por obra de esta revolución industrial la fuerza productiva del trabajo humano ha alcanzado tal nivel que, con una división racional del trabajo entre todos, se da la posibilidad -por primera vez desde que existe la humanidad- de producir lo suficiente, no sólo para asegurar un abundante consumo a cada miembro de la sociedad y constituir un considerable fondo de reserva, sino también para que todos tengan además suficiente ocio, de modo que todo cuanto ofrece un valor verdadero en la cultura legada por la historia -ciencia, arte, formas de convivencia, etc.- puede ser no solamente conservado, sino transformado de monopolio de la clase dominante en un bien común de toda la sociedad y además enriquecido. Y llegamos con esto al punto esencial. En cuanto la fuerza productiva del trabajo humano ha alcanzado este nivel, desaparece todo pretexto para justificar la existencia de una clase dominante. La razón última invocada para defender las diferencias de clase ha sido siempre que hacía falta una clase que no se extenuara en la producción de su subsistencia diaria, a fin de tener tiempo para dedicarlo al trabajo intelectual en aras de la sociedad. A esta fábula, que ha encontrado hasta ahora una gran justificación histórica, la revolución industrial de los últimos cien años le ha cortado definitivamente las raíces. El mantenimiento de una clase dominante es cada día más un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas industriales, así como

de las ciencias, del arte y, en particular, de las formas elevadas de convivencia. Nunca hubo palurdos más grandes que nuestros burgueses modernos.

F. ENGELS: Contribución al problema de la vivienda. En C. MARX Y F. ENGELS: Obras escogidas. Edit. Cartago, Buenos Aires, 1957, p. 388-389.

SEGUNDA PARTE CUESTIONES DE CRITICA E HISTORIA

... Pero en lugar de esto, las frases vacías sobre el materialismo histórico (se puede, precisamente, transformar *todo* en frases) por un número demasiado grande de jóvenes alemanes, no sirven más que para hacer lo más rápidamente posible de sus propios conocimientos históricos relativamente magros -la historia económica, ¿no está aún en las lenguas?- una construcción sistemática artificial y para imaginarse luego ser espíritus enteramente poderosos...

Usted que ha hecho ya realmente algo debe de haber notado seguramente qué pequeño es el número de los jóvenes literatos adheridos al partido que se permiten el esfuerzo de estudiar la economía, la historia de la economía y la historia del comercio, de la industria, de la agricultura, de las formaciones sociales. ¿Cuántos conocen de Maurer algo más que el nombre? ! Es la suficiencia del periodista que debe resolver todas las dificultades, pero los resultados son en proporción a ella! Se diría a veces que estos señores creen que todo es siempre demasiado bueno para los obreros. ! Si esos señores supieran a qué punto Marx consideraba que sus mejores producciones no eran aún bastante buenas para los obreros, y cómo veía como un crimen el ofrecer a los obreros algo que estuviera por debajo de lo perfecto!...

F. ENGELS: Carta a C. Schmidt, 5 de agosto de 1890.

La primera obra de Proudhon, *¿Qué es la propiedad?*, es seguramente su mejor obra. Hace época, si no por la novedad de su contenido, al menos por la manera nueva y osada de expresar viejas cosas. En la obra de los socialistas y comunistas franceses que él conoce, la "propiedad", naturalmente, era no sólo criticada de diversas maneras, sino además "sobrepasada" de manera utópica. Proudhon, en este escrito, es, en relación a Saint-Simon y a Fourier, lo que es Feuerbach en relación a Hegel. Si se le compara a Hegel, Feuerbach es muy pobre. Sin embargo, hace época *después de Hegel*, porque ha puesto el acento sobre ciertos puntos desagradables para la conciencia cristiana e importantes para el progreso de la crítica, que Hegel había dejado en un claroscuro místico.

Si puedo expresarme así, en este escrito de Proudhon se afirma además un estilo fuertemente musculado. Y considero el estilo de esta obra como su cualidad principal. Se ve que aún allí donde reproduce viejas cosas, Proudhon descubre por sí mismo: lo que dice le parece ser verdad nueva y original.

Una audacia provocadora que las emprende contra el "santo de los santos" económico, paradojas ingeniosas que le permiten mistificar la razón burguesa vulgar, juicios implacables, una ironía amarga, un sentimiento verdadero y profundo de indignación, que estalla aquí y allá contra la infamia de lo existente, un serio revolucionarismo, es por todo esto que su libro *¿Qué es la propiedad?* ha electrizado y removido los espíritus desde su publicación. En una historia estrictamente científica de la economía política, este escrito no valdría la pena de ser mencionado. Pero libros sensacionales como éste tienen su papel en las ciencias, como en la literatura novelesca. !Que se piense, por ejemplo, en la obra de Malthus sobre la "población"! En su primera edición no es más que un "panfleto sensacional", y además un *plagio* de principio a fin. !Y, sin embargo, qué efecto ha producido esta *pasquinada sobre el género humano!*

C. MARX: Carta a Schweitzer, 24 de enero de 1865.

No puedo, sin embargo, enviar lo que sea, en tanto que no tenga ante mí todo el trabajo completamente terminado. Cualesquiera sean las insuficiencias de mis escritos, tienen el mérito de constituir un todo artístico completo, y no llego a ello más que no publicando nunca nada que no esté enteramente terminado en mi mesa.

C. MARX: Carta a Engels, 31 de julio de 1865.

Mi propiedad es la forma, ella constituye mi individualidad espiritual. *Le style, c'est l'homme* (El estilo, es el hombre - en francés en el original-). !Y de qué manera! !La ley me permite escribir, pero en otro estilo que el mío! Tengo el derecho de mostrar la figura de mi espíritu, !pero a condición de darle primero *los pliegues escritos!* ¿Qué hombre de honor no enrojecería ante parecida pretensión y no preferiría ocultar la cabeza bajo la toga? La toga, al menos, deja suponer una cabeza de Júpiter. Los pliegues prescritos no significan otra cosa que *bonne mine a mauvais jeu* (Buena cara a mal juego - en francés en el original-).

Admiráis la encantadora variedad, la riqueza inagotable de la naturaleza. No exigís que la rosa tenga el perfume de la violeta, pero lo que hay de más rico, el espíritu, ¿no debe tener la facultad de existir más que de *una sola* manera? Soy un humorista, pero la ley ordena escribir seriamente. Soy osado, pero la ley ordena que mi estilo sea modesto. *Gris sobre gris*, he aquí el color único, el color autorizado de la libertad. La menor gota de rocío en la que el sol se refleja, escintila en un inagotable juego de colores, pero el sol del espíritu, cualquiera que sea el número de individuos y la naturaleza de los objetos en que se quiebra, sólo podría dar un color, !el color

oficial! La forma esencial del espíritu es la *alegría, la luz* y vosotros hacéis sólo de la *sombra* su manifestación adecuada; sólo puede ir vestido de negro, mas no hay flor negra entre las flores. La esencia del espíritu es siempre *la verdad misma*. ¿Y qué le fijáis como esencia? *La modestia*. Sólo el mendigo es modesto, dice Goethe; ¿y queréis transformar el espíritu en tal mendigo? ¿O la modestia no sería sino esta modestia del genio de que habla Schiller? Entonces, transformad primero a todos vuestros conciudadanos en genios.

C. MARX: Notas sobre la reciente instrucción prusiana relativa a la censura ²³. Obras, Mega, t. Y, p. 154.

La censura no elimina la lucha, la vuelve unilateral, la transforma de lucha abierta en secreta y convierte la lucha de principios en lucha de los principios sin fuerza contra la fuerza sin principios. La verdadera censura, la que tiene sus raíces en la verdadera existencia de la libertad de prensa, es la *crítica*. Esta es el tribunal que la libertad de prensa engendra dentro de sí misma. Pero ¿acaso la crítica no pierde su carácter racional cuando no es pública, sino secreta, no es teórica, sino práctica, cuando no está por encima del partido, sino que se convierte ella misma en partido, cuando no emplea el agudo estilete de la razón, sino las romas tijeras de la arbitrariedad, cuando sólo quiere formular críticas, pero no someterse a ellas, cuando con su propia realización se niega a sí misma, cuando, por fin, carece hasta tal punto de sentido crítico que toma erróneamente al individuo aislado por encarnación de la sabiduría universal, el mandato de la fuerza por mandato de la razón, las manchas de tinta por manchas de sol, las tachaduras del censor por construcciones matemáticas, la aplicación de la fuerza bruta por un argumento poderoso?...

El escritor, por cierto, debe tener la posibilidad de ganarse la vida para poder existir y escribir, pero en modo alguno debe existir y escribir para ganarse la vida.

Cuando Bernager canta:

“Vivo sólo para componer canciones
Pero, ¡oh Señor!, si me dejaran sin puesto,
Compondría canciones para poder vivir.”

Se oculta en esta amenaza irónica la confesión de que el poeta deja de serlo cuando la poesía se convierte para él en un medio.

El escritor no considera en un modo alguno su trabajo como un *medio*. Es un *objetivo en sí*; hasta tal punto no es un medio para él ni para los demás, que el escritor ofrenda en sacrificio la ofrenda *del trabajo* y cuando hace falta *su propia* existencia personal. A semejanza del predicador religioso -aunque en otro sentido-, se ajusta también a este principio: “obedecer más a Dios que a los hombres”, a los hombres, entre los cuales también se encuentra él con sus humanas necesidades y aspiraciones. ¡Pero qué ocurriría si un sastre al que encargué un frac parisiense me trajera una toga romana, alegando que ésta corresponde más a la eterna ley de la belleza!

La principalísima libertad de la prensa consiste en no ser un oficio. El escritor que degrada la prensa al nivel de un simple medio material, como castigo por esta no libertad interna, merece la no libertad externa: la censura; por lo demás, su existencia misma ya es para él un castigo.

C. MARX Y F. ENGELS: Debates del sexto landtag renano ²⁴, Obras escogidas, Mega, t. Y, p. 222-223.

CONTRA EL IDEALISMO PEQUEÑO BURGUÉS.

No hay que compartir la idea estrecha de que la pequeña burguesía tiene por principio querer hacer triunfar un interés egoísta de clase. Por lo contrario, ella cree que las condiciones *particulares* de su liberación son las condiciones generales, al margen de las cuales la sociedad moderna no puede ser salvada ni la lucha de clases evitada. No hay que imaginarse tampoco a todos los representantes demócratas como shopkeepers o como entusiastas de éstos. Pueden, por su cultura y su situación personal, estar separados de ellos por un abismo. Lo que les convierte en representantes de la pequeña burguesía es que su cerebro no puede sobrepasar los límites que el pequeño burgués mismo no sobrepasa en su vida, y en consecuencia, se ven teóricamente empujados a los mismos problemas y las mismas soluciones a los cuales su interés material y su situación social empujan a, prácticamente, todos los burgueses. Esta es, de una manera general, la relación que existe entre los *representantes políticos y literarios* de una clase y la clase que representan.

C. Marx: El 18 Brumario de Luis Bonaparte, Obras Escogidas, Edit. política, la Habana, t. I, p. 279-279, 1963.

El pequeño burgués es, como el historiador Raumer, un ser compuesto de dos elementos: *de una parte y por otra parte*. Así aparece en sus intereses económicos y por esta razón en su política, sus concepciones religiosas, científicas y artísticas. Así aparece en su moral, así aparece en todo. Es la contradicción viva. Si, además, es, como Proudhon, un hombre ingenioso, aprenderá pronto a arreglárselas con sus propias contradicciones y a hacer de ellas, según las circunstancias, paradojas sorprendentes, tramposas, a veces escandalosas, a veces destellantes. El charlatanismo científico y la adaptación política son, desde este punto de vista, inseparables. No

queda en esta clase de individuos más que un solo móvil; la *vanidad*, como todos los vanidosos, sólo se inquietan por el éxito del momento, por la sensación que provocan. Así desaparece necesariamente el simple tacto moral que ha preservado, por ejemplo, a Rousseau de todo lo que podría aparecer como un compromiso con el poder existente.

C. Marx; Carta a Schweitzer, 24 de enero de 1865.

El misterio de la exposición crítica de *Los misterios de París* es el misterio de la *construcción especulativa, la construcción hegeliana*. Tras haberla calificado de "misterio", es decir, tras haberla resuelto en la categoría "misterio", "el salvajismo en el interior de la civilización" y la impotencia jurídica en el Estado, el señor Szeliga lanza "el misterio" a su *carrera especulativa*. Unas cuantas palabras bastarían para caracterizar la construcción especulativa *en general*. En su discusión de *Los misterios de París*, el señor Szeliga ²⁵ nos dará la aplicación *en detalle*.

Cuando, operando sobre realidades, manzanas, peras, fresas, almendras, me formo la idea general "fruto"; cuando, yendo más lejos, me imagino que mi idea abstracta, "el fruto", extraída de los frutos reales, es una entidad que existe fuera de mí, además constituye la *verdadera* entidad de la pera, de la manzana, etc...declaro -en lenguaje especulativo- que el fruto es la "sustancia" de la pera, la manzana, la almendra, etc... Digo entonces que lo que hay de esencial en la pera o en la manzana no es ser pera o manzana. Lo que les es esencial no es su ser real, que cae en la esfera de los sentidos, sino la entidad que les he abstraído y que les he atribuido falsamente, la entidad de mi idea "el fruto". Declaro entonces la manzana, la pera, la almendra, etc., simples modos de existencia del fruto. Mi entendimiento finito, apoyado por los sentidos, *distingue*, es verdad, una manzana de una pera y una pera de una almendra, mas mi razón especulativa declara que esta diferencia sensible no es esencial y no presenta interés alguno. Ve en la manzana la *misma* cosa que en la pera, y en la pera la misma cosa que en la almendra, es decir, *el fruto*. Los frutos particulares reales no pasan de ser más que frutos *aparentes*, cuya verdadera esencia es "*la sustancia*", "el fruto"

No se llega de esta manera a una particular *riqueza de determinaciones*. El mineralogista, cuya ciencia se limitara a declara que todos los minerales son en verdad *el mineral*, no sería mineralogista salvo en su imaginación. Ante cada mineral, el mineralogista especulativo dice: *el mineral*, y su ciencia se limita a repetir este término tantas veces como minerales reales hay.

Después de haber hecho un "fruto" abstracto de diferentes frutos reales -*el fruto*- la especulación, para llegar a la apariencia de un contenido real, debe intentar, de una u otra manera, volver *del "fruto"* de la *sustancia* a los frutos reales, de *especies diferentes*, profanas: la pera, la manzana, la almendra, etc... Pero cuanto más fácil es, partiendo de los frutos reales, engendrar la idea abstracta, "*el fruto*", más difícil es, partiendo de la idea abstracta "*el fruto*", engendrar frutos reales. Incluso es imposible, a menos de renunciar a la abstracción y pasar de la abstracción a lo *contrario* de la abstracción.

El filósofo especulativo, directamente, renuncia, pues, a la abstracción *del fruto*, pero renuncia de manera *especulativa, mística*; tomando el aire de no renunciar a ella. Así, sólo en apariencia, sobrepasa la abstracción. He aquí más o menos, como razona:

Si la pera, la manzana, la almendra, la fresa, no son, en verdad, más que "la sustancia", "el fruto", me pregunto cómo sucede que "*el fruto*" aparezca ora como manzana, ora como pera, ora como almendra; de dónde viene esta *aparición de diversidad*, tan manifiestamente contraria a mi intuición especulativa de la *unidad*, de la *sustancia*, "*del fruto*"?

La razón está, responde el filósofo especulativo, en que "el fruto" no es una entidad muerta, indiferenciada, en reposo, sino una entidad viviente, diferenciada en sí, dotada de movimiento. La diferencia de los frutos profanos importa no sólo a *mi* entendimiento sensible, sino también "al fruto" en sí mismo, a la razón especulativa. Los diversos frutos profanos son manifestaciones vitales del "fruto único", son cristalizaciones que forma "el fruto" mismo. Así es, por ejemplo, que en la manzana "el fruto" se concede una existencia de manzana, en la pera una existencia de pera. No hay, pues, que decir, como desde el punto de vista de la sustancia: la pera es "el fruto", la manzana es "el fruto", la almendra es "el fruto"; por el contrario, hay que decir: "el fruto" se presenta como pera, "el fruto" se presenta como manzana, "el fruto" se presenta como almendra, y las distinciones que separan manzanas, peras, almendras, son las diferenciaciones propias "del fruto" y hacen de los frutos particulares otras tantas articulaciones diferentes en el proceso vital "del fruto".

El hombre común no cree proponer nada extraordinario diciendo que hay peras y manzanas. Pero el filósofo, expresando esta existencia de manera especulativa, ha dicho algo *extraordinario*. Ha cumplido un *milagro*: a partir del *ser de razón* irreal, "el fruto" ha engendrado los *seres de naturaleza* reales, la manzana, la pera, etc. En otros términos: de su *propio entendimiento abstracto*, que se presenta como sujeto fuera de sí mismo, aquel "el fruto", ha *creado* estos frutos, y en toda existencia que enuncia cumple un acto de creación.

Por supuesto, el filósofo especulativo no puede concluir esta creación continua si no es haciendo intervenir furtivamente, como determinantes de su propia *invención*, propiedades de la manzana de la pera, etc., universalmente conocidas y dadas en lo concreto real, atribuyendo los *nombres* de las cosas reales a lo que sólo el entendimiento abstracto puede crear, es decir, las fórmulas abstractas

del entendimiento y declarando que su *propia actividad*, por la cual *pasa* de la idea manzana a la idea pera, es la *actividad propia* del sujeto absoluto, "el fruto".

En el lenguaje especulativo esta operación se llama: concebir la *sustancia* como *sujeto*, como *proceso interior*, como persona absoluta, y esta concepción constituye el carácter esencial del método *hegeliano*.

Era necesario hacer estas advertencias preliminares para hacer concebible al señor Szeliga. Hasta aquí, el señor Szeliga ha resuelto relaciones reales como, por ejemplo, el derecho y la civilización, en la categoría del misterio, y de esta manera ha hecho "del misterio" la sustancia; mas sólo ahora se eleva a la altura realmente especulativa, a la altura *hegeliana*, y metamorfosea "el misterio" en un sujeto autónomo que se *encarna* en las situaciones y personas reales, y cuyas manifestaciones vitales son condesas, marquesas, modistillas, porteros, notarios, charlatanes, así como intrigas de amor, bailes, puertas de madera, etc. Tras haber engendrado a partir del mundo real la categoría "misterio", engendra el mundo real a partir de esta categoría.

Los misterios de la *construcción especulativa* se revelarán en la exposición del Szeliga con tanta *más evidencia* en cuanto tiene indiscutiblemente una *doble* ventaja sobre Hegel. De un lado, en presencia del proceso por el cual pasa el filósofo, mediante la intuición sensible, y a representación de un objeto a otro, Hegel se la entiende, con una maestría de sofista, en exponerlo como el proceso del ser de razón imaginario en sí mismo, del sujeto absoluto. Pero luego le sucede con harta frecuencia el dar, en el interior de su exposición *especulativa*, una exposición real que prende *la cosa* misma. Este desarrollo real *en el interior* del desarrollo especulativo arrastra al lector a tomar el desarrollo especulativo por real y el desarrollo real por especulativo.

En el señor Szeliga las dos dificultades desaparecen. Su dialéctica evita toda hipocresía y simulación. Ejecuta su número con una loable honestidad y la rectitud de un corazón de oro. Tras de lo cual, no desarrolla *ninguna parte de contenido real*, aunque en él la construcción especulativa salta a los ojos sin ninguna molesta floritura, sin nada de ambiguo que nos oculte su bella desnudez.

C. MARX y F. ENGELS: La sagrada familia ²⁶. Edit. Política, La Habana, 1965, p. 98-104. Edit. Grijalbo, México, 1962, p. 122-126.

El Chourineur (Uno de los personajes de "los misterios de París). (Ver nota 25) era carnicero de oficio. Diversas colisiones hacen de esta criatura, de instintos violentos por naturaleza, un asesino. Rodolphe lo encuentra por azar precisamente en el instante en que maltrata a Fleur de Marie. Rodolphe aplica sobre la cabeza del hábil matarife unos cuantos puñetazos magistrales e imponentes. Así se asegura el respeto del Chourineur. Más tarde, las cosas en calma, el natural buen talante del Chourineur se revela. Rodolphe le dice: "¡Tienes siempre coraje y honor!" Con estas palabras le insufla el respeto de sí mismo. El Chourineur se enmienda o, para hablar como el señor Szeliga, se metamorfosea en "entidad moral". Rodolphe lo toma bajo su protección. Sigamos la nueva educación del Chourineur dirigida por Rodolphe.

Primer estadio. La primera lección que recibe el Chourineur es una lección de hipocresía, de perfidia, de traición y de *disimulación*. Rodolphe utiliza al Chourineur moralizando, tal como utilizaba Vidocq (Aventurero primero y, después, funcionario de la policía de París) a los criminales tras moralizarlos: hace de él un *mouchard* (Espía o delator) y un *agent provocateur* (Agente provocador). Le aconseja "poner cara" ante el Maestro de Escuela (Evadido que se ha desfigurado para hacerse irreconocible) de haber cambiado de principios - principios de "no robar"-, de proponer al mismo personaje un golpe audaz y atraerlo así a una trampa tendida por Rodolphe. El Chourineur tiene la impresión de que se quiere abusar del él para una "farsa". Protesta contra la proposición de representar el papel de *mouchard* y de *agent provocateur*. Rodolphe persuade fácilmente a esta criatura de la naturaleza, por la "*pura*" *casuística* de la crítica crítica, de que un mal golpe no es un mal golpe cuando se le ejecuta por "*buenas razones morales*". Agente provocador, el Chourineur, bajo la apariencia de la camaradería y la confianza, empuja a su antiguo compañero a su perdición. Por *primera vez* en su vida comete una *infamia*.

Segundo estadio. Volvemos a encontrar al Chourineur como *garde-malade* (Enfermero) de Rodolphe, al que acaba de arrancar a la muerte.

El Chourineur se ha convertido en un ser *moral*, a tal punto *conveniente*, que cuando David, el doctor negro, le propone sentarse sobre el parqué, él se niega por miedo a ensuciar el tapiz. Y además es tan *tímido* que no se atreve a sentarse en una silla. No deja de excusarse cada vez que se dirige al señor Rodolphe, al que salvó la vida.

!Maravillosa rehabilitación del brutal hijo de la naturaleza! El Chourineur enuncia el misterio más íntimo de su metamorfosis crítica cuando confiesa a Rodolphe que siente por él, el apego de un *bouledogue* (Bulldog) por su amo: "Je me sensa pour vous comme qui dirait *l'attachement* d'un *bouledogue* pour son maitre" (Siento por vos algo así como el *apego* de un *bulldog* por su *dueño*.) .El excarnicero se ha convertido en perro. A partir de este momento todas sus virtudes se resolverán en la virtud del perro, en el puro "*dévouement*" (consagración) a su amo. Su independencia, su individualidad, desaparecerán completamente. Pero, como en el caso de

los malos pintores que se ven obligados a indicar por un leterrito situado sobre la boca el sentido de su retrato, Eugenio Sue pondrá en la boca del *bulldog*, el Chourineur, un leterrito con esta inscripción constante: "Las palabras: tienes corazón y honor, han hecho de mí un hombre". Hasta su último suspiro, el Chourineur hallará el móvil de sus actos, no en su individualidad humana, sino en este leterrito. Como prueba de su enmienda moral, tendrá múltiples reflexiones sobre su excelencia y sobre la perversidad de los demás, y cada vez que maneje locuciones morales, Rodolphe no dejará de decirle: "me gusta oírte *hablar así*". El Chourineur no es un *bulldog* ordinario: se ha convertido en un *bulldog moral*.

Tercer estadio. Acabamos de admirar *la decencia del pequeño burgués* que ha reemplazado a la inconsciencia *grosera*, pero *audaz*, del Chourineur. Ahora sabemos que, como conviene a una "*entidad moral*", se ha asegurado así el camino y el tren de vida de un *pequeño burgués*.

"A le voir marcher... on l'eut pris pour le *bourgeois* le plus inoffensif du monde" (Viéndole andar, se le tomaría por el burgués más inofensivo del mundo).

El fondo que Rodolphe da a esta vida reformada según la Crítica es más lamentable aún que la forma. Lo expide al África, donde podrá "dar al mundo incrédulo el espectáculo vivo y saludable del arrepentimiento". Ya no es su propia naturaleza humana lo que debe representar ahora, sino un dogma cristiano.

Cuarto estadio. La metamorfosis crítico-moral ha hecho del Chourineur un hombre tranquilo y prudente, que organiza su conducta según las reglas del temor y la sabiduría práctica.

"Le Chourineur", nos informa Murph que, en su indiscreta sencillez quema siempre la pólvora, "n'a pas dit un mot de l'execution du maitre d'ecole, de *peur* de se trouver compromis". (El Chourineur no ha dicho una palabra sobre el Maestro de escuela, por *miedo* a comprometerse).

El Chourineur sabe, pues, que la ejecución del Maestro de Escuela ha sido un acto contrario a la ley. Si no dice una palabra de ello es por temor a comprometerse. *!Prudente Chourineur!*

Quinto estadio. El Chourineur ha perfeccionado bastante su cultura moral como para que sus relaciones de *perro* con Rodolphe, bajo una forma civilizada, asciendan a la consciencia. Dice a Germain, tras arrancarlo a la muerte: "Tengo un protector que es para mí lo que *Dios* es para los *sacerdotes*...; es como para arrojarse de rodillas ante él". Y helo aquí, en pensamiento de rodillas ante su Dios. "El señor Rodolphe -continúa ante Germain- te protege. Cuando digo *señor*... debería decir *monseñor*..., pero tengo la costumbre de llamarle *señor* Rodolphe, y él me lo permite".

Y el señor Szeliga exclama en un éxtasis crítico: "¡espléndido despertar, espléndido florecimiento!".

Sexto estadio. El Chourineur termina dignamente su carrera de *pur dévouement* (consagración pura), de *bulldog moral*, haciéndose apuñalar finalmente por monseñor. En el instante en que "El esqueleto amenaza al príncipe con su cuchillo, el Chourineur detiene el brazo del asesino. El esqueleto lo apuñala. Pero en el momento de morir, el Chourineur le dice a Rodolphe: "Tenía razón cuando decía que un *gusano* como yo (un *bulldog*) podría ser alguna vez útil a un *gran señor* como vos."

A esta declaración de perro que resume toda la carrera crítica del Chourineur en *un* solo epigrama, el Chourineur, o más bien el leterrito que tiene en la boca, añade: "Estamos en paz, señor Rodolphe. Usted me había dicho que yo tenía corazón y honor."

Y el señor Szeliga grita con todas sus fuerzas: "Qué mérito para Rodolphe el haber devuelto al *Chourineur* (?) a la *humanidad* (!)!"

C. Marx y F. Engels: La sagrada familia, Edit. política, La Habana, p. 262-266. Edit. Grijalbo, México, 1962, p.229-231.

a) *Revelación teórica de los misterios de la economía política.*

Primera revelación: La riqueza conduce frecuentemente a la prodigalidad, la prodigalidad a la ruina.

Segunda revelación: Las consecuencias arriba descritas de la riqueza tienen su fuente en una educación insuficiente de la juventud rica.

Tercera revelación: La *herencia* y la *copropiedad privada* son y deben ser inviolables y sagradas.

Cuarta revelación: El rico debe *moralmente* cuentas a los trabajadores del empleo de su fortuna. Una gran fortuna es un depósito hereditario -un *feudo feudal*- confiado a manos avisadas, firmes, rectas, generosas, encargadas, al mismo tiempo, de hacerla fructificar y de utilizarla de tal manera que todo lo que tiene la *oportunidad* de encontrarse en la esfera de la irradiación brillante y saludable de la gran fortuna sea fecundo, vivificado, mejorado.

Quinta revelación: El Estado debe dar a la juventud rica, inexperta los *rudimentos* de la *economía individual*. Es necesario que moralice la fortuna.

Sexta revelación. En fin es necesario que el Estado se interese en el enorme problema de la *organización del trabajo*. Es necesario que del sano ejemplo de la *asociación de los capitales y del trabajo* y una asociación que sea honesta, inteligente, equitativa, que asegure el bienestar del *obrero* sin negar la *fortuna del rico*; que establezca *entre estas dos clases lazos de simpatía*, de gratitud, y garantice así *para siempre* la tranquilidad del Estado.

Como el Estado en este momento, no se interesa en esta teoría, *Rodolphe* da el mismo varios ejemplos prácticos. Estos develarán el misterio de que, para el señor Sue, el señor Rodolphe y la crítica, las *relaciones económicas* mas conocidas por todo el mundo sigan siendo "misterios".

C. Marx y F. Engels: La sagrada familia, Edit. Política, La Habana, 1965, p. 315-316. Edit. Grijalbo, México, 1962, p. 262.

El medio mágico, gracias al cual Rodolphe opera todas sus redenciones y sus curas milagrosas, no son bellas palabras, es su *dinero constante*. He aquí cómo son todos los moralistas, dice Fourier. Hay que ser millonario para poder imitar a sus héroes. La *moral* es "la *impotencia puesta en acción*". Cada vez que se lanza contra un vicio queda debajo de él. Y Rodolphe no se eleva siquiera desde el punto de vista moral independiente, que reposa al menos, en la conciencia de la *dignidad humana*. Su moral reposa, por el contrario, sobre la conciencia de la debilidad humana. Es la moral *teológica*. Las hazañas que cumple por sus *ideas fijas cristianas* que le sirven para medir el mundo: la caridad, el sacrificio, la abnegación, el arrepentimiento, los buenos y los malos, la recompensa y el castigo, las penitencias terribles, el aislamiento, la salvación del alma, etc., las hemos seguido en detalle demostrando que sólo son bufonías. Sólo nos queda ocuparnos del carácter *personal* de Rodolphe, el "misterio develado de todos los misterios" o el misterio develado de la "crítica pura".

... Si en la *realidad*, todas las distinciones se confunden cada vez más en la distinción de *pobre y rico*, en la *idea*, todas las distinciones aristocráticas se resuelven en la oposición *bien y mal*. Esta distinción es la última forma que la aristocracia da a sus prejuicios. Rodolphe se considera a sí mismo como hombre de bien, y los malos están aquí para garantizar el goce de su propia excelencia. Examinemos más de cerca al "hombre de bien".

El Señor Rodolphe practica una beneficencia y una prodigalidad del género de las del Califa de Bagdad en *Las mil y una noches*. Le es imposible llevar esta vida sin agotar, como un vampiro, su pequeño rincón de tierra alemán hasta la última gota. Según el señor Sue mismo, figuraría entre los príncipes alemanes mediatizados, si la protección de un *marqués* francés no lo hubiera salvado de la abdicación involuntaria. Esta indicación nos permite evaluar el tamaño de su tierra. La *crítica* con la cual Rodolphe *juzga* su situación puede ser apreciada gracias al hecho de que él, el Serenísimo alemán, cree deber guardar en París un incógnito a medias para no armar sensación. Se hace acompañar especialmente de un *canciller* con el solo fin crítico de que represente "el aspecto teatral y pueril del poder soberano"; como si, aparte de sí mismo y de su espejo, un pequeño Serenísimo tuviera necesidad de un representante del aspecto teatral y pueril del poder soberano.

... Después de estos esquemas del mal que está en él, Rodolphe vuelve a sus ideas fijas del "bien" y del "mal" y da cuenta del progreso que hace en el bien. Llama a la limosna y a la caridad castas y piadosas consoladoras de *su alma* herida. Pero prostituir la limosna y la piedad al contacto de los seres depravados, indignos, sería horrible, impío, *sacrilego*. Ni que decir tiene que la piedad y las limosnas son consoladoras de *su alma*. Profanarlas sería entonces un sacrilegio. Esto "haría dudar de Dios, y el que da debe hacer creer en Él". !Dar limosna a un depravado: la idea es insostenible!

... Es el natural aventurero de Rodolphe el que nos aporta la primera explicación de las aventuras y las situaciones a las que se expone. Ama "la excitación novelesca, la distracción, la aventura, el disfraz"; su "curiosidad" es "insaciable", necesita "emociones fuertes y excitantes"; está "ávido de *violentas sacudidas nerviosas*".

Este natural está apoyado por el furor de *jugar a la Providencia* y de enderezar el mundo de acuerdo a sus ideas fijas.

... Todo el carácter de Rodolphe se resume finalmente en la "*pura*" *hipocresía*, con la cual pretende presentarse a sí mismo y a otro las *explosiones de sus malas pasiones* como *explosiones contra las pasiones de los malos*, así como la Crítica crítica representa sus

propias necesidades como las necesidades de la masa; sus rencores biliosos contra la evolución del mundo al margen de ella, como rencores del mundo al margen de ella contra la evolución; en fin, su egoísmo, que se figura haber absorbido todo espíritu, como la egoísta contradicción de la masa erguida contra el espíritu. ²⁷

C. Marx y F. Engels: La sagrada familia, Edit. Política, La Habana, 1965, p. 322-330. Edit. Grijalbo, México, 1962, p. 266-271.

CONTRA EL ROMANTICISMO REACCIONARIO

EN TORNO AL ROMANTICISMO

No estamos sorprendidos de hallarnos ante una de las numerosas aplicaciones actuales del principio cristiano caballeresco, moderno y feudal, o, en una palabra del principio romántico.

Estos señores, porque no quieren reconocer la libertad como un don natural debido a la luz general de la razón, sino como un presente sobrenatural de una constelación de astros particularmente favorable, porque consideran la libertad sólo como el *hecho individual* de ciertas personas y ciertos órdenes, se ven obligadas, para ser consecuentes, a subordinar la razón a los *malos designios* y a las quimeras de "*sistemas lógicamente ordenados*". Para salvar las libertades particulares de los privilegiados proscriben la libertad general de la naturaleza humana. Más, como la mala casta del siglo XIX y la propia conciencia del caballero moderno, infectado por este siglo, no pueden comprender lo que es incomprensible en sí, puesto que está desprovisto de todo sentido, a saber: cómo determinaciones interiores, esenciales, generales, pueden ser ligadas a ciertos individuos humanos por contingencias exteriores, accidentales, particulares, sin ser ligadas a la esencia del hombre ni a la razón en general, sin ser, en consecuencia, comunes a todos los individuos, buscan necesariamente refugio en lo *maravilloso* y en lo *místico*. Como además la situación verdadera de estos señores en el estado moderno no corresponde de ninguna manera a la idea que se hacen de su situación, porque viven en un mundo situado *fuera de la realidad* y, en consecuencia, la *imaginación* les reemplaza la cabeza y el corazón, se aferran necesariamente insatisfechos de la práctica, a la teoría, mas a una *teoría del más allá*, a la *religión* que, sin embargo, entre sus manos, adquiere una amargura polémica, impregnada de tendencias políticas, y deviene de manera más o menos consciente un velo sagrado para ocultar deseos muy profanos, mas, al mismo tiempo, muy fantásticos.

C. MARX: Los debates de la sexta Dieta Renana, Obras , Mega, t. Y, p. 198-199.

Sucede en la historia humana como en la paleontología. Cosas que se hallan bajo nuestra nariz no son, en principio, percibidas, ni siquiera por los espíritus más eminentes, y esto a causa de *a certain judicial blindness* (Una cierta ceguera debida a prejuicios). Más tarde, cuando el tiempo es llegado, uno se asombra de que lo que no se vio antes aparezca por doquier. La primera reacción contra la Revolución Francesa y la obra emancipadora que a ella se alía ha sido naturalmente la de ver todo de manera medievalesca, romántica, e incluso hombres como Grimm no están exentos de ello. La segunda reacción es -y esto corresponde a la dirección socialista, aunque estos sabios no suponen ni el camino que toman- la de mirar por encima de la Edad Media hacia las épocas primitivas de cada pueblo. Entonces se sorprenden de hallar lo más nuevo en lo más antiguo, hasta *egalitarians to a degree* (Iguales hasta cierto punto) de los que se estremecería Proudhon.

C. MAR: Carta a Engels, 25 de marzo de 1868.

CARLYLE, CHATEUBRIAND, WAGNER

Un residuo de romanticismo *tory* y ciertos juicios humanitarios, por un lado; por otro, la Inglaterra escéptica y empírica: he aquí los factores que bastan para hacer comprender toda la concepción de Carlyle.

...Carlyle se queja del vacío y de la inanidad de la época, de la descomposición interior de todas las instituciones sociales. Su queja está fundada, pero las quejas solas no hacen nada; para remediar el mal hay que buscar la causa, y si Carlyle lo hubiera hecho habría encontrado que esta disolución y esta inanidad, esta "falta de alma", esta irreligión y este "ateísmo" tiene por causa la religión misma.

...Más porque sabemos que toda esta mentira y esta inmoralidad viene de la religión, que la hipocresía religiosa, la teología, son el prototipo de todas las demás mentiras e hipocresías, tenemos el derecho de englobar bajo el término de la teología toda la mentira y la hipocresía del presente, como hizo por primera vez Feuerbach y luego B. Bauer. Que Carlyle lea sus escritos, si quiere saber de dónde viene la inmoralidad que envenena todas nuestras relaciones. Una nueva religión, un culto panteísta del héroe, un culto del trabajo, deben ser creados o esperados: imposible; todas las posibilidades de la religión están agotadas. ²⁸

F. ENGELS: La situación en Inglaterra Pasado y presente de Carlyle. Obras, Mega, t. II, p. 424-426.

Thomas Carlyle es el único escritor inglés sobre el cual la literatura alemana ha ejercido una influencia directa y muy importante. Aunque sólo fuera por cortesía, un alemán no puede dejar pasar sus obras sin concederle su atención.

Hemos visto, por la última obra de Guizot, cómo se van las capacidades de la burguesía. En los dos folletos de Carlyle que tenemos ante los ojos asistimos a la declinación del género literario ante las luchas históricas que se han hecho extremadamente agudas y a las cuales intenta oponer sus inspiraciones desconocidas, inmediatas, proféticas.

Thomas Carlyle tiene el mérito de haberse erguido, con sus escritos, contra la burguesía, y esto en una época en que las concepciones, los gustos y las ideas de ésta dominaban enteramente la literatura inglesa oficial, e incluso lo ha hecho de una manera a veces revolucionaria. Así, en su *Historia de la Revolución Francesa*, en su apología de Cromwell, en su panfleto sobre el cartismo, en *Past and Present*. Mas en todos estos escritos la crítica del presente está estrechamente ligada a una apología extraordinariamente poco histórica de la Edad Media, muy frecuente, por cierto, entre los revolucionarios ingleses, por ejemplo, en Cobbett y en una parte de los cartistas. Mientras que en el pasado admira, al menos, las épocas clásicas de una cierta fase social, el presente lo desespera y el futuro le asusta. Allí donde reconoce e incluso llega a glorificar la revolución, ésta se concentra, según él, en un individuo aislado, sea un Cromwell, sea un Danton. Es a ellos a quienes dedica ese culto a los héroes, predicando en sus *Lectures on Heroes and Hero-Workship* (Los héroes y el culto a los héroes) como el solo refugio fuera de un presente saturado de desesperación, como una religión nueva.

El estilo de Carlyle se parece a sus ideas. Es una reacción directa, violenta, contra el estilo Pecksniff (Personaje de la novela de Dickens, "Martín Chuzzlewit") de los burgueses ingleses modernos, cuya enfática vulgaridad, prolijidad prudente y confuso fastidio, sentimentalista y moralizador, ha pasado de los *cokneys* instruidos que lo inventaron a toda la literatura inglesa. Carlyle, al contrario, trata la lengua inglesa como una materia enteramente en bruto que hay que volver a moldear. Giros y palabras envejecidos fueron resucitados; otros fueron inventados según el modelo alemán, especialmente según Jean-Paul (Jean Paul Richter. 1763-1825, poeta y novelista alemán. Autor de *Hesperis* y *la vida de Quintus Fixlein*.). El nuevo estilo era, con frecuencia, grandilocuente y de mal gusto, mas, con frecuencia también, brillante y siempre original. En esta relación, igualmente, los *Latter-Day Pamphlets* (Panfletos del último día) acusan un singular retroceso.

Por lo demás, es significativo que toda la literatura alemana, el hombre que ha ejercido la mayor influencia sobre Carlyle haya sido, no Hegel, sino el farmacéutico literario Jean-Paul.

El culto del genio que Carlyle comparte con Strauss ha sido, en los folletos en cuestión, abandonado por el genio. Sólo queda el culto.

...Ya se ve que el "noble" Carlyle toma de punto de partida una concepción enteramente panteísta. Todo el proceso histórico es determinado, no por el desarrollo de las masas vivientes en sí mismas, que depende, por supuesto, de condiciones determinadas, mas, a su vez, históricamente creadas y cambiantes; es determinado por una ley de la naturaleza, eterna, invariable en todos los tiempos, una ley de la que hoy se aparta y a la que se acerca mañana, y cuyo conocimiento exacto decide todo. Este conocimiento exacto de la ley eterna de la naturaleza es la verdad eterna, y todo lo demás es falso. Esta concepción reduce todas las relaciones reales entre las clases, por diferentes que sean según diferentes épocas, en una sola contradicción eterna entre aquellos que han descubierto la ley eterna de la naturaleza y actúan conforme a esa ley, o sea, los sabios y los nobles, y los que deforman esa ley y actúan contrariamente a ella, o sea, los necios y los pillos. La diferencia de clases, que se ha desarrollado históricamente, deviene así una diferencia natural que se debe aceptar y venerar como una parte de la ley eterna de la naturaleza, rindiendo homenaje a los sabios y a los nobles de la naturaleza: es el culto al genio. Toda la concepción del progreso histórico se reduce a la plana trivialidad de la sabiduría de los iluminados y de los francmasones del siglo pasado, a la moral simplista de *La flauta mágica* y aun saintsimonismo infinitamente decaído y vanalizado. Y he aquí que se plantea, naturalmente, la vieja cuestión de saber quien debe gobernar; de ahí esta conclusión que se plantea súbitamente: se debe gobernar mucho, realmente mucho; nunca se gobernará demasiado, porque el gobierno es la revelación y la afirmación continua de la ley de la naturaleza entre las masas. Mas ¿cómo descubrir a los nobles y a los sabios? No los revela un milagro sobrenatural; hay que buscarlos. Volvemos a hallar aquí las diferencias de clase históricas transformadas en diferencias puramente naturales. El noble es noble porque es sabio; porque es iniciado. Hay que buscarlo, pues, entre las clases que detentan el monopolio de la instrucción, es decir, entre las clases privilegiadas, y serán estas mismas clases las que deberán hallarlo en su seno, las que deberán pronunciarse sobre sus pretensiones al título de noble y de sabio. Las clases privilegiadas devienen así, de entrada, sino directamente nobles y sabias, al menos, clases "articuladas", mientras que las clases oprimidas son, naturalmente, clases "mudas y desarticuladas", y así se consagra nuevamente el dominio de clase. Toda esta estrepitosa indignación se transforma en un reconocimiento ligeramente velado del dominio de la clase existente; si uno se aflige y gruñe es sólo porque los burgueses no dan a sus genios desconocidos una plaza a la cabeza de la sociedad y, por razones muy prácticas, no prestan atención alguna a los delirios quiméricos de esos señores. Como aquí la palabrería pomposa se transforma en su contrario, cómo el noble, el iniciado y el sabio devienen en la práctica un sinvergüenza, un ignorante y un loco, Carlyle nos lo enseña con un ejemplo impresionante.

... La era nueva donde domina el genio, se distingue, pues, de la era antigua, principalmente, por el hecho de que el látigo se imagina que es genial. El genio de Carlyle se distingue de cualquier canchales de prisión o de cualquier inspector de los pobres por la indignación virtuosa y la conciencia moral que le empujan a maltratar a los pobres sólo para elevarlos a su nivel. Vemos así cómo, en su cólera liberadora este genio altamente protestario justifica y amplía fantásticamente las infamias del burgués. Si la burguesía inglesa ha asimilado los pobres a los criminales para desanimar el pauperismo, si en 1834 ha promulgado una ley contra los pobres, Carlyle, por su parte, acusa a los pobres de alta traición, porque el pauperismo produce el pauperismo. Como anteriormente la clase de la cual la historia había hecho una clase dominante, la burguesía industrial, participaba en el genio por la sola razón de ser la clase dominante, ahora cada clase oprimida es tanto más excluida del genio, tanto más objeto de la cólera desencadenada de nuestro desconocido reformador, en cuanto está más oprimida. Así sucede con los pobres. Pero su noble cólera moral alcanza su punto culminante cuando se trata de individuos enteramente innobles e infames, "pillos", o sea criminales. De ellos se trata en el folleto consagrado a las prisiones modelos.

Este folleto sólo se distingue del primero por el mayor furor, y tanto más cuanto que está dirigido contra los que rechaza oficialmente la sociedad existente: contra personas tenidas tras los barrotes. Un furor que ha renunciado incluso al débil pudor que pregonan aún, por conveniencia, los burgueses ordinarios. Lo mismo que en su primer panfleto establece una jerarquía completa de los nobles y se lanza a la búsqueda del más noble entre los nobles, Carlyle establece aquí una jerarquía igualmente completa de pillos y de infames y se esfuerza en poner la mano sobre el más malvado de los malvados, sobre el mayor pillo de Inglaterra, para tener la voluptuosidad de colgarlo. Supongamos que lo atrapa y que lo cuelga; viene luego otro a ser el más malvado y debe ser, a su vez, colgado; luego otro, y así hasta que se llega a los nobles; luego a los más nobles, y ya no queda nadie salvo Carlyle, el más noble, que al perseguir a los pillos deviene el asesino de los nobles, y que ha asesinado, además, en los pillos, lo que tenía de noble el más noble de los nobles que deviene, a veces, el más infame de los pillos y, como tal, debe colgarse él mismo. Así se resolverían todos los problemas relativos al gobierno, al Estado, a la organización del trabajo, a la jerarquía de los nobles, y la ley eterna de la naturaleza se realizaría al fin.

C. Marx y F. Engels: Tomas Carlyle: panfletos del último día, núm. 1: El tiempo presente, núm. 2: prisiones modelos. Londres 1850.

He leído el libro de Saint-Beuve sobre Chateaubriand, un escritor por el que siempre he sentido repulsión. Si el hombre se ha hecho tan célebre en Francia es porque desde todos los puntos de vista es la encarnación más clásica de la *vanité* francesa, y porque reviste esta *vanité*, no con el ropaje ligero y frívolo del siglo XVIII, sino con un ropaje romántico, y la hace pavonearse en giros de frases nuevamente fabricadas; se halla en él la falsa profundidad, una exageración bizantina, una coquetería sentimental, un tornasol multicolor, *word painting* (pintura verbal) lo teatral, lo sublime; en una palabra: un fárrago de mentiras como nunca ha existido, ni en la forma ni en el fondo.

C. Marx: carta a Engels, 30 de noviembre de 1873.

Estudiando la cloaca española he caído sobre las maniobras del digno Chateaubriand, este fabricando de bella literatura que alía, de la manera más repugnante, el escepticismo distinguido y el volterianismo del siglo XVIII, al sentimentalismo distinguido y al romanticismo del siglo decimonono. Esta alianza no podía dejar de hacer época en Francia desde el punto del estilo, aunque, incluso en el estilo, lo falso salta a los ojos, pese a todos los artificios.

En cuanto a su lado *político*, el buen hombre se ha puesto en plena luz en su *Congreso de Verona* (En el congreso de Verona, al que asistió Chateaubriand, en representación de Francia, se decidió la intervención de España, dominado como estaba Fernando VII por el liberalismo), y la cuestión reside sencillamente en saber si ha tocado "dinero contante" de parte de Alejandro Pavlovich (El zar Alejandro I) o si se ha dejado comprar por simples *flatteries* a las que este vanidoso Fausto era más sensible que nadie. Ha recibido *at all instances* (en todo caso) desde Petersburgo la orden de Saint-André. La *vanitas* del señor "Vizconde" (?) le sale por los poros, aunque sea en coquetería ora mefistofélica, ora cristiana, con la *vanitatum vanitas*. Ya sabes que en el momento del congreso, Villele era primer ministro de Luis XVIII y Chateaubriand embajador francés en Verona. En su Congreso de Verona -que quizás ya has leído, comunica actas, debates, etc. Comienza por una corta historia de la revolución española de 1820 a 1823 (El trienio liberal del reinado de Fernando VII era conocido en la época con el nombre de *revolución española de 1820 a 1823*. Con este o parecido título se escribieron bastantes textos, por ejemplo, la "Historia de la revolución de España durante los años 1820 a 1823", de Sebastián Miñano.) Para caracterizar esta "historia" basta con decir que el autor sitúa a Madrid sobre el Tajo (únicamente para recordar el proverbio español de que este río *cría oro*) y cuenta que Riego fue a la cabeza de 10.000 hombres (en realidad 5.000) al encuentro del general Freyre, que se hallaba a la cabeza de 13.000 hombres; que Riego había sido vencido y se había retirado con 15.000 hombres. Le hace batirse en retirada no en la Sierra de Ronda, sino en Sierra Morena, a fin de poder compararlo con el héroe de la Mancha. Señalo esto *en passant* (de pasada) para caracterizar la manera. Casi ningún dato es exacto.

... Y lo que es más divertido es que este fraseador del *Dieu de Saint Louis*, que debe conservar el trono de España para un *petit fils d'Henri IV*, escribe muy *cavalierement* al general Guilleminot que "no se moleste" y que no tema, bombardeando Cádiz, que una bala vaya a herir a Fernando VII, etc.

Le queda, en todo caso a este *ami intime* de los grandes Carrel, Lammenais, Béranger, etc., el honor de haber -con su amigo Alejandro- cocinado por 10 años en España la mayor porquería que se haya visto, y a riesgo de hacer saltar a sus Borbones.

Otro rasgo de este peregrino del Santo Sepulcro: él mismo cuenta en *El congreso de Verona* que impuso a Luis XVIII y a Villele, como embajador de Londres, a Polignac, al que ninguno de los dos deseaba. Más tarde, bajo Carlos X, cuando era él mismo embajador en Roma, da bruscamente y con gran estruendo su dimisión, al devenir ministro Polignac, porque declara que ahora la "libertad" está perdida.

C. Marx: carta a Engels, 26 de octubre de 1854.

En una carta escrita en los comienzos de 1882, Marx se expresa en los términos más vivos sobre el texto de los *Nibelungen* de Wagner, que falsifica completamente los tiempos primitivos. "¿Se ha oído nunca que el hermano abrazara a la hermana como a su esposa?" A estos "dioses de lujuria" de Wagner que, de una manera muy moderna dan con una brizna de incesto, más picardía a sus intrigas amorosas, Marx responde: "en los tiempos primitivos, la hermana *era* la esposa, y *esto era moral*".

F. Engels: El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Edit. Política, La Habana, 1963, p.47.

La cuestión de oriente (que terminará con la revolución en Rusia, cualquiera que sea la salida de la guerra contra Turquía) y la revista de las fuerzas de combate de la socialdemocracia (el comunismo) deberían bastar para convencer al filisteo alemán culto de que hay cosas más importantes en el mundo que Richard Wagner y su música del porvenir.

C. Marx: carta al profesor Freund, 21 de Enero de 1877.

LITERATURA REVOLUCIONARIA

En la lucha contra estas condiciones sociales, la crítica no es una pasión de la cabeza, es la cabeza de la pasión. No es un escalpelo, sino un arma. Su objeto es alcanzar al *enemigo*; no refutar, sino *destruir*. Porque el espíritu de estas condiciones sociales ha sido refutado. En sí, estas condiciones sociales no constituyen temas *dignos de atención*, sino un *estado de hecho* tan despreciable como despreciado. La crítica en sí no necesita fatigarse en comprender este objeto, puesto que está inmóvil ante él. No se da más como un *fin en sí*, sino únicamente como un *medio*. Su pasión esencial es la *indignación*; su labor esencial es la *denuncia*.

... La crítica que se ocupa de este objeto es una crítica *en combate*, y en combate no se trata de saber si el adversario es un adversario noble, un adversario de vuestro rango, un adversario *interesante*: se trata de alcanzarlo. Se trata de no dejar a los alemanes un sólo instante de ilusión ni de resignación. Hay que convertir la opresión real en más opresiva aún, añadiendo la conciencia de la opresión, y hacer la vergüenza más vergonzosa aún, haciéndola pública. Hay que representar cada esfera de la sociedad alemana como la *partie honteuse* (parte vergonzosa) de la sociedad alemana; y estas condiciones sociales petrificadas hay que obligarlas a avanzar haciéndolas oír su propia melodía. Hay que enseñar al pueblo a estar asustado de sí mismo, a fin de darle coraje.

C. Marx: Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel, Obras, MEGA, t.1. p.609-610

Si la crítica conociera mejor el movimiento de las clases populares inferiores sabría que la resistencia extrema que estas encuentran en la vida práctica las modifica cada día. La nueva literatura en prosa o en verso que en Inglaterra y en Francia viene de las clases populares inferiores les probaría que las clases populares inferiores saben elevarse intelectualmente sin la *protección* inmediata del *santo espíritu de la crítica crítica*.

C. Marx: La sagrada familia. Edit. Política, La Habana, p. 219. Edit. Grijalbo, México 1962, p.201.

Por supuesto la gran masa de los obreros no quiere oír hablar de estas instituciones (Las instituciones burguesas que se ocupan de instruir a los obreros "esparciendo entre ellas nociones provechosas a la burguesía") y sólo se dirige a las verdaderas salas de literatura proletarias, a las discusiones que tocan directamente sus intereses propios. Entonces la burguesía, en su suficiencia, pronuncia su *Dixi et salvavi*, y da la espalda con desprecio a una clase "que prefiere las explosiones de rabia apasionada de demagogos malintencionados a las ventajas de una sólida educación". Además, los obreros tienen también gusto por una "sólida instrucción" cuando se les presenta pura de toda la prudencia interesada de la burguesía, como lo prueban las conferencias sobre temas de ciencias naturales, de estética o de economía política, frecuentemente realizadas en todas las instituciones obreras -sobre todo socialistas- y seguidas por un vasto

público. Más de una vez he escuchado obreros, cuyos trajes se caían en jirones, hablar de geología, de astronomía y de otros temas con más conocimiento que los que poseen muchos burgueses de Alemania que han hecho sus estudios. Y, cosa que muestra a qué punto el proletariado inglés ha llegado a adquirir una cultura independiente: las manifestaciones más importantes de la nueva literatura filosófica, política y poética, no son leídas casi exclusivamente más que por obreros. El burgués, esclavo del régimen social y de los prejuicios que comporta, tiembla y se persigna delante de todo lo que señala verdaderamente el punto de partida de un progreso: el proletario tiene los ojos abiertos sobre ello y estudia con placer y éxito. En este sentido, los socialistas particularmente han hecho mucho por la cultura del proletariado; han traducido a los materialistas franceses Helvetius, Holbach, Diderot, etc., y los han difundido, al mismo tiempo que las mejores obras inglesas, en ediciones baratas. *La vida de Jesús*, de Strauss, y *La propiedad* de Proudhon, circulan igualmente sólo entre los proletarios; Shelley, el genial y profético Shelley, y Byron, con su ardor sensual y su amarga sátira de la sociedad existente, encuentran la mayoría de sus lectores entre los obreros; de ellos, los burgueses poseen sólo ediciones expurgadas, *family editions*, acomodadas al gusto de la moral hipócrita del día. Los dos más grandes filósofos prácticos de los últimos tiempos, Bentham y Godwin, son también, sobre todo este último, propiedad casi exclusiva del proletariado. Aunque Bentham haya hecho también escuela entre la burguesía radical, sólo el proletariado y los socialistas han logrado obtener de él una evolución progresiva. Sobre estas bases el proletariado se ha creado una literatura que le es propia, continuada principalmente por los periódicos y los folletos, y cuyo valor sobrepasa en mucho el de la literatura burguesa.

F. Engels: La situación de la clase obrera en Inglaterra, Obras MEGA, T.IV, p. 227-228.

Como en Francia en el siglo XVIII, la revolución filosófica ha preparado igualmente en Alemania, en el siglo XIX, el hundimiento político. ¡Mas, qué diferencia en los dos casos! Los franceses estaban en lucha abierta contra toda la ciencia oficial, contra la iglesia, incluso a veces contra el Estado; sus obras eran impresas del otro de la frontera, en Holanda o en Inglaterra, y ellos mismos con frecuencia se veían obligados a pasar un tiempo en la Bastilla. Los alemanes, en cambio, son profesores, maestros de la juventud nombrados por el Estado, y sus obras reconocidas como manuales de enseñanza, y el sistema que corona todo el desarrollo, el de Hegel, elevado incluso, de algún modo ¡a la categoría de filosofía oficial de la monarquía prusiana! ¿Y será detrás de sus frases pedantes y oscuras, detrás de sus períodos pesados y fastidiosos, donde la revolución se habrá ocultado? Los hombres que en su época pasaron por representantes de la revolución, los liberales, ¿no eran precisamente los más encarnizados adversarios de esa filosofía, que sembraba la inquietud en los espíritus? Mas lo que no vieron ni el gobierno ni los liberales, un hombre, al menos, lo vio desde 1833: es verdad que se llamaba Enrique Heine.

F. Engels: Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. Edit Política, La Habana, 1963, p. 6-7.

Enrique Heine ²⁹, el más grande de todos los poetas alemanes vivos se ha unido a nuestras filas y ha publicado un volumen de poemas políticos que contiene algunos trozos que proclaman el socialismo. Es el autor del célebre *canto de los tejedores silecianos*, ³⁰ del que os doy una traducción prosaica, pero que temo será considerada una blasfemia en Inglaterra. De cualquier modo os lo entrego llamando vuestra atención sobre el hecho de que se refiere al grito de guerra de los prusianos en 1813: *Con Dios, por el Rey y con la Patria*, que ha sido después la consigna preferida del partido en el poder. En cuanto al canto, helo aquí:

*Ni una lágrima en el ojo sombrío
están sentados en su oficio y rechinan los dientes,
"Alemania, tejemos tu sudario,
tejemos la triple maldición,
¡tejemos, tejemos!
Una maldición por el falso dios a quien hemos rezado
en los días de frío y en las escaseces;
hemos esperado y confiado en vano,
él nos ha burlado y estafado, se ha reído de nosotros,
¡tejemos, tejemos!
Una maldición al rey, al rey de los ricos,
que nuestra miseria no ha podido doblegar,
que exprime de nosotros el último céntimo
y nos hace matar a tiros de fusil como a los perros,
¡tejemos, tejemos!
Una maldición por la falsa patria
donde sólo prosperan el envilecimiento y la desvergüenza,
donde cada flor se marchita prematuramente,
donde la podredumbre y el cieno reconfortan al gusano,
¡tejemos, tejemos!*

*Vuela la lanzadera, rechina el telar,
asiduamente tejemos día y noche,
vieja Alemania, tejemos tu sudario,
tejemos la triple maldición,
!tejemos, tejemos!"*³¹

Con este canto, que en el original alemán es uno de los poemas más poderosos que conozco, me despido de vosotros por esta vez, con la esperanza de poder pronto hablaros de progresos ulteriores y de nuestra literatura social.

F. Engels: Rápidos éxitos del comunismo en Alemania, Obras, MEGA, T. IV, p. 341-342.

El programa de la izquierda, como el de los radicales, tiene el mérito de haber comprendido esta necesidad. Los dos programas proclaman con Heine:

*Bien mirada la cosa de cerca
veo que para nada necesitamos al Káiser*
(del poema de Heine "Alemania: cuento de invierno".)

C. Marx y F. Engels: el programa del partido radical demócrata y de la izquierda en Francfort, Obras, MEGA, T.VII, p. 29.

Y, sin embargo, ¡sácate los zapatos, patriota alemán, porque estás pisando la tierra sagrada! Todas estas costumbres bárbaras son fragmentos de la gloria cristiano-germana, son los últimos eslabones de la cadena que se extiende por toda la historia y te une a la grandeza de tus antepasados, llegando hasta los mismos bosques donde vivieron los queruscos. Este tufo, este légamos feudal que volvemos a descubrir aquí en su forma clásica y natural, son los productos que desde antaño distinguen a nuestra patria, y todo verdadero alemán debe exclamar con el poeta:

*!Este es el aire de la patria! Abrasa
con su fuerza vivificante
mis mejillas. !Toda esta mugre del camino
es el estiércol de mi querida patria!*
(Del poema de Heine "Alemania: cuento de invierno")

C. Marx: Proyecto legislativo sobre la abolición de las cargas feudales, Obras, Edit. Cartago, Buenos Aires, 1957, p. 294-295.

Querido amigo:

Confío en que mañana todavía tendré tiempo para verme con usted. Salgo de viaje el lunes. El editor Leske *acaba de irse*. Edita en Darmstadt una publicación trimestral sin censura, en la que yo colaboro junto con Engels, Hess, Herwegh, Jung y otros. Me ha pedido que le invite a usted a participar con prosa o poesía. Estoy convencido de que no se negará, ya que es preciso valerse de toda oportunidad para establecer una base sólida en la misma Alemania.

Entre todas las personas de quienes debo separarme aquí, Heine es quien hace más penoso mi alejamiento. Me habría gustado mucho que usted me acompañara. Trasmítame a su esposa mis saludos y los de mi esposa.

Suyo,
C. Marx.

C. Marx: Carta a Enrique Heine, 1 de Febrero de 1845.

Querido Heine:

Aprovecho el viaje del portador de estas líneas, el señor Annenkov, un ruso muy amable y culto, para enviarle mis cordiales saludos.

Hace algunos días llegó por casualidad a mis manos un pequeño pasquín dirigido contra usted: las cartas que quedaron de Börne. Jamás hubiera podido creer que Börne fuera tan chabacano, mezquino y trivial, sino hubiese visto esas líneas en letras de molde. Y el suplemento de Gutzkow y los demás !que mamarracho lamentable! En una de las revistas alemanas publicaré un análisis detallado del libro escrito por usted sobre Börne. Es difícil encontrar en toda la literatura un libro que halla recibido una acogida tan estúpida como la

que le dispensaron al suyo los asnos germano-cristianos, a pesar de que en ninguna época de la literatura alemana se advirtió falta de estupidez.

Quizá usted desearía comunicarme algo "especial" sobre su libro; en ese caso, hágalo cuanto antes.

Suyo,
C. Marx.

C. Marx: carta a Enrique Heine, 5 de Abril de 1846 aprox.

He encontrado esta poesía de nuestro amigo Weerth ³² en el legado literario de Marx. Weerth, el primero y el más importante poeta del proletariado alemán, ha nacido de padres renanos en Detmold, donde su padre era superintendente de iglesia. Cuando en 1843 yo vivía en Manchester, Weerth vino a Bradford como representante de una casa alemana, y pasamos juntos muchos alegres domingos. En 1845, cuando Marx y yo vivíamos en Bruselas, Weerth fue encargado por su compañía de representarla en los países del continente, y se las arregló para establecer su cuartel general igualmente en Bruselas. Tras la revolución de Marzo de 1848, nos encontramos todos de nuevo en Colonia, para la fundación de la *Nueva gaceta Renana*. Weerth se encargó del folletín, y dudo que un periódico haya tenido nunca folletines tan alegres y mordaces. Una de sus principales obras fue *La vida y las hazañas del célebre caballero Schanpphanski*, donde describe las aventuras del príncipe Lichnovski, que Heine, en *Atta troll*, evocó bajo este nombre. Los hechos son todos verídicos; ya diré otra vez cómo nos enteramos de ello. Estos folletines sobre Schanpphanski han sido editados en un libro por Hoffmann y Campe en 1849, y aún hoy son muy divertidos de leer. Más como Schanpphanski-Lichnovski, el 18 de septiembre de 1848, había ido a caballo en compañía del general prusiano Von Auerswald (igualmente miembro del parlamento) a espiar las columnas de campesinos que se dirigían sobre Francfort para unirse a los combatientes de las barricadas, y como en esa circunstancia, él y Auerswald fueron, según sus méritos, abatidos como espías por los campesinos, la justicia del imperio planteó una demanda contra Weerth por haber ofendido la memoria de Lichnovski, y Weerth, que desde hacía tiempo estaba en Inglaterra, fue condenado a 3 meses de prisión, bastante después de que la reacción había liquidado la *Nueva gaceta Renana*. Tuvo, efectivamente, que cumplir esos 3 meses de prisión, porque sus negocios le obligaban a volver a Alemania de vez en vez.

De 1850 a 1851 emprendió por cuenta de otra casa de Bradford, un viaje a España, luego a las Indias Occidentales, y recorrió casi toda la América del Sur. Tras una corta estancia en Europa volvió a sus queridas Indias Occidentales. Allí no pudo resistir el placer de ver en Haití al rey negro Soulouque, el verdadero prototipo de Luis Napoleón III. Sin embargo, como Wilhelm Wolff le escribió a Marx el 28 de Agosto de 1856, tuvo

Problemas con las autoridades de cuarentena, debió renunciar a su proyecto y, habiendo contraído en el curso del viaje la fiebre amarilla, volvió a La Habana. Hubo de encamarse, se le declaró una meningitis y el 30 de Julio nuestro Weerth moría en la Habana.

Le he llamado el primero y el más importante poeta del proletariado alemán. En efecto, sus poemas socialistas y políticos sobrepasan en mucho los de Feiligrath ³³ por su originalidad, su humor y, sobre todo, su ardor sensual. Frecuentemente se servía de formas empleadas por Heine, pero únicamente para llenarlas de un contenido original, enteramente independiente. Además, se distinguía de la mayoría de los poetas en que sus poesías, una vez escritas, se le convertían en totalmente indiferentes. Tras haber enviado una copia a Marx o a mí mismo, no se ocupaba más de sus versos, y, a veces, era incluso difícil forzarle a publicarles. Las cosas sucedieron de otro modo sólo durante el período de la *Nueva gaceta Renana*. La cita siguiente de una carta de Werth a Marx, nos da las razones:

Por lo demás, espero volver a verte en Londres a comienzos del mes de Julio, porque ya no puedo soportar más en Hamburgo a estos grasshoppers (saltamontes). Una existencia brillante me amenaza aquí, pero me da miedo. Cualquiera se agarraría a ella con las dos manos. Más soy demasiado viejo para convertirme en filisteo, y del otro lado del mar se halla el lejano occidente...

En estos últimos tiempos he escrito un montón de cosas, mas no he terminado nada, porque no veo ninguna utilidad de escribir, ningún fin. Cuando tú escribes algo sobre la economía política, eso tiene un sentido y una razón. ¿Pero yo? Fabricar indigentes frases ingeniosas y malas farsanterías para arrancar una risa imbécil a los rostros contorsionados de nuestros compatriotas -decididamente no conozco algo más triste. Mi actividad literaria, sin duda, murió con la Nueva Gaceta Renana.

Debo confesarlo, cuanto más lamento haber perdido, sin razón y por nada, estos tres últimos años, más me regocijo cuando pienso en nuestra existencia en Colonia.

No nos comprometimos. ¡Eso es lo esencial! Desde Federico el Grande nadie trató nunca al pueblo alemán en canaille como la Nueva Gaceta Renana. No quiero decir que todo el mérito era mío, pero contribuí a ello...

*!Oh Portugal! !Oh España! (Weerth volvía de allí precisamente). !Si al menos tuviéramos tu bello cielo, tu vino, tus naranjas y tus mirtos!
!Pero ni eso tenemos! !Sólo la lluvia y largas narices y carne ahumada! Bajo la lluvia, con una larga nariz, tu*

G. Weerth.

En lo que Weerth había llegado a la maestría, en lo que sobrepasaba a Heine (porque era más sano y más verdadero), en lo que no ha sido sobrepasado en la literatura alemana salvo por Goethe, era en la expresión de una sensualidad de apetitos carnales sanos y robustos. Algunos lectores del *Social-demócrata* se horrorizarían si me pusiera a reproducir aquí ciertos folletines de la *Nueva gaceta Renana*. Más no pienso hacerlo. Sin embargo, no puedo dejar de señalar que para los socialistas alemanes también vendrá el momento en que deberán rechazar abiertamente ese último prejuicio filisteo alemán, la hipócrita prudencia moral pequeño burguesa que sólo sirve, por lo demás, para encubrir obscenidades secretas.

Cuando por ejemplo, se leen los poemas de Freiligrath,³³ se podría realmente creer que los hombres no tienen órganos sexuales. Y, sin embargo, nadie amaba más las picardías contadas bajo capa como Freiligrath, cuyos poemas son ultrapúdicos. Es tiempo, realmente, de que los obreros alemanes se habitúen al menos a hablar de las cosas naturales, necesarias y extremadamente agradables que hacen ellos mismos por el día o por la noche, con una libertad tan grande como la de los pueblos latinos, Homero y Platón, Horacio y Juvenal, el Antiguo Testamento y la *Nueva gaceta Renana*.

Por lo demás, Weerth ha escrito también cosas menos reprobables y me permitiré enviar, de cuando en cuando, algunas páginas para el folletín del *Social-demócrata*.

F. Engels: Canto del compañero de George Weerth (1846), *Der Sozial-demokrat*, Zurich, 7 de Junio de 1883.

La poesía de Weerth, que adjunto se la hubiera podido enviar para su folletín, si usted no lo hubiera arreglado todo de manera que yo recibiera su carta con doce horas de retraso; por lo tanto, tuve que esperar y ver si usted publica el folletín tal como está (Se refiere al artículo de Engels sobre Weerth que puede leerse más arriba). Por lo demás puede insertarlo de algún otro modo. Las obras de Weerth, por una simple contraposición al solemne Freiligrath, están llenas de ironía y humor. No tiene el menor asomo de "seriedad".

F. ENGELS: Carta a E. Bernstein, 12 de junio de 1883.

No pude conseguir poesías socialistas, me refiero a Weerth. Creo que en viejo *Gesellschaftsspiegel* (revista del "Verdadero socialismo", publicada por M. Hess en Elberfeld, entre 1845 y 1846), de Moses Hess, de 1845, se ha publicado algo, pero tú probablemente ya las conozcas. En cierta ocasión oí hablar de una compilación de versos, pero nunca la vi. En todo caso, ni él ni nosotros hemos editado esa compilación.

F. Engels: Carta a E. Bernstein, 29 de Junio de 1884.

Ha habido revuelta de estudiantes en el partido alemán. Desde hace dos o tres años, multitud de estudiantes, literatos y otros jóvenes burgueses desclasados se han lanzado al partido, han llegado a tiempo para ocupar la mayoría de los puestos de redactores en los nuevos periódicos que pululan y, como de costumbre, consideran la universidad burguesa como una escuela de Saint-Cyr socialista que les da el derecho de entrar en las filas del partido con título de oficial, sino de general. Estos señores practican todos el marxismo, pero de la especie que se conoce en Francia desde hace 10 años, y del que Marx decía: "todo lo que se es que yo no soy marxista". Y probablemente diría de estos señores lo que Heine decía de sus imitadores: "sembré dragones y coseché pulgas".

F. Engels: Carta a Paul Lafargue, 27 de Octubre de 1890.

También la literatura alemana sufría la influencia de la efervescencia política que los acontecimientos de 1830 había esparcido por toda Europa. Un constitucionalismo mal asimilado, incluso un republicanismo menos asimilado aún, he aquí lo que predicaban todos los escritores de la época. Fue más o menos la moda, sobre todo entre los literatos de segundo plano, suplir la mediocridad de sus producciones por alusiones políticas, siempre seguros de llamar la atención. La poesía, la novela, el drama, la crítica, en una palabra, toda la producción literaria, desbordaban lo que se llamaba la "tendencia", o sea, manifestaciones más o menos tímidas de un espíritu de oposición. Y para colmar la confusión de ideas que reinaba en Alemania después de 1830, se mezclaban a estos elementos de oposición política reminiscencias universitarias de filosofía alemana mal asimilada y migajas de socialismo francés mal comprendido, particularmente de saintsimonismo y la clase de escritores que disertaban sobre estos enredos de ideas heterogéneas se intitulaba presuntuosamente la *joven Alemania* o la *Escuela moderna*. Desde aquellos días se han arrepentido de sus pecados de juventud, pero no han mejorado su estilo.

F. Engels: El Estado prusiano, New York Tribune, 28 de Octubre de 1851.

EL REALISMO

LITERATURA DE TENDENCIA

Al fin he leído *Los viejos y los nuevos* ³⁴, cuyo envío le agradezco cordialmente. La vida de los trabajadores de las minas de sal está descrita con el mismo arte que la de los campesinos de *Stefan*. La mayoría de las escenas de la sociedad vienesa son igualmente muy bellas. Viena es la única ciudad alemana donde se encuentra una sociedad; Berlín no tiene más que “ciertos medios” y, sobre todo, medios inciertos, y por ello no se encuentra allí materia más que para una novela sobre la vida de los literatos, los funcionarios y los actores. Usted puede juzgar mejor que yo si en esta parte de su obra la exposición de la acción no se desarrolla en ciertos lugares de una manera un poco demasiado precipitada; ciertas cosas que pueden darnos esta impresión parecen enteramente naturales en Viena, con su carácter internacional particular y su mezcla de elementos de Europa meridional y oriental. Encuentro en los medios descritos esa fuerza de individualización de los caracteres que le es habitual; cada uno de sus caracteres es un tipo, pero al mismo tiempo un individuo distinto, “éste”, según decía el viejo Hegel, y así debe ser. Sin embargo, para ser imparcial, debo hallar algo que decir y luego entonces a Arnold. Este es un hombre demasiado admirable, y cuando se mata finalmente cayendo desde un precipicio, no se puede conciliar esto con la justicia poética salvo diciéndose: era demasiado bueno para este mundo. Ahora bien, siempre es malo que el poeta se entusiasme mucho con su propio héroe, y me parece que, en cierta medida, usted ha caído en la trampa. En Elsa se encuentran aún ciertos rasgos individuales, aunque idealizados también, pero en Arnold la personalidad se disuelve aún más en el principio.

La lectura de la novela nos revela de dónde viene ese defecto. Usted siente probablemente la necesidad de tomar públicamente partido en este libro, de proclamar ante el mundo entero sus opiniones. Está ya hecho, es pasado, y no necesita usted repetirlo en esa forma. No soy adversario de la poesía de tendencia como tal. El padre de la tragedia, Esquilo, y el padre de la comedia, Aristófanes, fueron los dos vigorosamente poetas de tendencia, lo mismo que Dante y Cervantes, y lo que hay de mejor en *La intriga* y *el amor* de Schiller, es que se trata del primer drama político alemán de tendencia. Los rusos y los noruegos modernos, que escriben novelas excelentes, son todos poetas de tendencia. Más creo que la tendencia debe surgir de la situación y de la acción en sí mismas sin que esté explícitamente formulada, y el poeta no está obligado a dar écha al lector la solución histórica futura de los conflictos sociales que describe. Tanto más cuando en las circunstancias actuales la novela se dirige, sobre todo, a los lectores de los medios burgueses, es decir, a medios que no son directamente los nuestros, y entonces, a mi juicio, una novela de tendencia socialista cumple perfectamente su misión cuando, por una pintura fiel de las relaciones reales, destruye las ilusiones convencionales sobre la naturaleza de tales relaciones, quiebra el optimismo del mundo burgués, obliga a dudar de la perennidad del orden existente, incluso si el autor no indica directamente la solución, incluso si, dado el caso, no toma ostensiblemente partido. Su conocimiento exacto y sus descripciones maravillosamente frescas y vivientes del campesinado austríaco y de la “sociedad” vienesa encontrarán aquí una rica materia, y usted ha probado en *Stefan* que sabe tratar a sus héroes con esa fina ironía que da fe del señorío del poeta sobre su creación.

F. ENGELS: Carta a Minna Kautsky, 26 de septiembre de 1885.

LASSALLE Y LA TRAGEDIA

Paso ahora a tu *Franz von Sickingen*. *D’abord* (En principio) debo elogiar la composición y la acción, y esto es más de lo que puede decirse de cualquier drama alemán contemporáneo. *In the second instance*, aparte de toda actitud de crítica, la obra me ha emocionado vivamente en la primera lectura, y la impresión que producirá sobre los lectores, en quienes dominan más los sentimientos, será más fuerte aún. Y éste es un segundo punto muy importante. Y ahora, *the other of the medal* (el reverso de la medalla): *primeramente* -esto es puramente formal-, desde el momento en que escribías en verso habrías podido dar a tus yambos una forma un poco más artística. Pero, al fin y al cabo, por mucho que les choque a los *poetas profesionales*, tu negligencia la considero, a final de cuentas, como una ventaja, porque nuestros epígonos poéticos no han guardado más que una forma cuidada. *Secundariamente*: el conflicto, tal como lo has concebido, no es sólo trágico; es este mismo conflicto trágico el que acarrió su pérdida al partido revolucionario de 1848-49. Sólo puedo, pues, aprobarte enteramente cuando tú quieres hacer de él el punto central de una tragedia moderna. Pero me pregunto si tu asunto estaba bien escogido para traducir ese conflicto. Balthasar puede, sin duda, creer que, si Sickingen, en lugar de disimular su revuelta bajo la máscara de una revuelta entre caballeros, hubiera izado la bandera de la guerra abierta contra el emperador y los príncipes hubiera vencido. ¿Podemos compartir esta ilusión? Sickingen (y más o menos con él Hutten) no ha sucumbido a causa de su astucia. Ha sucumbido porque se había rebelado como *caballero* y *representante de una clase moribunda* contra lo existente, o, sobre todo contra la nueva forma de lo existente. Si se le quita a Sickingen lo que pertenece al individuo, con su educación particular, sus disposiciones naturales, etc., tendríamos a Goetz von Berlichngen. En éste, individuo *lamentable*, la oposición trágica entre la caballería, de una parte, y el emperador y los príncipes, de otra, se expresa en una forma adecuada, y es por ello que Goethe -y en parte Hutten

mismo, aunque para él, como para todos los ideólogos de su clase, parecidos juicios deberían ser sensiblemente modificados- combate a los príncipes (porque si se dirige contra el emperador es sólo porque el emperador de los caballeros se convierte en emperador de príncipes), no es de hecho sino un Quijote; aunque un Quijote históricamente justificado; que comience su querrela bajo la forma de una revuelta de caballeros, esto significa sólo que la comienza *en tanto que caballero*. Para comenzarla de otro modo debía haber hecho, directamente y desde el principio, un llamado a las ciudades y a los campesinos, es decir, precisamente a las clases cuyo desarrollo significa la negación de la caballería.

Si tu querías, pues, no reducir tu conflicto al de *Goetz von Berlichngen* -y esto no entraba en tu plan-, Sickingen y Hutten debían morir porque en su imaginación ellos eran revolucionarios (lo cual no puede decirse de Goetz) y, como la nobleza *instruida* de la Polonia de 1830, se habían hecho, por una parte, los instrumentos de las ideas modernas y por otra, representaban el interés de una clase reaccionaria. En estas condiciones, los representantes *nobles* de la revolución cuyas frases de orden, de unidad y de libertad ocultaban aún el sueño del antiguo Imperio y del derecho del más fuerte, no deberían haber absorbido la atención hasta el punto en que lo hacen en tu obra: los representantes del campesinado (éstos sobre todo) y elementos revolucionarios de las ciudades deberían haber constituido un fondo escénico activo muy importante. Habrías podido entonces expresar, y en un grado más elevado, precisamente las ideas más modernas en su forma más pura mientras que ahora, al margen de la libertad *religiosa*, es la *unidad* política la que de hecho resulta la idea principal de tu drama. Debías haber *shakespearizado* más, mientras que ahora considero como tu mayor error la *schillerización*, la transformación de los individuos en simples portavoces del espíritu del siglo. ¿Tú mismo, en cierta medida, no has caído, como tu Franz von Sickingen, en el error diplomático de dar más importancia a la oposición de Lutero y de los caballeros, que a la oposición de los plebeyos y de Munzer?

Lamento, además, la ausencia de rasgos característicos en los caracteres. Hago una excepción para Carlos V, Balthasar y Ricardo de Tréves. Y, sin embargo, ¿hubo nunca una época tan rica en caracteres fuertemente señalados como el siglo XVI? Hutten representa, a mis ojos, demasiado exclusivamente el "entusiasmo", lo cual es fastidioso. ¿No fue al mismo tiempo un hombre con mucha sal, un verdadero demonio de ingenio, y no has sido, en consecuencia, demasiado injusto hacia él?

Hasta qué punto tu Sickingen, representado por lo demás de manera demasiado abstracta, es víctima de un conflicto independiente de sus cálculos personales, se deduce de la manera en que es obligado a predicar a sus caballeros la amistad con las ciudades, etc., y, por otra parte, del placer que siente en ejercer él mismo el derecho del más fuerte sobre las ciudades.

En cuanto al detalle, te reprocho hacer aquí y allá reflexionar exageradamente a tus personajes sobre ellos mismos, lo cual proviene de tu predilección por Schiller. Así, por ejemplo, en la página 121, cuando Hutten cuenta a María la historia de su vida, hubiera sido perfectamente natural hacer decir a María:

Toda la gama de sensaciones
etc., hasta

Y ella es más pesada que la carga de los años

Los versos que preceden: "Se dicen", hasta "ha envejecido", podrían seguir luego; pero la observación: "Sólo es necesaria una noche a una muchacha para convertirse en mujer" (aunque muestra que María conocía el amor como algo más que como una noción abstracta) es enteramente inútil, y es absolutamente inadmisibles que María comience por la reflexión sobre su propio "envejecimiento". Tras haber dicho todo lo que cuenta sobre esa "única" hora podría resumir su estado de espíritu con la reflexión sobre su envejecimiento. Más adelante, en las líneas siguientes, las palabras "lo considero como un *derecho*" (la felicidad) me chocan. ¿Por qué quitar a María la concepción ingenua del mundo que ella afirma haber tenido hasta entonces y transformarla en doctrina de derecho? Quizá expondré otra vez mi opinión de manera más detallada.

Encuentro particularmente lograda la escena entre Sickingen y Carlos V, aunque el diálogo de los intérpretes se transforma un poco demasiado en alegato, y lo mismo las escenas en Tréves. Las sentencias de Hutten sobre la espada son muy bellas.

Basta por ésta vez has ganado con tu drama un partidario absoluto en la persona de mi mujer. Sólo María no le deja muy contenta.

C. MARX: Carta a Lassalle, 19 de abril de 1859 .³⁵.

Debe usted estar un poco asombrado de mi silencio prolongado, tanto más cuando le debía mi apreciación sobre su *Sickingen*. Pero esto es precisamente lo que me ha impedido escribirle. En el empobrecimiento hoy general de las bellas letras, rara vez tengo ocasión de leer una obra de éste género, y desde hace años no me ha ocurrido leer de manera de emitir un juicio profundo, una opinión precisa y determinada. Los mamarrachos que aparecen no valen la pena. Incluso las mejores novelas inglesas que leo de cuando en cuando,

como, por ejemplo, las de Thackeray, pese a su importancia literaria y a su significación cultural e histórica indudables, nunca me han podido despertar este interés. Mi juicio se ha embotado mucho como consecuencia de esta larga inacción, y necesito tiempo para permitirme expresar una opinión. Su *Sickingen* merece, sin embargo, que se le aborde de otro modo que toda esa confusión literaria, y por eso me he tomado un tiempo. La primera y la segunda lectura de su drama, nacional alemán desde todos los puntos de vista, según el tema y la manera de tratarlo, me han emocionado de tal manera que he debido ponerlo a un lado por algún tiempo, tanto más cuando en las miserables coyunturas presentes mi gusto debilitado (debo reconocerlo con vergüenza) me ha reducido a un estado en que incluso las cosas de poco valor me hacen a la primera lectura una cierta impresión. Para llegar a un juicio imparcial enteramente "crítico", he puesto *Sickingen* a un lado o, más exactamente, lo he prestado a ciertos amigos (se encuentran aquí algunos alemanes con una cultura literaria más o menos grande). *Habent sua fata libelli* (los libros tienen su destino). Cuando uno los presta, rara vez los vuelve a ver, y no he podido tener mi *Sickingen* más que por fuerza. Puedo decirle que a la tercera y a la cuarta lecturas la impresión siguió siendo la misma y en la convicción de que su *Sickingen* puede soportar la crítica, le doy mi juicio.

Sé que no le haré un gran cumplido diciendo que ningún poeta oficial de la Alemania contemporánea podría, ni de lejos, escribir un drama parecido. He aquí, sin embargo, un hecho que caracteriza demasiado bien nuestra literatura para que se le deje pasar en silencio. Para abordar inmediatamente el aspecto formal he sido muy agradablemente sorprendido por la habilidad con la cual se anuda la intriga y por el carácter dramático de la acción de un extremo al otro. En lo que concierne a la versificación, usted se ha permitido, es verdad, ciertas libertades, pero éstas chocan más en la lectura que en la escena. Hubiera querido leer la pieza para el teatro, porque, tal como es presentada en el libro, probablemente no podía ser representada. He recibido aquí la visita de un joven poeta alemán (Karl Siebel), un compatriota y pariente lejano, que ha trabajado mucho para el teatro; irá, quizá como reservista de la guardia prusiana, a Berlín, y entonces me permitirá darle unas palabras para usted. Admira mucho su drama, mas lo considera totalmente irrepresentable a causa de la extensión de los monólogos, mientras que los otros actores se ven obligados, para no reducirse a meros figurantes, a agotar, volviendo a ellos dos o tres veces, sus procedimientos mímicos. Los dos últimos actos prueban abundantemente que le será fácil hacer el diálogo vivo y animado, y como la cosa puede ser hecha igualmente para los tres primeros actos, estoy persuadido de que lo tomará en consideración al adaptar su drama para la escena. El contenido ideológico se resentirá de ello seguramente, mas es una cosa inevitable, y la síntesis perfecta de la profundidad ideológica, del contenido histórico consciente, que usted atribuye justamente al drama alemán, y la vivacidad, la amplitud de la acción shakespeariana, no será, sin duda, realizada más que en el porvenir y quizá ni siquiera por los alemanes. Es precisamente en esta síntesis donde veo el porvenir del drama. Su *Sickingen* está en el buen camino; los principales personajes representan, efectivamente, clases y corrientes determinadas, por consecuencia, ideas determinadas de su época, y los móviles de sus actos no son pequeñas pasiones individuales, sino la corriente histórica que las arrastra. El progreso, sin embargo, consistiría en que esos móviles sean llevados al primer plano de manera viviente, activa, por así decirlo, natural, por el curso mismo de la acción, y que, al contrario, los discursos de la argumentación (en los cuales he descubierto con placer, por otro lado, su viejo talento de abogado y de tribuno) devinieran más y más inútiles. Usted mismo parece darse este ideal por fin, cuando hace la distinción entre drama escénico y drama literario: creo que se podría, aunque difícilmente (porque la perfección no es, realmente, pequeña cosa) transformar de esta manera *Sickingen* en un drama escénico. Esto va ligado a la manera de caracterizar los personajes. Tiene usted razón en ponerse en contra de la mala individualización esparcida actualmente, que se reduce a pobres argucias y es el signo distintivo de la literatura estéril de los epígonos. Me parece, sin embargo, que el individuo es caracterizado, no solo por lo que hace, sino también por la manera como lo hace, y desde este punto de vista el contenido ideológico de su drama no perdería nada, creo, si los caracteres de los diferentes personajes se distinguieran más entre ellos y se opusieran unos a otros. No nos basta ya la manera de los antiguos en nuestros días, y en esto, pienso, pudo usted haber tenido más en cuenta la significación de Shakespeare en la historia del drama. Pero estas son cuestiones secundarias y las planteo sólo para mostrarle que he reflexionado también en el aspecto formal del drama.

En cuanto al contenido histórico, usted ha mostrado muy claramente e indicado con justa razón su desarrollo ulterior, los dos aspectos del movimiento de la época que le interesan más: el movimiento nacional de la nobleza, representado por *Sickingen*, y el movimiento teórico del humanismo con el desarrollo que ha recibido en el dominio teológico y eclesiástico, la Reforma. Las escenas que más me gustan son las escenas entre *Sickingen* y el emperador, entre el legado del Papa y del Arzobispo de Tréves (oponiendo aquí el legado laico, con su extensa cultura, estética y clásica, teórica y políticamente clarividente, al príncipe eclesiástico alemán limitado, usted ha logrado dar una excelente pintura de los caracteres individuales, que, sin embargo, deriva directamente del carácter representativo de los personajes); en la escena *Sickingen* y Carlos, los caracteres resaltan igualmente de una manera sorprendente. Introduciendo la autobiografía de Hutten, que tiene usted razón de considerar como muy importante en cuanto a su contenido, usted ha escogido, sin embargo, un medio muy arriesgado para insertar ese contenido en su drama. Muy importante es también la conversación de Balthazar con Franz en el quinto acto, en el que el primero expone a su amo la política verdaderamente revolucionaria que hubiera debido seguir. Aquí se revela lo que es verdaderamente trágico, y a causa de su significación, me parece que se debiera haber indicado más desde el tercer acto, en el que las ocasiones de hacerlo no faltan. Pero vuelvo a caer en cuestiones secundarias. La situación de las ciudades y de los príncipes de la época está descrita igualmente en muchos pasajes con mucha claridad, y así se encuentran más o menos consumidos los elementos oficiales del movimiento de entonces. Pero lo que usted, a lo que me parece, no ha puesto bastante de relieve, son los elementos no oficiales, plebeyos y campesinos, así como su expresión teórica correspondiente. El movimiento

campesino ha sido a su manera también nacional, tan dirigido contra los príncipes como el de la nobleza, y la envergadura inmensa de la lucha en la cual ha sucumbido contrasta considerablemente con la ligereza con la cual los nobles, abandonando a Sickingen a su suerte, aceptaron su papel histórico de cortesanos. Aún según su concepción del drama, que es, a mi juicio, como usted lo ha notado, un poco demasiado abstracta, no muy realista, el movimiento campesino me parece merecer más atención. La escena campesina con Joss Fritz es, sin duda, muy característica, y la personalidad de este "agitador" está muy bien mostrada, pero no basta para representar con el suficiente peso ante el movimiento de la nobleza, la marea ya hirviente de la agitación campesina. Según *mi* concepción del drama, que no admite que se olvide lo real por lo ideal, y Shakespeare por Schiller, la utilización de esta parte plebeya de la sociedad de entonces, tan asombrosamente colorida, habría aportado elementos enteramente nuevos para animar el drama, un fondo inapreciable al movimiento nacional de la nobleza que se desarrolla en el primer plano escénico, y por primera vez habría hecho aparecer bajo su verdadera luz el movimiento mismo. Qué asombrosos cuadros de caracteres nos ofrece esta época de descomposición de las relaciones feudales en la persona de sus reyes mendigos, de sus lasquenets sin pan, de sus aventureros de toda especie -un verdadero trasfondo a lo Falstaff que, en un drama histórico de este género, debe producir más efecto aún que en Shakespeare-. Mas, al margen de esto, es a mi juicio este desconocimiento del movimiento campesino el que le ha conducido a representar tan bien inexactamente en un cierto sentido, por lo que me parece, el movimiento nacional de la nobleza, y a dejar escapar lo que presenta de *verdaderamente* trágico el destino de Sickingen. A mi juicio, la masa de la nobleza imperial de la época no planeaba de ningún modo concluir una alianza con el campesinado, imposible porque vivía de los ingresos obtenidos gracias a la opresión de los campesinos. Una alianza con las ciudades hubiera pertenecido más al dominio de las posibilidades, pero no se realizó, o sólo de manera incompleta. Sin embargo la revolución nacional de la nobleza no era posible sino gracias a una alianza con las ciudades y los campesinos, con éstos, sobre todo, y en esto reside precisamente, a mi juicio, lo trágico, a saber: que esta condición esencial, la alianza con los campesinos, era imposible; que, en consecuencia, la política de la nobleza debía inevitablemente ser mezquina; que en el momento mismo en que la nobleza quiso tomar la dirección del movimiento nacional, la masa de la nación, los campesinos, protestaron contra esta dirección y su pérdida devino inevitable. No quiero juzgar aquí hasta que punto su posición de que Sickingen mantuvo realmente ciertas relaciones con los campesinos está históricamente fundada, y por lo demás no es esencial. Mas, si recuerdo bien, los escritos de Hutten en los cuales se dirige a los campesinos dejan de lado la cuestión espinosa de la nobleza y buscan volver la cólera de los campesinos, sobre todo contra los sacerdotes. No le discuto, de ninguna manera, el derecho de concebir a Sickingen y a Hutten como habiendo querido emancipar a los campesinos. Pero usted tiene aquí inmediatamente la contradicción trágica en que se encuentran los dos, entre la nobleza, de una parte, que se oponía resueltamente, y los campesinos, de otra. Aquí residía, a mi entender, el conflicto trágico entre el postulado históricamente necesario y la imposibilidad práctica de su realización. Al descartarlo, usted reduce el conflicto trágico a dimensiones menores, a saber: que Sickingen, en lugar de atacar a la vez al emperador y al imperio, busca querella con un *solo* príncipe (aunque aquí también, con un sentimiento justo, usted ha introducido a los campesinos), y le hace sucumbir como resultado de la cobardía y la indiferencia de la nobleza. Mas esta actitud de la nobleza hubiera estado motivada de otro modo, si usted hubiera hecho surgir ante la amenaza del movimiento de campesinos y el estado de ánimo devenido indudablemente conservador de la nobleza tras el "Bundschuh" y el "pobre Conrad" (Ambas son asociaciones secretas de campesinos. La Primera ejerció su influencia en Alsacia y el país de Bade, siendo descubierta en 1493 y 1502; se vuelve a organizar bajo la dirección de José Fritz, siendo nuevamente descubierta en 1513. La segunda se constituyó en 1503 en Wurtemberg, contribuyendo a la organización de los levantamientos de 1513 y 1514). No es, por lo demás sino uno de los medios de introducir en el drama el movimiento campesino y el plebeyo, y existen, por lo menos, una docena de otros igualmente buenos o mejores.

Ya ve usted, aplico una escala de valores muy elevada a su obra; es incluso *la más elevada* posible desde el punto de vista estético e histórico, y el hecho de que me vea obligado a hacerlo para poder formular por aquí o por allá cualquier objeción le será la mejor prueba de mi aprobación. La crítica *entre nosotros* se ha hecho desde hace años, en interés del partido mismo, necesariamente tan franca como sea posible; en cuanto a lo demás, yo y todos nosotros nos regocijamos siempre cada nueva confirmación de que nuestro partido, en todos los dominios en que se manifiesta, da siempre la prueba de superioridad. Y usted lo ha hecho una vez más.

F. Engels: carta a Lasalle, 18 de Mayo de 1859. ³⁷

BALZAC Y EL REALISMO

Le agradezco que me haya enviado, por mediación del señor Viztelly, su *Muchacha de la ciudad* ³⁸. Lo he leído con el mayor placer y la mayor avidez. Es, como dice mi amigo y su traductor Eichhoff una pequeña obra maestra; añade, y esto le debe satisfacer a usted, que su traducción se esfuerza en ser literal, porque toda omisión o toda tentativa de modificación sólo disminuiría el valor del original.

Lo que, sobre todo, me impresiona en su relato, al lado de su gran variedad realista, es que se manifiesta en él la audacia de un verdadero artista. No sólo en la manera con que usted habla del Ejército de Salvación ante las barbas de esa respetabilidad altanera que aprenderá quizá por primera vez, *por qué* el Ejército de Salvación encuentra un apoyo tan considerable entre las masas populares. Mas, sobre todo, en las formas sin adornos que usted da a la trama del libro, a la vieja, muy vieja historia, de una muchacha proletaria, seducida por un hombre de la clase media. Un autor mediocre hubiera intentado disimular el carácter banal de la fábula amontonando

sobre ella complicaciones artificiales y ornamentos, lo cual no le hubiera impedido ponerse al descubierto. Usted ha sentido que podía permitirse contar una vieja historia porque era capaz de renovarla por la veracidad del relato.

Su *Mister Grant* es una obra maestra.

Si encuentro algo que criticar es sólo el hecho de que su relato no es suficientemente realista. El realismo, a mi juicio, supone, además de la exactitud de los detalles, la representación exacta de los caracteres típicos en circunstancias típicas. Sus caracteres son suficientemente típicos en los límites en que están descritos por usted; mas, sin duda, no se puede decir lo mismo de las circunstancias en que se encuentran sumergidos y en las que actúan. En *City Girl*, la clase obrera aparece como una masa pasiva, incapaz de ayudarse a sí mismo y ni siquiera intentando hacerlo. Todas las tentativas de arrancarla a la miseria embrutecedora vienen de fuera, de arriba. (En efecto es la clase más pobre, la más dolorida y la más numerosa, como dice Saint-Simon, la clase más pobre, la más humillada, como dice Robert Owen). Mas si esta descripción era justa allá por 1800 o 1810, en la época de Saint-Simon o de Robert Owen, no lo es ya en 1887 para un hombre que ha tenido el honor de tomar una parte activa, durante más de 50 años, en la mayoría de los combates del proletariado militante (y se ha dejado siempre guiar por el principio de que la liberación de la clase obrera debe ser siempre obra de la clase obrera mismo). La resistencia revolucionaria que la clase obrera opone siempre a lo que la oprime, sus tentativas -espasmódicas, semiconscientes o conscientes- de obtener sus derechos humanos, pertenecen a la historia y pueden pretender un lugar en el dominio del realismo.

Estoy lejos de reprocharle no haber escrito un relato puramente socialista, una "novela de tendencia", como decimos los alemanes, en la que se glorificarían las ideas sociales y políticas del autor. No pienso tal cosa. Es mejor para la obra de arte que las opiniones (políticas) del autor permanezcan ocultas. El realismo de que hablo se manifiesta enteramente al margen de las opiniones del autor. Permítame (ilustrarlo con) un ejemplo. Balzac, a quien considero un maestro del realismo infinitamente más grande que todos los Zola *passés*, *present et á venir*, nos da en *La Comedia humana* la historia más maravillosamente realista de la *société* francesa (especialmente del mundo parisino), describiendo bajo la forma de una crónica de costumbres, casi de año en año, de 1816 a 1848, la presión cada vez más fuerte que la burguesía en ascenso ha ejercido sobre la nobleza que se había reconstituido desde 1815 y que (tan bien que mal), en la medida de lo posible, levantaba el estandarte de la *vieille politesse française* (la vieja cortesía francesa). Describe cómo los últimos vestigios de esta sociedad, ejemplar para él, han sucumbido poco a poco ante la intrusión del arribista vulgar repleto de dinero o han sido corrompidos por él; como la *grande dame*, cuyas infidelidades conyugales no habían sido más que un medio de afirmarse, medio que respondía a la manera como se había dispuesto para ella el matrimonio, ha cedido el lugar a la burguesía que se procura un marido con el fin de tener dinero o afeites; en torno a este cuadro central esboza toda la historia de la sociedad francesa, donde he aprendido más, incluso en lo que concierne a los detalles económicos (por ejemplo, la redistribución de la propiedad real y personal tras la revolución), que en todos los libros de los historiadores, economistas, estadísticos profesionales de la época, todos juntos. Sin duda, en política, Balzac era legitimista; su gran obra es una perpetua herejía que deplora la descomposición irremediable de la alta sociedad; todas sus simpatías van hacia la clase condenada a desaparecer. Más pese a todo ello, su sátira no es nunca más hiriente, su ironía más amarga, que cuando hace precisamente actuar a los aristócratas, esos hombres y esas mujeres por las cuales sentía una simpatía tan profunda. Y (al margen de algunos provincianos) los únicos hombres de los que habla con una admiración no disimulada son sus adversarios políticos más encarnizados, los héroes republicanos del Cloître-Saint-Merri (nombre de la calle en que, después de los funerales del general Lamarque, se produjo la insurrección del 5 y 6 de Junio de 1832), los hombres que en esa época (1830-1836) representaban verdaderamente a las masas populares. Que Balzac se haya visto forzado a contrariar sus propias simpatías de clase y sus prejuicios políticos, que haya visto la ineluctabilidad del fin de sus aristócratas queridos y que los haya descrito como no merecedores de mejor suerte; que no haya visto los mejores hombres del porvenir sino únicamente donde podía encontrarlos en aquella época, esto, lo considero uno de los grandes triunfos del realismo y una de las características más señaladas del viejo Balzac.

Sin embargo, debo argüir en defensa de usted que en ninguna parte en el mundo civilizado la clase obrera manifiesta menos resistencia activa, más pasividad ante su destino, y que en ninguna parte los obreros están más *hébétés* (embrutecidos) que en el East-End de Londres. ¿Y quién sabe si no ha tenido usted excelentes razones para limitarse, por esta vez, con mostrar sólo el aspecto pasivo de la vida de la clase obrera, reservando el aspecto activo de esta vida para otra obra?

F. Engels: carta a Miss Harkness, abril de 1888.

Por mucho tiempo he intentado tener del personaje una buena opinión, pero es imposible. ¿Qué se puede decir de un señor que tras haber leído por primera vez una novela de Balzac (y se trataba nada menos que del *Cabinet des Antiques* y de *Père Goriot*) habla de una manera desdeñosa y con gran desprecio de ellas, como si fueran obras comunes y de una gran banalidad...?

F. Engels: carta a Marx. 4 de octubre de 1852.

No puedo escribirte en este momento más que unas pocas líneas porque el agente del propietario está aquí y debo interpretar ante él el papel de Mercadet en la comedia de Balzac. A propos de Balzac, te aconsejo leer de él la *Chef d'oeuvre inconnu* y *Melmoth reconcilié*. Son dos pequeñas "chefs d'oeuvre" (obras maestras) plenas de una deliciosa ironía.

C. Marx. Carta a Engels, 25 de febrero de 1967.

En una sociedad dominada por la producción capitalista, el productor no capitalista es dominado por las concepciones capitalistas. En su última novela, *Los campesinos*, Balzac, notable por su comprensión profunda de las relaciones reales, describe con una gran precisión cómo el pequeño campesino, con el fin de conservar la benevolencia de su usurero, ejecuta gratuitamente para él toda clase de trabajos, sin figurarse por ello hacerle regalos, porque su propio trabajo no le impone gastos propiamente dichos. El usurero, de su lado, mata así dos pájaros de un mismo tiro. Se ahorra la inversión de un salario y envuelve cada vez más en las redes de la usura al campesino arruinado progresivamente porque deja el trabajo sobre su propio campo.

C. Marx: El capital T. III. Sección primera, Cap. 1.

SHAKESPEARE

!Qué diferencia entre los "orgullosos agricultores" de Inglaterra de que habla Shakespeare y los obreros jornaleros ingleses del agro! En vista de que para el obrero asalariado el objetivo del trabajo sólo es el salario, el dinero, una cantidad determinada de valor de cambio, en el que se borra toda diferencia de valor de uso, a él le es totalmente indiferente el *contenido* de su trabajo y, por ello, el tipo particular de su actividad, en tanto que en el sistema corporativo o de casta esta actividad es considerada de vocación, y entre los esclavos, como entre el ganado de labor, sólo es una forma de actividad determinada impuesta y tradicional, la acción que determina su capacidad de trabajo.

C. Marx: manuscrito del capítulo VI del Capital.

Una de las peculiaridades de la tragedia inglesa, tan repulsiva para el sentir francés que hasta llevó a Voltaire a calificar a Shakespeare de salvaje borracho, es una mezcla caprichosa de lo elevado y lo bajo, de lo terrible y lo ridículo, de lo heroico y lo bufonesco. Pero Shakespeare jamás llegó a encomendar a un bufón que recitara el prólogo de un drama heroico. Los honores por esta invención le pertenecen al Ministerio de coalición. Milord Aberdeen desempeñó el papel, sino del bufón inglés, al menos del "papanatas" italiano. Un observador superficial podría creer que todos los grandes movimientos históricos terminan en farsa o, en el mejor de los casos, en una trivialidad. Sin embargo, lo característico de la tragedia que lleva por título "la guerra con Rusia" es haber comenzado con eso, cuyo prólogo fue recitado el viernes por la noche en ambas cámaras del parlamento, donde simultáneamente se discutió y aprobó por unanimidad la respuesta del ministerio al mensaje real; así la respuesta pudo ser entregada ayer por la tarde a la reina, sentada en el trono de su palacio de Buckingham.

C. Marx y F. Engels: Los debates parlamentarios sobre la guerra.

El farsante de Roderich Benedix ha editado un grueso tomo maloliente contra la "Shakespearomanía", en el que demuestra con lujo de detalles que Shakespeare no está absolutamente a la altura de nuestros grandes poetas, y ni siquiera de los de la época moderna. Probablemente habría que arrojar a Shakespeare de su pedestal para poner en su lugar a ese culón de R. Benedix. Pero hay más vida y más movimiento en el primer acto de *Las alegres comadres de Windsor* que en toda la literatura alemana, y Lanza solo con su perro Crab, vale más que todas las comedias alemanas juntas. Sin embargo, ese pesado de Benedix se hundirá en reflexiones tan graves como triviales sobre la manera alemana y rápida con que Shakespeare suele precipitar el *dénouement* (desenlace), abreviando así las charlas aburridas, pero verdaderamente inevitables. *Habeat sibi* (que le aproveche).

F. Engels: carta a C. Marx, 10 de diciembre de 1873.

DIDEROT

La convicción de que la humanidad, al menos actualmente, se mueve a grandes rasgos en un sentido progresista, no tiene nada que ver con el problema del materialismo y del idealismo. Los materialistas franceses se aferraban a esta convicción hasta un grado casi fanático, no menos que los deístas a Voltaire y a Rousseau, llegando por ella, no pocas veces, a los mayores sacrificios personales. Si alguien ha consagrado toda su vida a servir a "la verdad y la justicia" -tomando la frase en el buen sentido- ha sido, por ejemplo, Diderot. Por tanto, cuando Starcke clasifica todo esto como idealismo, con ello sólo demuestra que la palabra materialismo y toda la antítesis entre la orientación materialista y la idealista perdió para él todo sentido.

F. Engels: Ludwig Feuerbach, Obras escogidas. Edit. Cartago, Buenos Aires.

Hoy he descubierto *by accident* que en casa tenemos dos ejemplares de *Le neveu de Rameau*, por lo cual te envío uno de ellos. Esta obra maestra única te dará otra vez nuevo placer. El *old* Hegel dice acerca de ella: "La conciencia consciente de su desintegración y que la expresa, es una burla mordaz de la existencia, así como de la confusión del todo y de sí misma; es simultáneamente, para sí misma, un eco aún perceptible de esa absoluta confusión... Es la naturaleza de todas las relaciones, que se desintegra a sí misma, y su consciente desintegración" ... En este aspecto del retorno al yo, la *vanidad* de todas *las cosas* es la *propia vanidad* del yo o el yo es él mismo vanidad... Pero como conciencia indignada se da cuenta de su propia desintegración, y por este conocimiento la trasciende en forma inmediata... Cada una de las partículas de este mundo, o bien expresa aquí su espíritu o bien es proclamada intelectualmente y declarada lo que es. La *conciencia honesta* (el papel que se asigna Diderot en el diálogo" considera cada momento como esencia permanente y ella es un absurdo llena de ignorancia, ya que no advierte que su modo de obrar es falso. Pero la conciencia desintegrada es la conciencia de la reversión, y por cierto que de la reversión absoluta; su elemento dominante es el concepto, el que reúne los pensamientos, muy lejanos por cierto, de la honestidad; de aquí el brillo de su lenguaje. De este modo, el contenido del lenguaje del espíritu de sí mismo consiste en la reversión de todas las concepciones y realidades; en engaño universal de uno mismo y de otros y la desvergüenza con que habla de esto es precisamente la mayor verdad... Para la conciencia tranquila, que a su manera honesta sigue cantando la melodía de lo verdadero y de lo bueno en tonos monocordes, es decir, en una nota, este lenguaje se le aparece como "un farrago de sabiduría y locura", etc.

Más divertido que el comentario de Hegel es el del señor Jules Janin, del cual encontrarás un extracto en el pequeño volumen. Este *Cardenal de la mer* (cardenal del mar) siente la falta de una moral en el *Rameau* de Diderot, y por eso ha enmendado la cosa con el descubrimiento de que toda la perversión de Rameau proviene de su disgusto por no ser un "gentil hombre de nacimiento". La basura a la Kotzebue que ha apilado en su piedra angular está siendo representada como melodrama en Londres. De Diderot a Jules Janin hay, sin duda, lo que los fisiólogos llaman metamorfosis regresiva. !Lo que es el espíritu francés *antes* de la revolución y *bajo* Luis Felipe!...

F. Engels: carta a Marx, 16 de Abril de 1869.

APÉNDICES

I. CARTA DE CARLOS MARX A SU PADRE, 10 DE NOVIEMBRE DE 1837.

Berlín 10 de noviembre

Queridísimo padre:

Hay en la vida momentos que limitan con hitos fronterizos de un tiempo pasado, pero que indican claramente, así mismo, un nuevo rumbo.

Llegados a semejante punto de transición, nos sentimos impulsados a considerar con el ojo del águila del pensamiento el pasado y el presente, para adquirir conciencia de nuestra posición real. Aún más, la misma historia universal se complace en estas miradas retrospectivas y se contempla a sí misma, lo que entonces le da en muchos casos la apariencia de retroceder o de detenerse; en tanto que ella se tiende simplemente en un sillón para comprender y espiritualizar su propio acto, el acto del espíritu.

Más en tales momentos el individuo se hace lírico, pues toda metamorfosis es en parte el canto del cisne y, en parte, la obertura de un gran poema nuevo que se esfuerza en adquirir forma bajo brillantes y aún confusos colores, y sin embargo quisiéramos elevar un monumento a lo que hemos vivido, a aquello que debe ganar en el sentimiento el lugar que ha perdido desde el punto de vista de la acción. ¿Y donde encontraría un asilo más sagrado que en el corazón de un padre, el juez más bondadoso, el que nos testimonia el interés más profundo, el sol de amor cuyo fuego anima lo más íntimo de nuestros esfuerzos? ¿Cómo podría ser arreglada y perdonada mejor cualquier cosa desagradable sino llegando a ser manifestación de un estado esencialmente necesario? ¿Cómo el a menudo juego desagradable del azar, del descarriamiento del espíritu, podría al menos ser sustraído al reproche de provenir de un corazón insensible?

Si después de un año pasado aquí miro, pues, hacia atrás, sobre los acontecimientos de este año transcurrido y si respondo así a tu querida, a tu tan querida carta de Ems, séame permitido examinar mi situación de la manera conque considero la vida en general, como la expresión de una actividad intelectual que se manifiesta en todas las direcciones: en el saber, en el arte y en las aptitudes personales.

En momentos en que te abandonaba, un mundo nuevo se había elevado para mí, el mundo del amor, y de un amor en sus comienzos, lleno de deseos, pero vacío de esperanzas. E incluso el viaje a Berlín, que en otras disposiciones de ánimo me hubiera encantado enormemente, incitándome a la contemplación de la naturaleza, llenándome de la alegría de vivir, me dejó frío, y más aún, me produjo un asombroso mal humor, pues las rocas que yo veía no eran más rudas, más orgullosas que los sentimientos de mi alma, las grandes ciudades más vivas que mi sangre, las mesas de los hoteles más recargadas, más indigestas que los paquetes de ilusiones que yo llevaba y, en fin, el arte no era tan bello como Jenny.

Al llegar a Berlín fui abandonando todas las relaciones que hasta entonces mantuve en la ciudad; a regañadientes hice algunas visitas y trate de sumirme íntegramente en la ciencia y en el arte.

Como lo quería entonces mi alma, la poesía lírica debía atraerme en primer término, como el tema más inmediato y agradable. Pero a causa de mi estado y de toda mi formación anterior, esta poesía era completamente idealista. Un más allá tan lejano como mi amor se transformó en mi cielo, en mi arte. Todo lo que es real, se esfuma y nada de lo que se esfuma halla límites; ataques contra el presente, un sentimentalismo desleído e informe, nada de natural, ideas caídas de la luna, todo lo contrario de lo que es y de lo que debe ser, reflexiones retóricas en lugar de ideas poéticas, pero quizá también un cierto calor de sentimiento y una búsqueda de expresión caracterizan las poesías de los tres primeros volúmenes que hice llegar a manos de Jenny. Todo un mundo de aspiraciones que no ven límites se debaten en un mundo de formas y hacen de mi poesía una confusión.

Pero la poesía no podía ni debía ser más que el acompañamiento; debía estudiar jurisprudencia y sobre todo me sentía atraído por la filosofía. Mezclé las dos tendencias; por un lado, sólo estudié a la manera de un escolar y sin el menor sentido crítico a Heinecio, Thibaut y las fuentes traduciendo por ejemplo al Alemán los dos primeros libros de las Pandectas; por otro lado traté de realizar una filosofía del derecho en el dominio del derecho. A manera de introducción escribí algunas frases metafísicas y llegué en esta malhadada obra hasta el derecho público, lo que resultó un trabajo de casi trescientas páginas.

Ante todo, la oposición típica del idealismo entre la realidad y lo que debe ser se manifestó muy molesta y fue causa de la distribución siguiente, enormemente inexacta. Primero venía lo que quise bautizar como metafísica del derecho, esto es, de los principios, de las reflexiones, de las definiciones, y esto sin unidad con todo el derecho real y toda forma real del derecho; lo mismo que Fichte, pero de manera más moderna y superficial. Al mismo tiempo, la forma científica del dogmatismo matemático, en la cual el sujeto gira en torno a la cosa, razona a tontas y a locas, sin que la cosa misma se expanda abundantemente y llegue a ser algo vivo, constituía además un

obstáculo para la comprensión de lo verdadero. El triángulo permite al matemático hacer sus construcciones y demostraciones; no por esto deja de ser una representación en el espacio; no se transforma en otra cosa; hay que ponerlo junto a otras figuras, y entonces ocupa distintas posiciones y los elementos próximos a él de maneras diferentes, le confieren diversas relaciones y verdades. En la expresión concreta del mundo ideal viviente, como lo son el derecho, el Estado, la naturaleza y toda la filosofía, hay que sorprender, por el contrario, al objeto en su desenvolvimiento; no conviene introducir divisiones arbitrarias; la razón del objeto en cuanto es contradictoria en sí debe encontrar su movimiento y encontrar su unidad en ella mismo.

Venía luego, como segunda parte, la filosofía del derecho, es decir, siguiendo mi concepción de entonces, el examen del desarrollo de las ideas en el derecho positivo romano, como si en su proceso ideal (no digo en sus determinaciones puramente finales) el derecho positivo pudiera diferir en suma de la forma del concepto del derecho, que debía comprender en todo caso la primera parte.

Esta primera parte la dividía además en jurisprudencia formal y jurisprudencia material: la primera debía tratar la forma pura del sistema en su sucesión y continuidad, su división y extensión; la segunda, por el contrario, estudiaría a fondo la condensación de la forma en su fondo. Era este un error que comparto con el señor Savigny, así como lo comprobé más tarde en su erudita obra sobre la propiedad, con la simple diferencia de que él llama definición formal a la operación "de encontrar el lugar que tal o cual doctrina ocupa en el sistema romano (ficticio)" y definición material, a la "doctrina de lo que los romanos atribuyeron de positivo a un concepto así fijado", en tanto que yo entendía por forma la arquitectónica de los procesos del concepto y por materia la cualidad necesaria de estos procesos. Mi equivocación consistió en creer que se podía y debía desarrollar separadamente la una de la otra, y de este modo obtuve no una forma real, sino un escritorio con cajones en los cuales eché enseguida arena.

En efecto, el concepto es el mediador entre la forma y el fondo. En una explicación filosófica del derecho, una debe aparecer en el otro; mejor aún, la forma no debe ser más que el desenvolvimiento del fondo. Llegué de esta manera a una división de tal índole, que el tema puede esbozarse a lo sumo para una clasificación fácil y superficial, pero el espíritu del derecho y su verdad desaparecieron. Todo el derecho se descompuso en derecho contractual y no contractual. Me tomo la libertad de agregar aquí el esquema -para hacer más claro el asunto- hasta llegar al derecho público, que igualmente es tratado en la parte final:

... Pero ¿a qué continuara llenando páginas con esas cosas que yo mismo he rechazado? En todo el trabajo se encuentran divisiones tricotómicas; está escrito con una fatigante prolijidad y lleno de representaciones romanas de la manera más bárbara, para hacerlas entrar por fuerza en mi sistema. Además terminé por dedicarme a la materia y por dominarla, al menos en cierto modo.

Al final del derecho privado material reconocí la falsedad del conjunto que en el esquema fundamental se aproxima a la teoría Kantiana, pero que en su desarrollo se separa totalmente de ella; una vez más comprendí que sin la filosofía era imposible llegar. Entonces pude refugiarme, con la conciencia tranquila, en brazos de la filosofía y escribí un nuevo sistema metafísico original, viéndome obligado a terminar a reconocerlo como absurdo, como también a reconocer la absurdidad de todos mis esfuerzos anteriores.

Al mismo tiempo adquirí la costumbre de hacer extractos de todos los libros que leía, por ejemplo, Lessing: *Laoconte*; Solger: *Erwin*; Winkelmann: *Kunstgeschichte*; Luden: *Deutsche Geschichte*, y de garabatear de paso reflexiones. Así mismo traduje la *Germania* de Tácito y los *Libri tristium* de Ovidio, y a título especial, es decir, con ayuda de gramáticas, me puse a estudiar inglés e italiano, lo que hasta ahora no ha dado resultados positivos. Leí de Klein: *Kriminalrecht*, así como sus *Annales*, y las últimas producciones literarias, pero estas en forma completamente accesoria.

Al finalizar el semestre volví a cultivar el trato con las musas y a hacer poesía satírica. Ya en el último fascículo que te envié, el idealismo se manifiesta por una alegría satírica de encargo (*Skorpion und Felix*), por un drama fantástico desafortunado (*Oulamen*), hasta que termina cambiando por completo y se transforma en un arte puramente formal, casi siempre carente de temas capaces de suscitar vigor poético y ritmo ditirámbico en las ideas.

Y estas últimas poesías son, sin embargo, las únicas en las que bruscamente, como por un golpe mágico -!ay!, ese golpe me aplastó primero -, el verdadero reino de la poesía se me apareció brillando como un lejano palacio de hadas y haciendo caer echas polvo todas mis creaciones.

Que con estas múltiples tareas haya tenido que pasar en el primer semestre una buena cantidad de noches blancas, que afrontar muchas luchas, que sufrir bastantes impulsos interiores y exteriores y que, finalmente, no haya salido de todo este proceso más rico que antes y que, además, haya descuidado la naturaleza, el arte, el mundo y los amigos, he aquí las reflexiones que mi cuerpo parecía hacerse. Un médico me aconsejó una estadía en el campo y así fue como, por primera vez, después de haber atravesado la ciudad en toda su longitud, fui a Stralow. No dudaba que el joven débil y anémico que yo era encontraría allí salud y la fuerza física necesarias.

Había caído una cortina; mi santo de los santos era saqueado y precisaba introducir en él nuevos dioses.

Partiendo del idealismo que, sea dicho de paso, había confrontado con los datos de Kant y Fichte y que había alimentado, llegué a buscar la idea en la realidad misma. Si en otras épocas los dioses habitaron en los cielos, ahora se habían convertido en centro de la tierra.

Leí fragmentos de la filosofía de Hegel, cuya grotesca melodía pétreo no me gustaba. Una vez más quise sumergirme en el mar, pero con el firme propósito de encontrar a la naturaleza espiritual tan necesaria, concreta y bien establecida como la naturaleza física, y de no ejercitarme en floreos, sino en sacar a la luz la perla fina.

Escribí un dialogo de unas 24 hojas: *Kleantes, Oder VomAusgangspunky und not Wendigen Fortang der Philosophia*. El arte y la ciencia, que se habían separado enteramente, se unían en cierto modo en el diálogo. Robusto viajero, me puse a trabajar en una explicación filosófico-dialéctica de la divinidad, tal como se manifiesta como concepto en sí, religión, naturaleza o historia. Mi última proposición era el comienzo del sistema Hegeliano. Y este trabajo por el cual me inicié algo en las ciencias naturales, en Schelling, en la historia, este trabajo que me produjo infinitos dolores de cabeza, está escrito en forma tan vulgar (en tanto que debía ser en realidad una lógica nueva) que ahora me es difícil volver a él con el pensamiento. Este trabajo, mi hijo predilecto, cuidado al claro de luna, me arroja como a una falsa sirena en brazos del enemigo.

En mi despecho, me sentí durante algunos días incapaz de pensar; me paseaba como un loco por el parque de la orilla del Spree, cuyas aguas sucias "lavan las almas y diluyen el té". Hice una partida de caza con mi hotelero; recorrí Berlín y llegué a sentir deseos de abrazar a todos los transeúntes.

Poco después me dediqué a estudios positivos: estudio de Savigny, *Der Besitz*; de Feuerbach y Grolmann, *Criminalrech*; de Kramer, *De verborun significatione*; de Wenning-Ingelheim, *Pandektensystem*; de Mühlenbruch, *Doctrina Pandectarum*, que continué trabajando, y, finalmente, algunos puntos esenciales según Lanterbach: el proceso civil y en especial el derecho eclesiástico, del cual he leído casi íntegramente la primera parte en el *Corpus: Concordia discordantium canonnum*, de Graciano, y del que hice extractos, así como el apéndice, las *Instituciones*, de Lancelot. Luego traduje parcialmente la *retórica* de Aristóteles, leí el famoso Bacon de Verulam: *De augmentatis scientiarum*, me ocupé mucho de Reimarus, cuya obra *Von die Hunst-trieben der Thiere* profundicé con delicia, y así mismo me dediqué al derecho alemán, pero sobre todo estudiando las *Capitulares* de los reyes francos y las cartas dirigidas a ellos por los papas.

El pesar que me causaron la enfermedad de Jenny el fracaso de todos mis trabajos emprendidos en vano; el despecho que me roía al verme obligado a hacer mi ídolo de una concepción que me era odiosa, me enfermaron, Queridísimo padre, como ya te hice saber. Restablecido, quemé todas mis poesías, todos los planes de relatos, etc., con la ilusión de que podría renunciar completamente a ellos, lo que, hasta hoy, es cierto, no he podido probar.

Durante mi indisposición leía a Hegel de cabo a rabo y me familiaricé con la mayoría de sus discípulos. Después de varias reuniones realizadas en Stralow con algunos amigos ingresé en el club de los doctores, entre quienes estaban algunos *privatdozants* y el más íntimo de mis amigos berlineses, el doctor Rutenberg. En la discusión se manifestaron bastantes opiniones contradictorias y yo me adherí de más en más sólidamente a esa filosofía, a la cual quise sustraerme, si bien todo lo sonoro se había esfumado y fui presa de una verdadera furia irónica, cosa que, por lo demás, podía producirse fácilmente después que renegué de tantas cosas.

A esto se agregó el silencio de Jenny y no logré tranquilizarme antes de adquirir -por algunas malas producciones como *Der Besuch*-, la modernidad y el punto de vista de la concepción científica actual.

Si no te hice, quizá, la descripción clara de este último semestre ni te he dado todos sus detalles al suprimir tantos matices, te ruego que me perdones, Queridísimo padre, teniendo en cuenta mi enorme deseo de hablar ahora.

El señor de Chamisso me envió una carta muy insignificante en la que me hace saber "que lamenta que el *Almanaque* no pueda utilizar mis artículos, porque ya está impreso desde hace tiempo". Me la trague de rabia. El editor Wigand hizo llegar mi plan al doctor Schmidt, editor de la firma Wunder: buen queso y mala literatura. Te adjunto su carta; el segundo aún no ha contestado. Pero de ningún modo renuncio a mi proyecto, y tanto menos cuando todas las celebridades estéticas de la escuela Hegeliana han prometido su colaboración, a pedido del profesor Bauer, que desempeña un gran papel entre ellos, y el coadjutor, el doctor Rutenberg.

En cuanto a hacer carrera en la administración de finanzas, mi muy querido padre, conocí últimamente a un asesor llamado Schmidthänner, quien me aconsejó que, después de mi tercer examen de derecho, me dirija a la carrera judicial, lo que me gustaría, ya que prefiero en verdad la jurisprudencia a todo el derecho administrativo. Este señor me dijo que desde el tribunal regional superior de Bunster, en Westfalia, él mismo y muchos otros habían llegado en tres años a las funciones de asesor, cosa fácil -con mucho trabajo,

claro está- no estando allí fijados los plazos con el mismo rigor que en Berlín y otros lugares. Cuando luego se aprueba el doctorado, siendo asesor, se tiene fácilmente la perspectiva de poder iniciarse de inmediato como profesor extraordinario; este es el caso del señor Gärtner, en Bonn, quien ha escrito una obra mediocre sobre los códigos provinciales y que sólo es conocido, además, porque forma parte de la escuela jurídica hegeliana. Pero, queridísimo padre, ¿no sería posible discutir todo esto de viva voz contigo? El Estado de Eduardo, la enfermedad de mamá, tu indisposición -aunque espero que en todo ello no haya nada grave- me han inspirado el deseo, incluso me imponen casi la obligación de acudir a casa. Estaría ya en ella si no hubiese puesto en duda, de modo absoluto, tu permiso, tu consentimiento.

Créeme, queridísimo padre, que no me guía el pensamiento egoísta (aunque me sentiría muy feliz volviendo a ver a Jenny), sino que me impulsa otro pensamiento, y este no puedo expresarlo. En varios aspectos, incluso habría para mí un paso penoso, pero, como escribe mi única y dulce Jenny, estas consideraciones desaparecen ante el cumplimiento de deberes que son sagrados.

Te ruego, mi muy querido padre, que no muestres esta carta a mi angélica madre, o al menos esta página. Mi imprevista llegada podría quizá restablecer a esta noble y espléndida mujer.

La carta que escribí a mamá fue redactada mucho antes de que llegara la querida carta de Jenny y es posible que, involuntariamente, haya hablado demasiado de cosas que no están completamente o casi en su lugar.

Con la esperanza de que se disipen poco a poco las nubes que se han cernido sobre nuestra familia, de que podré sufrir y llorar con vosotros y manifestaros de cerca la parte profunda y cordial y el inmenso amor que a menudo sólo puedo expresar tan mal, con la esperanza de que tú también, queridísimo padre, a quien amaré siempre, me perdones teniendo presente la formación tan agitada de mi mentalidad y el que muchas veces mi corazón parece equivocarse en tanto que sólo estaba enardecido por el espíritu militante, con la esperanza de que no tardarás en estar bien para que pueda abrazarte y confiarme a ti.

Tu hijo que te amará eternamente,

Karl.

Perdona, mi muy querido padre, mi letra ilegible y mi mal estilo; son casi las cuatro de la mañana; la vela está quemada hasta el cabo y mis ojos se enturbian; una verdadera inquietud se ha adueñado de mí y no podré calmar a los espectros que he conjurado sino cuando esté cerca de ti, a quien amo.

Ten la amabilidad de saludar de mi parte a mi dulce y espléndida Jenny. Releí doce veces su carta y siempre descubro en ella nuevos encantos. En todos sus aspectos, incluso desde el punto de vista del estilo, es la carta más bella que, en mi opinión, haya podido escribir una mujer.

II LOS GUSTOS LITERARIOS DE MARX

Marx no permitía a nadie poner en orden, o más bien en desorden, sus libros y papeles. En realidad, el desorden en ellos era sólo aparente: todo estaba en su sitio; siempre encontraba sin dificultad el libro o el cuaderno que necesitaba. Incluso durante una conversación, se interrumpía a veces para mostrar en el libro mismo la cita que acababa de hacer o la cifra que había indicado. Formaba un solo ser con su gabinete de trabajo, cuyos libros le obedecían como si fueran sus propios miembros.

En el modo de situar los libros, no tomaba nada en cuenta la simetría; los in-cuarto, los in-octavo y los folletos estaban confundidos unos con otros. No los alineaba según sus dimensiones, sino según su contenido. Sus libros le servían de instrumentos de trabajo en lugar de ser objetos de lujo. "Son mis esclavos -decía-, y deben servirme cuando yo quiero." Los maltrataba sin cuidarse de su formato, de su cubierta, de la belleza del papel o de la impresión, doblaba las esquinas en las páginas, cubría las márgenes con rayas de lápiz y subrayaba los pasajes históricos. No escribía notas en ellos, sino únicamente, de modo muy espaciado, un punto de exclamación o de interrogación, cuando sucedía que un autor colmaba la medida. El sistema de que se servía para subrayar le permitía encontrar muy fácilmente el pasaje buscado. Tenía la costumbre de releer, después de años, sus cuadernos, sus cuadernos de notas y los pasajes subrayados en sus libros, para conservarlos bien en la memoria que era notable. La había ejercitado en su juventud, según el consejo de Hegel, aprendiendo de memoria versos escritos en lenguas que ignoraba.

Conocía de memoria a Henri Heine y a Goethe, a los que citaba frecuentemente en su conversación. Leía a los poetas de todas las literaturas europeas. Todos los años releía a Esquilo en el texto original. Consideraba a Esquilo y a Shakespeare, los dos grandes genios dramáticos de todos los tiempos. Había estudiado profundamente a Shakespeare, al cual admiraba sin límites. Conocía todos sus personajes sin excepción. Toda la familia de Marx profesaba una especie de culto por el gran dramaturgo inglés; sus tres hijas lo

conocían de memoria. Desde 1848, queriendo perfeccionarse en el estudio de la lengua inglesa, que leía ya con fluidez, buscó y clasificó todas las expresiones particulares de Shakespeare; hizo lo mismo con una parte de la obra del polemista inglés William Cobbett, por el cual tenía una gran estimación. Dante y Robert Burns estaban entre sus poetas favoritos. Sentía un gran placer en escuchar a sus hijas declamar o cantar las sátiras de los poemas de amor del poeta escocés.

Cuvier, trabajador infatigable y uno de los maestros de la ciencia, había instalado en el Museo de París, del que era director, toda una serie de gabinetes de trabajo para su uso personal. Cada uno de ellos estaba destinado a una especie de ocupación particular y contenía libros, instrumentos y material anatómico necesarios. Cuando se sentía fatigado de un trabajo, Cuvier entraba en otro gabinete y se abandonaba a otro género de estudios. Este simple cambio de ocupaciones intelectuales era para él, se dice, un descanso. Marx era un trabajador tan infatigable como Cuvier, pero no tenía los medios, como él para hacerse instalar varios gabinetes de trabajo. Descansaba yendo y viniendo por su cuarto; de la puerta a la ventana, su paso estaba marcado por una raya en el tapiz usado hasta la trama, y tan claramente trazada como una pista en la pradera. De cuando en cuando se tendía en un diván y leía una novela; leía hasta dos o tres a la vez, yendo de una a otra. Como Darwin, era un gran lector de novelas. Le gustaban sobre todo las del siglo XVIII y particularmente, el "Tom Jones" de Fielding. Los autores modernos que más le tentaron eran Paul de Kock, Charles Lever, Alejandro Dumas padre y Walter Scott. Consideraba "Old Mortality", de este último, una obra magistral. Sus novelistas favoritos eran Cervantes y Balzac. Veía en "El Quijote" la epopeya de la caballería agonizante, cuyas virtudes iban a devenir, en el naciente mundo burgués, como objeto de burla y ridículo. Tenía tal admiración por Balzac que se proponía escribir una obra crítica sobre "La comedia humana" cuando hubiera terminado su obra económica. Balzac no fue solamente el historiador de la sociedad de su tiempo, sino también el creador de tipos proféticos que, en la época de Luis Felipe, no existían aún más que en estado embrionario y no se desarrollarían completamente sino tras su muerte, bajo Napoleón III. Marx leía fluidamente todas las lenguas europeas y escribía tres: alemán, francés e inglés, con asombro de quienes poseían estas lenguas. "Una lengua extranjera es un arma en la lucha por la existencia", tenía la costumbre de decir. Tenía para las lenguas una gran facilidad que heredaron sus hijas. A la edad de 50 años emprendió el estudio del ruso, y aunque esta lengua no tiene ningún contacto etimológico con las demás lenguas modernas que conocía, sabía bastante al cabo de 6 meses para poder leer en el original a los poetas y a los escritores rusos que más le gustaban: Puschkin, Gogol, Chhtchedrin. Lo que le determinó a emprender el estudio del ruso fue el deseo de leer los documentos redactados por las comisiones de encuestas oficiales, y documentos cuya divulgación impedía el gobierno zarista, a causa de sus espantosas revelaciones. Amigos deportados se los habían enviado a Marx, que seguramente fue el único economista de Europa occidental que tuvo conocimiento de ellos.

Además de los poetas y los novelistas, Marx tenía otro género de distracciones: las matemáticas, que amaba particularmente. El álgebra era para él un reconfortante moral y le sirvió de refugio en los momentos más dolorosos de su inquieta existencia. Durante la última enfermedad de su mujer le era imposible ocuparse, como de ordinario, de sus trabajos científicos: no podía escapar a la impresión que los sufrimientos de su compañera dejaban en él sino sumergiéndose en las matemáticas. Fue durante este doloroso período cuando redactó un trabajo sobre el cálculo infinitesimal, trabajo de un gran valor, si creemos a los matemáticos que lo conocen, y que hay el propósito de publicar con sus obras completas. Encontraba en las matemáticas superiores el movimiento dialéctico bajo su forma más lógica y más sencilla al mismo tiempo. Según él, una ciencia no se había desarrollado suficientemente sino cuando podía utilizar las matemáticas.

La biblioteca de Marx, que contaba mas de mil volúmenes, cuidadosamente reunidos en el curso de una larga vida consagrada a las búsquedas científicas, no le bastaba, sin embargo; y por ello durante años fue un huésped asiduo del British Museum, cuyo catálogo estimaba mucho. Incluso sus adversarios estaban obligados a reconocer la extensión y la profundidad de su saber, no sólo en su dominio especial, la economía política, sino además en el dominio de la historia, de la filosofía y de la literatura universal.

Aunque se acostaba a una hora muy avanzada de la noche estaba siempre levantado entre las 8 o las 9 de la mañana, bebía su café negro, recorría los periódicos y volvía enseguida a su gabinete de trabajo, donde permanecía hasta las dos o las tres de la madrugada. No interrumpía su trabajo salvo para comer y hacer por la tarde un paseo, en la dirección de Hampstead Heath, cuando el tiempo lo permitía. En el día dormía una hora o dos sobre su canapé. Durante su juventud le sucedía frecuentemente consagrar noches enteras al trabajo. El trabajo se había convertido para él en una pasión... sacrificaba todo el cuerpo al cerebro: pensar era su goce mayor.

Marx aprendía las cosas a la manera del Dios de Vico; veía más que la superficie, penetraba en su interior, estudiaba todos los elementos en sus acciones y reacciones recíprocas, aislaba cada uno de ellos y estudiaba la historia de su evolución. Luego de la cosa misma, pasaba al medio y observaba el efecto de éste sobre ella, y recíprocamente. Se remontaba al origen de la cosa, seguía su evolución, así como sus repercusiones más lejanas. No veía en ella un fenómeno en sí, sin relación con su medio, sino un mundo complejo, en perpetuo movimiento, y quería expresar toda la vida de este mundo, en sus acciones y reacciones variadas y en vía de transformación perpetua. Los escritores de la escuela de Flaubert y los Goncourt se quejaban de la dificultad que hay en dar exactamente la realidad y, sin embargo, lo que ellos querían escribir no es más que la superficie de que habla Vico, la impresión que las cosas producían sobre ellos. Su trabajo literario no es más que un juego de niños en comparación del trabajo cumplido por Marx. Se necesitaba una fuerza intelectual extraordinaria para asir la realidad y un arte no menos extraordinario para describirla. Nunca estaba

Marx contento de su trabajo, siempre le cambiaba algunas cosas, y siempre pensaba que la exposición era inferior a la representación. Un estudio psicológico de Balzac, que Zola ha plagiado vergonzosamente, "La obra maestra desconocida", hizo en él una profunda impresión, porque describía sentimientos que él mismo había probado. En ella se ve a un pintor genial, tan torturado por la necesidad de presentar las cosas tal como se presentan en su cerebro, que da a su cuadro retoques perpetuos; y tanto lo hace, que al final este ya no es sino una masa informe de colores que, sin embargo, a sus ojos velados es la representación más exacta de la realidad.

Marx trabajaba siempre con extrema conciencia. Nunca daba un dato o una cifra que no pudiera apoyar en las mejores autoridades. No se contentaba con conocimientos de segunda mano, sino que iba siempre a la fuente, cualquiera que fuese el esfuerzo que le costar. Era capaz de correr al British Museum para verificar, según el libro mismo el hecho más insignificante. Nunca sus críticos le han podido reprochar la menor inexactitud o probarle que, en su demostración, se basara en hechos que no resistieran un examen riguroso. El hábito de remontarse a las fuentes, le llevó a leer los escritores menos conocidos y que sólo él cita. "El capital" contiene tal cantidad de escritores desconocidos que uno se vería tentado a creer que el autor sólo quiere demostrar su erudición. Más nada de eso. "Ejerzo la justicia histórica -decía Marx-, y doy a cada uno lo suyo". En efecto, consideraba que era su deber nombrar al escritor, por desconocido o insignificante que fuera, que había sido el primero en expresar una idea; o en quien había encontrado la más exacta expresión.

Su conciencia literaria era tan severa como su conciencia científica. No solo nunca se hubiera basado en un dato del que no estuviera seguro, sino que tampoco nunca se hubiera permitido tratar un tema del que no estuviera enterado a fondo, y no publicaba nada que no hubiera rehecho varias veces, hasta que había encontrado la forma adecuada. No podía soportar la idea de parecer incompleto al público. Hubiera sido para él un martirio verse obligado a mostrar sus manuscritos antes de que les hubiera puesto por última vez la mano. Este sentimiento era tan fuerte en él que un día me dijo que prefería quemar sus manuscritos antes de dejarlos incompletos.

Cuando sus hijas eran aún pequeñas, les abreviaba el tiempo del paseo contándoles cuentos de hadas que nunca terminaban, cuentos que inventaba al caminar y que alargaba según el largo del sendero, de modo que las chiquillas al escucharlos, olvidaban su fatiga. Marx poseía una imaginación poética incomparable: sus primeras obras literarias fueron poesías. La señora Marx guardaba celosamente las obras de juventud de su marido, pero nunca las mostraba a nadie. Los padres de Marx habían soñado para su hijo la carrera de abogado o de profesor; pero el se rebajó, a juicio de ellos, consagrándose a la agitación socialista y ocupándose de economía política, ciencia que en aquella época era muy poco estimada en Alemania. Marx había prometido a sus hijas escribir para ellas un drama sobre los Gracos. Desgraciadamente, no pudo mantener su palabra; hubiera sido interesante ver cómo él, a quien llamaban "el caballero de la lucha de clases", hubiera tratado este grandioso y terrible episodio de la lucha de clases en el mundo antiguo. Marx tenía en la cabeza un gran número de proyectos que nunca pudo realizar. Se proponía, entre otras cosas, escribir una lógica y una historia de la filosofía: esta había sido en su juventud su estudio favorito; hubiera necesitado cien años para ejecutar sus proyectos literarios y en poder dar al mundo una parte de los tesoros que contenía su cerebro.

P. Lafargue: Carlos Marx, recuerdos personales. Die Neue Zeit, 1891.

Marx se reconfortaba espiritualmente y descansaba en la literatura. Durante toda su vida, esta fue un consolador eficaz. En este dominio poseía los conocimientos más extensos, sin hacer nunca alarde de ellos; aparecían apenas en su obra, excepto en su obra contra Vogt, donde ha utilizado como verdadero artista numerosas citas de todas las literaturas europeas. Lo mismo que su obra científica principal refleja una literatura entera, lo mismo sus favoritos en literatura han sido los grandes poetas universales, cuyas obras, desde Esquilo y Homero (pasando por Dante, Shakespeare, Cervantes), hasta Goethe, presentan el mismo carácter. Como cuenta Lafargue, todos los años releía a Esquilo en el texto original; siempre fue fiel a sus viejos griegos, y a todos los miserables tenderos que quisieran disgustar a los obreros con la literatura antigua les habría expulsado del templo con vergajos. Conocía a la literatura alemana que se remontaba a la más profunda edad media. Entre los modernos Goethe y Heine le eran particularmente cercanos; parece haberse alejado de Schiller en su juventud: mientras el filisteo alemán se embriagaba del "idealismo" más o menos bien comprendido del poeta, Marx no veía más que la miseria de la vulgaridad reemplazada por la miseria del énfasis. Desde su partida definitiva de Alemania, Marx no se había ocupado mucho de la literatura alemana; aún los autores poco numerosos que hubieran sido dignos de llamar la atención, como Hebbel o Schopenhauer, no los menciona nunca; al pasar dirige un poderoso golpe a Richard Wagner por haber deformado la mitología alemana.

Entre los franceses situaba muy alto a Diderot; decía que "el sobrino de Rameau" era su obra maestra. Esta simpatía se dirigía a toda la literatura francesa progresista del siglo XVIII, de la que Engels dijo en alguna parte que con ella el espíritu francés alcanzó su punto culminante, tanto por la forma como por el contenido; la que por su contenido, si se considera el estado de la ciencia en la época, permanece aún hoy día en un nivel muy elevado, y que por la forma no ha sido igualada después. En consecuencia, Marx rechazaba a los románticos franceses, a Chateaubriand en particular, con su falsa profundidad, su exageración bizantina, su coquetería sentimental abigarrada, en una palabra, su amasijo de mentiras sin ejemplo, que siempre le había repugnado. Admiraba mucho "La comedia humana" de Balzac, que, también ella, abarca una época entera en el espejo de la ficción; quería, tras haber terminado su gran trabajo, escribir sobre este tema. Más este plan, como tantos otros, se quedó en mero proyecto.

Desde que se instaló en Londres, la literatura inglesa pasó al primer plano de sus predilecciones literarias; y la imponente figura de Shakespeare fue objeto de un verdadero culto en toda su familia, eclipsando en mucho a todos los demás. Desgraciadamente, nunca se pronunció sobre la actitud de Shakespeare ante los problemas del destino de su época. En cambio, dio un juicio sobre Byron y Shelley y dijo que el que amaba y comprendía a estos poetas debía considerar como una felicidad que Byron hubiese muerto a los 36 años, pues de haber vivido más se hubiera convertido en un burgués reaccionario, y deplorar que Shelley sucumbiera a la edad de 29 años, por que era profundamente revolucionario y siempre hubiera estado en la vanguardia del socialismo. Marx amaba mucho las novelas inglesas del siglo XVIII, en particular "Tom Jones", de Fielding, que, a su manera, presenta igualmente un cuadro de la época y del mundo; sin embargo, saludaba en ciertas novelas de Walter Scott modelos del género.

En sus juicios literarios, Marx estaba exento de todo partidismo político y social, como la atestigua su predilección por Shakespeare y por Walter Scott; mas no aceptaba esa "estética pura", que, muy frecuentemente, se asocia al indiferentismo político, incluso al servilismo. En esto también era un hombre entero, un espíritu independiente y original, al que no podía medirse con una escala ordinaria. Y esto era así hasta en el hecho de que no era difícil en la elección de sus lecturas, y no desdeñaba algún plato delante del cual se persigna tres veces el esteticista de escuela. Marx era un gran lector de novelas, lo mismo que Darwin y Bismarck; tenía predilección particular por los relatos de aventuras y las obras humorísticas; le ocurría entonces descender de su Cervantes, Balzac y Fielding a Paul de Kock y a Dumas padre, que tiene sobre su conciencia "El conde de Montecristo".

Franz Mehring: Carlos Marx. Edit. política, La Habana, 1967, p. 489-490.

NOTAS AL TEXTO

1 En su obra sobre Feuerbach, recuerda Engels como surgió *La ideología alemana*: "En su prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx cuenta como emprendimos los dos en Bruselas, en 1845, exponer en un trabajo común el antagonismo existente entre nuestra manera de ver (se trataba de la concepción materialista de la historia, elaborada sobre todo por Marx) y la concepción ideológica de la filosofía alemana: de hecho, terminar con nuestra conciencia filosófica de antes. Este designio fue realizado bajo la forma de una crítica de la filosofía posthegeliana. El manuscrito, dos gruesos volúmenes en octavo, estaba desde hacía tiempo entre las manos del editor, en Westfalia, cuando supimos que nuevas circunstancias no permitían la impresión. Abandonamos tanto más gustosamente el manuscrito a la crítica roedora de los ratones en cuanto habíamos alcanzado nuestro fin principal: ver claro en nosotros mismos".

2 Menemio Agripa intentó cambiar la actitud beligerante de los plebeyos contra los patricios, comparando la sociedad con el cuerpo humano y pretendiendo demostrar que la existencia de los ricos es tan necesaria para los pobres como la del estómago para el cuerpo humano. Shakespeare hace magistral referencia a este acontecimiento y el discurso de Menemio Agripa en su "*Coroliano*", Acto 1, escena 1.

3 Hay traducción castellana de O. P. Safont: "El 18 brumario de Luis Bonaparte", Edit. Ariel, Barcelona, 1968.

4 Hay varias traducciones castellanas de Wenceslao Roces, Edit. Fondo de Cultura Económica, México. 1964 (3ª edición); sin indicación d traductor en Edit. Cartago, Buenos Aires, 1956.

5 PAUL BARTH: *La filosofía de la historia de Hegel y los hegelianos hasta Marx y Hartmann inclusive*. Barth mantenía la tesis de que Marx no admitía la acción de las ideologías sobre la infraestructura económica. C. Schmidt llamó la atención de Engels sobre este libro.

6 BERNSTEIN, Eduard (1850-1932). Es el teórico "más importante del revisionismo, del cual dice Lukás, "Se empeñó en la obra de eliminar del movimiento obrero todo lo revolucionario (en la filosofía, el materialismo y la dialéctica; en la teoría del Estado, la dictadura del Proletariado, etc.) El capitalismo 'evolucionaría 'pacíficamente hacia el socialismo, lo que , desde el punto de vista de la estrategia y la táctica del movimiento obrero, valía tanto como afirmar que las organizaciones proletarias, para obtener las reformas necesarias, consideradas como las etapas de aquella 'evolución ' pacífica, debían colaborar con la burguesía laboral, coaligarse con ella" (en *El asalto a la razón*, cap. VI, 4)

7 Los traductores varían aquí. Unos hablan de movimiento *económico*, pero otros de movimiento *histórico*. La variación no carece de importancia. La primera interpretación aproxima a Engels al economismo más que la segunda, y ha dado pie a una revisión crítica de Althusser que conviene recordar (*La revolución teórica de Marx*, p. 96-106).

- 8 Ediciones castellanas Traducción de J. Verdes Montonero: *La España moderna*, s. f., Edit. Claridad, Buenos Aires, 1939 y 1967, Edit. Ciencia Nueva, Madrid, 1968; Edit. Política, La Habana, 1963; trad. de M. Sacristán : Edit. Grijalbo, México, 1964.
- 9 Ediciones Castellanas: Edit. Europa-América, Barcelona, s. f., Edit. Política, La Habana, 1964.
- 10 El socialdemócrata alemán Josep Bloch había preguntado a Engels, en carta del 3 de sept. de 1890, lo que Marx y él entendían por materialismo dialéctico y si la “producción y la reproducción de la vida real” eran el único factor determinante.
- 11 Escuela de economistas que buscaban la fuente de la riqueza en el proceso de circulación, no en el de producción, identificándola con el dinero. El mercantilismo, que estuvo ligado al nacimiento y desarrollo del capitalismo comercial, cuenta entre sus representantes a T. Mun. T. Manley, etc., especialmente el primero, que escribió *A Discourse of trade from England into the East Indies* (16-21) y *England's Treasure by Forraing Trade* (publicado póstumamente, 1664). Sobre Mun: *Anti-Dühring*, parte II, cap. 10. Sobre el mercantilismo: E. F. Heckscher: *Mercantilism* (trad. cast. *La época mercantilista*, México, 1943).
- 12 Los fisiócratas aparecieron en Francia en el siglo XVIII. Sus principales representantes son F. Quesnay y A. Turgot. Según ellos, la fuente de la riqueza es la agricultura, a la que consideran como único trabajo productivo. Su importancia reside en el hecho de que sientan las bases del análisis de la producción capitalista; el origen de la plusvalía no se encuentra ya en la circulación, sino en la producción. Sobre los fisiócratas, C. MARX: *Historia crítica de la teoría de la Plusvalía*, I.
- 13 La traducción de Francisco Rubio Llorente ofrece algunas variantes que no conviene pasar por alto: “El ojo se ha hecho un ojo humano, así como su objeto se ha hecho un objeto social, humano, creado por el hombre para el hombre . Los sentidos se han hecho así inmediatamente *teóricos* en su práctica”. (Alianza Edit., Madrid, 1968)
- 14 Otras ediciones castellanas de los *Manuscritos*: Empresa Editora Austral, Ltda., Santiago de Chile, 1960; en *Escritos económicos varios*, Edit. Grijalbo, México 1962; en *Obras de juventud*, Instituto de Estudios Políticos, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1964; en *El concepto marxista del hombre*, Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1964.
- 15 Para un entendimiento correcto del problema de la división del trabajo y su trascendencia en el orden artístico, se puede acudir a E. FISCHER: *Arte y coexistencia*, Edit. Península, Barcelona, 1968, p. 171-177.
- 16 Sobre este famoso texto de Marx se puede ver el análisis de Karel Kosik en *Dialéctica de lo concreto*, Edit. Grijalbo, México, p. 152 y ss., y la introducción del presente libro, especialmente p. 26 y ss.
- 17 Un análisis detenido del arte griego en la *Estética de HEGEL*, sección sobre *El arte clásico*. El propio Engels recomendaba la *Estética* hegeliana en una carta a C. Schmidt en los siguientes términos: “Como cada categoría en Hegel representa un grado en la historia de la filosofía (a lo cual la reduce la mayor parte de las veces, hará bien en leer sus conferencias sobre historia de la filosofía (una de las obras más geniales). Para descansar, le recomiendo la *Estética*. Cuando la haya estudiado de cerca, se asombrará usted” (1-XI-1891).
- 18 Otras ediciones castellanas : en *Obras Escogidas*, T. II, Edit. Progreso, Moscú, 1966; Equipo Editorial, S.A., San Sebastián, 1968.
- 19 El texto pertenece al prólogo que Engels puso a la cuarta edición (1891) de su obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, en el que analiza críticamente las aportaciones de Bachofen, Mac Lennan y L. Morgan.
- 20 HENRI STORCH: *Cours d'économie politique*, de J. B. E. Say, París. 1823.
- 21 Personaje de la obra de Shakespeare: *El sueño de una noche de verano*; ser fantástico o genio bueno que ayuda al hombre .
- 22 El texto de Edit. Cartago (sin indicación de traductor) contiene un error evidente al decir: “ La tiple que vende sus arpegios por cuenta propia es una obrera productiva, ya que produce capital”.
- 23 Instrucción del rey de Prusia, Federico Guillermo IV a los censores el 24-XII-1841. El artículo de Marx censurando esta instrucción que había sido saludada alborozadamente por algunos intelectuales, dada su apariencia de liberalidad, apareció en febrero de 1843 en *Anekdotas*, colección de artículos filosóficos y políticos editada por Ruge en Suiza.

24 La Dieta Renana había tomado posición ante la censura, sin que llegara realmente a defender la libertad de prensa. Marx criticó esta posición en una serie de artículos publicados en 1842 en la *Gaceta Renana*.

25 Seudónimo de Franz Zychlin von Zychlinski (1816-1900), oficial prusiano que llegó a general de infantería. Era colaborador asiduo de la *Gaceta Renana General*, que editaba Bauer desde diciembre de 1843 en Charlotemburgo (Cornu en la nota 47 de la p. 514 de su obra *Carlos Marx, Federico Engels. Del idealismo al materialismo histórico* -edic. cast. Buenos Aires, 1965- ofrece un extracto del índice de la revista). Publicó en el cuaderno 7 -junio de 1844- un largo trabajo sobre Sue: *Eugenio Sue: los misterios de París*. La novela de Sue había obtenido notable éxito, tanto en Francia como en el resto de Europa, por ejemplo, en España, donde encontramos abundantes traducciones (12 ediciones de 1843 a 1850, amén de otras obras de Sue, cf. J.F. Montesinos: *Introducción a una historia de la novela en España, en el siglo XIX*, Edit. Castalia, Madrid, 1966, 2ª edic.) e imitaciones de algún interés histórico y sociológico, más que literario, como la serie iniciada por W. Ayguals de Izco con *María, la hija de un jornalero*. Sue aparece como el máximo y más celebrado exponente del folletín, perfilando las características fundamentales del género: simplismo, afán de trascendencia, retórica, moralismo, tremendismo, etc.

Dado que en sucesivos textos Marx y Engels hablan de la novela como algo perfectamente conocido, conviene saber su argumento: Rodolphe, príncipe de Gerolstein, encuentra en un tabuco parisino a la joven Fleur de Marie, que no es otra que su hija natural. La defiende contra un forzado liberado, el Chourineur. Luego se ocupa de la rehabilitación de la prostituta y de la enmienda del forzado, hace reventar los ojos del "Maestro de Escuela", criminal incorregible...Fleur de Marie es confinada por Rodolphe a un sacerdote; luego, instalada en una granja. Un día, Rodolphe descubre que es su hija. Ella deviene, pues, princesa de Gerolstein. Para purgar, mediante la plegaria, sus pecados involuntarios, renuncia al amor humano, entra en un convento y muere allí como una santa, implorando su último suspiro el perdón de sus pecados.

Todas las pretensiones de Sue fueron recogidas y aumentadas por Szeliga, que transformó la banalidad en misterio. La crítica de Marx y Engels se orienta tanto sobre la novela como sobre el hegelianismo de Szeliga y el hegelianismo en general.

26 *La sagrada familia* es el primer trabajo en colaboración de Marx y Engels, surgiendo en la polémica contra la *Gaceta General Literaria* de Bruno Bauer, que había expresado su programa de la siguiente manera: "Hasta aquí todas las grandes acciones de la historia fracasaron desde el primer momento y discurrieron sin dejar detrás ninguna huella profunda, por el interés y el entusiasmo que la masa ponía en ellas; otras veces acabaron de un modo lamentable porque la idea que albergaban era tal que por fuerza tenía que contentarse con una visión de superficie, no pudiendo, por tanto, concebirse sin el aplauso de la masa". Eran partidarios, pues, de la filosofía pura, de la teoría pura, de la crítica pura, como dijo Engels: "la filosofía de Hegel ajada y acartonada".

27 Ver nota anterior

28 THOMAS CARLYLE (1795-1881) es conocido fundamentalmente por sus obras *Los héroes y el culto de los héroes* y su *Historia de la Revolución Francesa*, en las que se enfrentó al capitalismo y la burguesía en nombre de una "aristocracia verdadera", la exaltación de la Edad Media y el elogio de las virtudes feudales".

29 Marx conoció a Heine durante su estancia en París (1843-1845)

30 Este canto tuvo notable repercusión: un informe del ministro prusiano del interior habla de su lectura en las tabernas obreras de Prusia. También la policía de Bruselas se preocupó por las poesías de Heine.

31 Esta es una traducción del inglés, que a su vez era la lengua a la que había traducido Engels del original alemán.

32 De todos los poetas socialistas, Georg Weerth es el que poseía una mayor cultura política y económica. Intervino activamente en la revolución de 1848, a la que ensalzó con su pluma. Murió prematuramente, cuando sólo tenía 35 años en La Habana en 1856.

33 Ferdinand Freiligrath (1810-1876) Fue en principio un cantor de la independencia poética y el esteticismo, según muestra su poema "España", consagrado a la muerte del general Diego de León. Más tarde, en 1844, indignado por la situación político-social de Alemania, se declara demócrata. Conoció a Marx en 1845 en Bélgica y en 1848, encontrándose en París, vuelve a Alemania participando en el movimiento revolucionario y adhiriéndose a la Liga de los Comunistas. En 1851, amenazado de detención emigra a Inglaterra, donde se enfriará paulatinamente su fervor revolucionario, volviendo a sus posiciones iniciales, "fuera y por encima del partido". Pero no contento con esto, glorificó a Bismarck, el militarismo prusiano, las victorias alemanas de 1870, etc. La mayor parte de las antologías de Marx y Engels sobre literatura y arte recogen buena cantidad de textos, cartas y comentarios sobre este poeta.

34 Obra de Mina Kautsky (1835-1912), madre de Karl Kautsky, que apareció en 1885 y tiene como tema la vida de los obreros austríacos de las minas de sal. Escribió otras novelas, entre las que se destaca "Stefan Grillenhof", en la que describe las luchas de los campesinos alemanes.

35 Al mismo tiempo que enviaba a Marx tres ejemplares (uno para Marx, otro para Engels y otro para Feiligrath) de su tragedia "Franz von Sickingen", envía también una larga nota en que habla de su drama y de la tragedia en general.

36 Lasalle respondió a las críticas que le formularon Marx y Engels en una carta en que reafirma sus convicciones de revolucionario fatuo, individualista y enemigo del movimiento campesino, en el cual solo ve su aspecto reaccionario.

37 Novela de Margaret Harness, que con el seudónimo John Low, apareció en 1887. Fue hija de un pastor protestante y se había adherido a la Federación socialdemócrata, fundada en 1880, que propagaba las ideas marxistas. Escribió otras novelas de carácter socialista, y adquirió cierta fama en su tiempo.

INTERVENCIONES EN EL FORO DE YENÁN SOBRE ARTE Y LITERATURA

MAO TSE-TUNG

INTRODUCCIÓN

2 de Mayo de 1942

!Camaradas! Se los ha invitado hoy a este foro para intercambiar opiniones y estudiar la relación entre el trabajo literario y artístico y el trabajo revolucionario en general. Nuestro propósito es asegurar que la literatura y el arte revolucionarios se desarrollen correctamente y presten una ayuda más eficaz a las otras labores revolucionarias, de manera que podamos destruir al enemigo de nuestra nación y cumplir la tarea de la liberación nacional.

En nuestra lucha por la liberación del pueblo Chino hay varios frentes, entre ellos el de la pluma y el de las bayonetas, es decir, el frente cultural y el frente militar. Para derrotar al enemigo, tenemos que apoyarnos en primer lugar en el ejército con fusiles en la mano. Pero no basta ese ejército; necesitamos también un ejército cultural, el cual es absolutamente indispensable para cohesionar nuestras propias filas y derrotar al enemigo. Desde el Movimiento del 4 de Mayo¹, este ejército cultural ha tomado cuerpo en nuestro país y ha ayudado a la revolución china al reducir paulatinamente el dominio y debilitar gradualmente la influencia de la cultura feudal y de la cultura de los compradores, puesta al servicio de la agresión imperialista. Para combatir contra la nueva cultura, los reaccionarios chinos sólo pueden ahora "oponer la cantidad a la calidad"; en otras palabras, los reaccionarios cuentan con dinero en abundancia, y aunque no son capaces de crear nada de valor, pueden hacer máximos esfuerzos por producir una inmensa cantidad de material. La literatura y el arte han constituido un sector importante y fructífero en el frente cultural desde el Movimiento del 4 de Mayo. Durante los diez años de guerra civil, el movimiento por una literatura y un arte revolucionarios progresó mucho. Este movimiento y la guerra revolucionaria de aquel tiempo se orientaban en la misma dirección general, pero esos dos ejércitos hermanos no se vinculaban en su trabajo práctico, porque estaban aislados uno del otro por los reaccionarios. Es una cosa buena que, desde el comienzo de la Guerra de Resistencia contra el Japón, hayan venido en número creciente los escritores y artistas revolucionarios a Yenán y las otras bases antijaponesas. Pero su llegada a estas bases no significa necesariamente que se hallan integrado de manera total a las masas populares que viven en ellas. Para impulsar la labor revolucionaria se precisa una completa integración de ambos. El objetivo de nuestra reunión de hoy es justamente el de asegurar que la literatura y el arte engranen bien como partes componentes del conjunto de la máquina revolucionaria, que operen como un arma poderosa para unir y educar al pueblo así como para atacar y aniquilar al enemigo, y que ayuden al pueblo a luchar contra el enemigo con un mismo corazón y una misma voluntad. ¿Cuáles son los problemas a resolver para alcanzar ese objetivo? En mi opinión, son los siguientes: la posición de clase, la actitud, el público, el trabajo y el estudio de los escritores y artistas.

La posición de clase: Adoptamos la posición del proletariado y de las grandes masas populares. Para los miembros del Partido Comunista, esto quiere decir que deben adoptar la posición del Partido, adherir al espíritu y la política de éste. ¿Hay entre nuestros trabajadores de la literatura y el arte algunos que carecen aún de una comprensión justa o clara en este problema? Creo que los hay. Muchos de nuestros camaradas se han desviado con frecuencia de la posición justa.

La actitud: De nuestra posición se derivan actitudes específicas ante cuestiones específicas. Por ejemplo, ¿debemos elogiar o denunciar? Esto es una cuestión de actitud. ¿Cuál de esas dos actitudes debemos adoptar? Diría que las dos; la cuestión depende de con quién tratamos. Hay tres tipos de personas: nuestros enemigos, nuestros aliados en el frente único, y los nuestros, que son las masas populares y su vanguardia. Debe adoptarse una actitud diferente hacia cada uno de estos tres tipos. Con respecto a nuestros enemigos, los imperialistas japoneses y todos los demás enemigos del pueblo, la tarea de los escritores y artistas revolucionarios consiste en poner de manifiesto su crueldad y sus mentiras al mismo tiempo que se deja en claro la inevitabilidad de su derrota, a fin de impulsar al ejército y pueblo antijaponeses a combatir con un mismo corazón y una misma voluntad para destruirlos resueltamente. Respecto de nuestros diferentes aliados en el frente único, nuestra actitud debe ser de alianza y de crítica, y debe haber diferentes clases de alianza y diferentes clases de crítica. Los apoyamos en su resistencia al Japón y elogiamos sus logros si los tienen. Pero hemos de criticarlos si no se muestran activos en la Guerra de Resistencia. Si alguno combate al Partido Comunista y al pueblo y sigue cada día más por el camino de la reacción, hemos de enfrentarlo con firmeza. En cuanto a las masas del pueblo, sus trabajos y luchas, su ejército y su Partido, debemos, desde luego, elogiarlos. El pueblo también tiene defectos. En las filas del proletariado, muchos conservan la ideología pequeñoburguesa, y tanto en los campesinos como en la pequeña burguesía urbana subsisten ideas retrógradas; esto constituye un lastre para su lucha. Debemos consagrar mucho tiempo y paciencia a educarlos y ayudarlos a desembarazarse de ese lastre y a luchar contra sus propios defectos y errores, con el fin de que puedan avanzar a grandes pasos. En el transcurso de sus luchas, se han transformado o se están transformando; nuestra literatura y nuestro arte deben describir este proceso. Mientras no persistan en sus errores, no debemos enfocar las cosas unilateralmente ni cometer la equivocación de ridiculizarlos, o incluso de asumir una actitud hostil frente a ellos. Nuestros escritos deben ayudarlos a unirse, progresar y a llevar adelante su lucha con un mismo corazón y una misma voluntad, a desechar lo retrógrado y desarrollar lo revolucionario, y en ningún caso lo contrario.

El público: Es decir, el problema de para quién se producen nuestras obras literarias y artísticas. En la región fronteriza de Shensi-Kansú-Ningsia² y en las bases antijaponesas del norte y centro de China, el problema es distinto al de los territorios controlados por el Kuomintang y, más aún, al de Shanghai antes de la Guerra de Resistencia. En el período de Shanghai, el público para las obras de literatura y arte revolucionarios consistía principalmente en una parte de los estudiantes, empleados de oficina y dependientes de comercio. En los territorios controlados por el Kuomintang, la esfera del público se ha extendido un tanto desde que empezó la Guerra de Resistencia, pero en lo principal se trata de la misma clase de gente, porque el gobierno ha impedido allí que los obreros, los campesinos y los soldados tengan acceso a la literatura y el arte revolucionario. La situación es completamente distinta en nuestras bases de apoyo. Aquí el público para las obras literarias y artísticas se compone de obreros, campesinos, soldados y cuadros revolucionarios. Hay también estudiantes en las bases de apoyo, pero difieren de los estudiantes de tipo antiguo; han sido o serán cuadros. Los cuadros de todas las clases, combatientes del ejército, obreros fabriles y campesinos de las aldeas desean, si lo saben, leer libros y periódicos, y también los que son analfabetos quieren asistir a funciones teatrales, ver pinturas, cantar y oír música; ellos forman el público para nuestras obras literarias y artísticas. Sólo tomemos como ejemplo a los cuadros. No piensen ustedes que son pocos; sobrepasan en mucho el número de lectores de cualquier libro publicado en los territorios controlados por el Kuomintang. Allí, la tirada de un libro suele alcanzar tan sólo a dos mil ejemplares, y en tres ediciones totaliza apenas seis mil ejemplares; pero en cuanto a los cuadros de las bases de apoyo, tan sólo en Yenán hay más de diez mil que saben leer. Además, muchos de ellos son revolucionarios, templados desde hace tiempo, que han venido de todas partes del país e irán a trabajar a distintos lugares; por eso, asume gran importancia la tarea de educarlos. Nuestros trabajadores de literatura y arte tienen que hacer una buena labor en este sentido.

Puesto que el público al que está dedicada nuestra literatura y nuestro arte se compone de obreros, campesinos, soldados y de sus cuadros, surge el problema de comprenderlos y conocerlos a fondo. Hay que trabajar mucho para comprenderlos y conocerlos a fondo, comprender y conocer a fondo a los diferentes tipos de gente y cualquier clase de asuntos dentro de las organizaciones del Partido y los organismos gubernamentales, en las aldeas, en las fábricas y en el VIII Ejército y el Nuevo 4º Cuerpo de Ejército. Nuestros escritores y artistas tienen una labor literaria y artística por realizar, pero su deber primordial es el de comprender a la gente y conocerla profundamente. A este respecto, ¿qué ha ocurrido con nuestros escritores y artistas? Yo diría que les ha faltado conocimiento y comprensión, que eran como “los héroes que no tienen donde realizar sus proezas”. ¿Qué significa falta de conocimiento? No conocer profundamente a la gente. Nuestros escritores y artistas no conocen bien ni a los que describen ni a su público, o incluso tienen bastante desconocimiento de ellos. No conocen bien a los obreros, campesinos, soldados ni tampoco a los cuadros. ¿Qué significa falta de comprensión? No comprender el lenguaje, es decir, no tener suficiente conocimiento del lenguaje rico y vivo de las masas populares. Muchos escritores y artistas, como permanecen apartados de las masas y llevan una vida vacía, naturalmente no se hallan familiarizados con el lenguaje del pueblo, por eso sus obras no sólo son insípidas en cuanto al lenguaje sino que, además, contienen a menudo expresiones estrambóticas de propia creación, y completamente contrarias al uso popular. A muchos camaradas les gusta hablar de “estilo de masas”, pero ¿qué significa esto? Quiere decir que las ideas y sentimientos de nuestros escritores y artistas deben identificarse con los de las grandes masas de obreros, campesinos y soldados. Para realizar esta identificación deberán estudiar a conciencia el lenguaje de las masas. Si a uno le resulta tremendamente incomprensible el lenguaje propio de las masas, ¿cómo puede hablar de creación literaria y artística? La expresión “los héroes que no tienen dónde realizar sus proezas” quiere decir que las grandes verdades que sustentan no son apreciadas por las masas. Mientras más se den ínfulas de entendidos ante las masas y poseen de “héroes”, mientras más se esfuercen por vender tales baratijas a las masas, tanto menos probable es que estas las acepten. Si desean que las masas los comprendan, si desean identificarse con ellas, tienen que tomar la decisión de sufrir un largo, e incluso penoso, proceso para templarse. Aquí puedo mencionar mi experiencia personal acerca de la transformación de mis propios sentimientos. Comencé mi vida como estudiante y adquirí en la escuela los hábitos del estudiante; entonces consideraba algo indigno realizar incluso un insignificante trabajo físico, tal como el de cargar con mi propio equipaje, en presencia de una muchedumbre de estudiantes, también incapaces de llevar cualquier cosa tanto en los hombros como en las manos. En aquel tiempo me parecía que en el mundo sólo los intelectuales eran personas limpias, mientras, comparativamente, los obreros y los campesinos siempre estaban sucios. Podía ponerme la ropa de otro intelectual creyéndola limpia; pero no hubiera querido ponerme una prenda de vestir perteneciente a un obrero o a un campesino, considerándola sucia. Pero cuando me hice revolucionario y viví con los obreros, los campesinos y los soldados del ejército revolucionario, poco a poco los fui conociendo bien y ellos a su vez fueron conociéndome bien a mí. Fue entonces, y sólo entonces, cuando cambié fundamentalmente los sentimientos burgueses y pequeño burgueses que las escuelas burguesas me habían inculcado. Entonces fue cuando, al comparar con los obreros y los campesinos a los intelectuales que no se habían transformado, encontré que esos intelectuales no estaban limpios y que, al fin y al cabo, los más limpios eran los obreros y los campesinos, que lo eran más que los intelectuales burgueses y pequeño burgueses, aunque sus manos estuvieran negras y sus pies sucios de boñiga de vaca. Esto es lo que significa cambio de sentimientos, un cambio de una clase a otra. Si nuestros escritores y artistas provenientes de la intelectualidad desean que sus obras sean acogidas por las masas, tienen que cambiar y transformar su ideología y sus sentimientos. Sin este cambio, sin esta transformación, nada les saldrá bien y todas las cosas les serán ajenas.

El último problema es el estudio; aquí me refiero al estudio del marxismo-leninismo y de la sociedad. Quien se considere escritor marxista revolucionario, especialmente un escritor que sea militante del Partido Comunista, debe tener conocimiento del marxismo-

leninismo. Sin embargo, todavía hoy, algunos camaradas ignoran los conceptos fundamentales del marxismo. Por ejemplo un concepto marxista fundamental es el que la existencia determina la conciencia, que la realidad objetiva de la lucha de clases y de la lucha nacional determinan nuestras ideas y nuestros sentimientos. Algunos de nuestros camaradas, sin embargo, trastruecan esto y sostienen que todo debe partir del "amor". Ahora bien, en cuanto al amor, en una sociedad de clases no puede haber más que amor de clase; pero esos camaradas andan buscando un amor por encima de las clases, amor en abstracto, así como también libertad en abstracto, verdad en abstracto, naturaleza humana en abstracto, y etc. Esto demuestra que tales camaradas han sido profundamente influidos por la burguesía. Deben desembarazarse por completo de esa influencia y estudiar marxismo-leninismo modestamente. Es justo que los escritores y los artistas deban estudiar la creación literaria y artística, pero el marxismo-leninismo es una ciencia que deben estudiar todos los revolucionarios, y los escritores y artistas no constituyen una excepción. Estos han de estudiar la sociedad, es decir, estudiar las distintas clases en la sociedad, sus relaciones mutuas y sus condiciones respectivas, su fisonomía y su psicología. Sólo cuando tengamos una clara comprensión de todo esto, nuestra literatura y nuestro arte tendrán un contenido rico y una orientación justa.

Hoy sólo planteo estos problemas a manera de introducción; espero que todos ustedes manifestarán su parecer acerca de estas cuestiones y de otras relacionadas con ellas.

CONCLUSIONES

23 de mayo de 1942

!Camaradas! Nuestro foro ha realizado tres reuniones durante este mes. En procura de la verdad, hemos tenido acalorados debates; han intervenido docenas de camaradas -miembros del partido o no-, exponiendo y concretando los problemas. Creo que esto beneficiará en gran medida al movimiento literario y artístico en su conjunto.

Al discutir un problema, debemos partir de la realidad y no de las definiciones. Seguiríamos un método equivocado si buscáramos las definiciones sobre la literatura y el arte en los libros de texto, y las utilizáramos luego para determinar la orientación del actual movimiento literario y artístico y para juzgar las diferentes opiniones y las controversias que surgen en el presente. Somos marxistas, y el marxismo nos enseña que al enfocar un problema no debemos partir de definiciones abstractas sino de hechos objetivos, y determinar nuestra orientación, política y medidas por medio del análisis de estos hechos. Así debemos proceder también en nuestra presente discusión sobre el trabajo literario y artístico.

¿Cuáles son los hechos en la actualidad? Los hechos son los siguientes: la Guerra de Resistencia contra el Japón que ha venido manteniendo China durante cinco años; la guerra antifascista a escala mundial; las vacilaciones de la clase de los grandes terratenientes y de la gran burguesía de China en hacer la Guerra de Resistencia y su política de despiadada opresión al pueblo; el movimiento por una literatura y un arte revolucionario desde el Movimiento del 4 de Mayo -sus grandes contribuciones a la revolución en los últimos 23 años y sus múltiples deficiencias; las bases democráticas antijaponesas del VIII Ejército y el Nuevo 4º Cuerpo de Ejército y la integración, en estas bases, de un gran número de escritores y artistas a estos ejércitos y a los obreros y los campesinos; la diferencia de ambiente y de tareas entre los escritores y artistas de nuestras bases de apoyo y los que se encuentran en los territorios controlados por el Kuomintang, y los problemas de controversia surgidos en el trabajo literario y artístico en Yenán y en otras bases antijaponesas. Estos son los hechos reales innegables, a la luz de los cuales tenemos que considerar nuestros problemas.

¿Cuál es, pues, el quid de la cuestión? A mi ver, la cuestión consiste básicamente en dos problemas: servir a las masas y cómo servir a las masas. En tanto no se resuelvan estos dos problemas, o se resuelvan de una manera inadecuada, nuestros escritores y nuestros artistas estarán desadaptados al ambiente y a sus tareas, y se enfrentarán con una serie de dificultades interiores y externas. Mi conclusión se sentará alrededor de estos dos problemas y tocará algunos otros relacionados con ellos.

I

El primer problema: ¿Literatura y arte para quién?

Este problema lo resolvieron hace tiempo los marxistas, y especialmente Lenin. Ya en 1905 subrayó Lenin que nuestra literatura y nuestro arte deben "servir... a millones y decenas de millones de trabajadores"³. Parecería que para los camaradas que hacen trabajo literario y artístico en nuestras bases antijaponesas, se ha resuelto el problema y no necesita mayor discusión. Pero, en realidad, la cosa no es así. Muchos camaradas no le han encontrado una solución clara. En consecuencia, sus sentimientos, sus obras, sus actos y sus opiniones concernientes a la orientación de la literatura y el arte, inevitablemente no corresponden en mayor o menor grado, a las necesidades de las masas y de las luchas prácticas. Desde luego, entre los muchos hombres de la cultura, escritores, artistas y otros trabajadores de la literatura y el arte, que participan en la gran lucha por la liberación junto con el Partido Comunista, el VIII Ejército y el Nuevo 4º Cuerpo de Ejército, puede haber algunos arribistas que no permanecerán sino temporalmente a nuestro lado, pero la gran

mayoría trabaja con vigor por la causa común. Apoyándonos en estos camaradas, hemos logrado considerables éxitos en literatura, teatro, música y bellas artes. Muchos de ellos empezaron a trabajar a partir de la Guerra de Resistencia, mientras otros tantos emprendieron el trabajo revolucionario bastante antes de esta guerra, han sufrido múltiples penalidades y han ejercido influencia sobre las grandes masas populares con sus actividades y sus obras. ¿Cómo, entonces, decimos que incluso entre estos camaradas hay quienes no han encontrado una solución clara para el problema de a quién está destinada nuestra literatura y nuestro arte? ¿Es posible que todavía haya quienes sostengan que la literatura y el arte revolucionarios no son para las grandes masas populares sino para los explotadores y los opresores?

Existe, en verdad, una literatura y un arte para los explotadores y los opresores. La literatura y el arte para la clase terrateniente son la literatura y el arte feudales. Así fueron la literatura y el arte de la clase dominante de la época feudal China. Todavía hoy ejercen considerable influencia en China. La literatura y el arte para la burguesía son literatura y arte burgueses. Aunque gente de la catadura de Liang Shi-chiu⁴, criticado por Lu Sin, habla de una literatura y un arte por encima de las clases, de hecho, preconiza la literatura y el arte burgueses y se opone a la literatura y el arte proletarios. Existen la literatura y el arte que sirven a los imperialistas -por ejemplo, las obras de Chou Tsuo-yen, Chan Tsi-ping⁵ y sus semejantes-, son literatura y arte de traidores. Para nosotros, la literatura y el arte no son para tales grupos, sino para el pueblo. Hemos dicho que la nueva cultura de China en la etapa actual es una cultura antiimperialista y antifeudal de las masas populares, dirigida por el proletariado. En la actualidad, todo lo que en verdad pertenece a las masas populares, tiene necesariamente que ser dirigido por el proletariado. Lo que esté bajo la dirección de la burguesía no puede pertenecer a las masas populares. Naturalmente lo mismo puede decirse de la literatura y el arte nuevos, que forman parte de la nueva cultura. Debemos recoger la rica herencia y las buenas tradiciones de la literatura y el arte que nos legaran las épocas pasadas de China y del Extranjero, pero su objeto será siempre servir a las masas populares. No nos negamos a utilizar las formas literarias y artísticas del pasado, pero en nuestras manos, estas viejas formas, remodeladas e imbuidas de nuevo contenido, se convierten también en cosas revolucionarias que sirven al pueblo.

¿Cuáles son, pues, las masas populares? Los más amplios sectores del pueblo que constituyen más del 90% de la población total de nuestro país, son los obreros, los campesinos, los soldados y la pequeña burguesía urbana. Por lo tanto nuestra literatura y nuestro arte son, primero, para los obreros, clase que dirige la revolución. En segunda lugar, para los campesinos, nuestros aliados más numerosos y resueltos en la revolución. En tercer lugar para los obreros y campesinos armados, a saber, el VIII Ejército, el Nuevo 4º Cuerpo de Ejército y otras unidades armadas del pueblo, que son las fuerzas principales de la guerra revolucionaria. En cuarto lugar, para las masas trabajadoras y los intelectuales de la pequeña burguesía urbana, ambos aliados nuestros en la revolución y capaces de cooperar con nosotros durante largo tiempo. Estos cuatro géneros de personas constituyen la mayoría aplastante de la nación china, las más grandes masas populares.

Nuestra literatura y nuestro arte deben ser para los cuatro géneros de gentes arriba mencionados. Para servirlo, tenemos que tomar la posición de clase del proletariado y no la de la pequeña burguesía. Hoy, los escritores que se aferran a su posición pequeño burguesa individualista, no pueden servir verdaderamente a las masas de obreros, campesinos y soldados revolucionarios; sus intereses se concentran principalmente en el pequeño número de intelectuales pequeño burgueses. Esta es precisamente la razón decisiva por la cual una parte de nuestros camaradas son incapaces de resolver correctamente el problema "para quién". Al decir esto no me refiero a la teoría. Teóricamente, o de viva voz, nadie en nuestras filas considera que las masas de obreros, campesinos y soldados sean menos importantes que los intelectuales pequeño burgueses. Estoy hablando de la práctica, de la acción. En la práctica, en la acción, ¿consideran a los intelectuales pequeño burgueses más importantes que los obreros, campesinos y soldados? Pienso que sí. Muchos camaradas se inclinan más a estudiar a los intelectuales pequeño burgueses y a analizar su psicología, se preocupan preferentemente en retratarlos, excusan y defienden sus defectos, en vez de guiarlos a acercarse, junto con ellos a las masas de obreros, campesinos y soldados, a incorporarse a las luchas prácticas de estas, describirlos y educarlos. Muchos camaradas, como son de origen pequeño burgués e intelectuales, buscan amigos sólo entre los intelectuales y concentran su atención en el estudio y la descripción de éstos. Tal estudio y descripción serían adecuados si se hicieran desde la posición proletaria. Pero ellos no lo hacen así, o no del todo. Toman la posición de la pequeña burguesía y producen obras que consideran como autoexpresión de la pequeña burguesía, lo podemos ver en buen número de producciones literarias y artísticas. A menudo, manifiestan gran simpatía por los intelectuales de origen pequeño burgués, simpatizan hasta con sus defectos e incluso llegan a preconizarlos. Por otro lado, rara vez entran en contacto con las masas de obreros, campesinos y soldados, no los entienden ni los estudian, no tienen amigos íntimos entre ellos y no saben describirlos; si los retratan, las vestiduras pertenecen a los trabajadores, pero los rostros son de intelectuales pequeño burgueses. En ciertos aspectos, aman a los obreros, campesinos y soldados, así como a los cuadros que de ellos provienen; pero, a veces, y en algunos aspectos, no ocurre así, no aman sus sentimientos, sus modales, su literatura y su arte incipientes (los periódicos y pinturas murales, canciones y cuentos populares, etc.). Algunas veces gustan también de esas cosas, pero es a la caza de novedades, de algo para adornar sus propias obras, o incluso para buscar las cosas atrasadas que contienen. Otras veces, desprecian abiertamente esas cosas y son partidarios de lo que pertenece a los intelectuales pequeño burgueses e incluso a la burguesía. Estos camaradas aún tienen sus pies plantados del lado de los intelectuales pequeño burgueses o, para decirlo de una manera más elegante, su alma recóndita es aún reino de la intelectualidad pequeño burguesa. Así, pues, no han resuelto todavía, o no han resuelto claramente, el problema de "para quién".

Esto no se aplica sólo a los recién llegados a Yenán; incluso entre los que estuvieron en el frente y han trabajado varios años en nuestras bases de apoyo, en el VIII Ejército y en el Nuevo 4º Cuerpo de Ejército, hay muchos que no han solucionado del todo este problema. Se requiere un largo período, por lo menos ocho o diez años, para resolverlo enteramente. Pero, sea cual fuere el tiempo necesario, tenemos que resolverlo, y resolverlo de manera inequívoca y total. Nuestros trabajadores de la literatura y el arte tienen que cumplir con esta tarea, cambiar su posición y pasarse gradualmente al lado de los obreros, campesinos y soldados, al lado del proletariado, en el proceso de adentrarse en ellos y en la lucha práctica así como en el proceso de estudiar el marxismo y la sociedad. Sólo de este modo podremos tener una literatura y un arte que sean verdaderamente para los obreros, campesinos y soldados, una literatura y un arte verdaderamente proletarios.

La cuestión de “para quién” es fundamental; es una cuestión de principios. En el pasado, las controversias, divergencias, antagonismos y discordias entre algunos de nuestros camaradas no se originaban en esta fundamental cuestión de principios, sino en cuestiones secundarias, incluso en aquellas que no implican ningún principio. Sobre esta cuestión de principios, sin embargo, los dos lados en controversia no han mostrado divergencia alguna, sino un acuerdo casi completo; han tendido, en cierta medida, a desdeñar a los obreros, campesinos y soldados y a aislarse de las masas. Digo “en cierta medida” porque, hablando en general, estos camaradas no desprecian a los obreros, campesinos y soldados ni se aíslan de las masas de la misma manera que lo hace el Kuomintang. No obstante, la tendencia existe. Mientras esta cuestión fundamental no se resuelva, será difícil solucionar muchos otros problemas. Tomemos, por ejemplo, el sectarismo en los círculos literarios y artísticos. Es también una cuestión de principios, pero, sólo se puede eliminar el sectarismo planteando y llevando a la práctica de una manera eficaz las consignas “¡Para los obreros y los campesinos!”, “¡Para el VIII Ejército y el Nuevo 4º Cuerpo de Ejército!” e “¡Ir a las masas!” De otro modo jamás podrá resolverse el problema del sectarismo. Lu Sin dijo una vez:

La Condición necesaria para el frente único es tener un objetivo común... El hecho de que nuestro frente no logre estar unido demuestra que no hemos logrado unificar nuestros objetivos, y que algunos sólo trabajan para grupitos, o, de hecho sólo para sí mismos. Si todos nos orientamos a servir a las masas de obreros y campesinos, nuestro frente se unirá sin la menor duda.”⁶

Este problema existía entonces en Shangai; ahora existe también en Chungking. En esos lugares resulta difícil resolverlo por completo, porque allí los gobernantes oprimen a los escritores y los artistas revolucionarios y les niegan la libertad de ir a las masas de obreros, campesinos y soldados. Pero aquí, entre nosotros, la situación es enteramente distinta. Estimulamos a los escritores y artistas revolucionarios para que sean activos en establecer íntimo contacto con los obreros, campesinos y soldados, les damos completa libertad para ir a las masas y para crear una literatura y un arte verdaderamente revolucionarios. Por eso, este problema se aproxima aquí, entre nosotros, a su solución. Pero aproximarse a la solución no es lo mismo que llegar a una solución cabal y completa. Precisamente con miras a alcanzar una solución cabal y completa, sostenemos que es necesario estudiar el marxismo y la sociedad. Al decir marxismo nos referimos a un marxismo vivo, que juegue un papel efectivo en la vida y la lucha de las masas, y no un marxismo de palabra. Cuando el marxismo verbal se transforma en marxismo aplicado a la vida real ya no habrá más sectarismo. Y no sólo quedará resuelto el problema del sectarismo sino también otros muchos problemas.

II

Una vez resuelto el problema de “a quién servir”, llegamos al siguiente problema, “cómo servir”. Algunos camaradas lo plantean así: ¿debemos esforzarnos por la elevación del nivel de la literatura y el arte o por su popularización?

En el pasado, varios camaradas despreciaban y descuidaban, en cierta o incluso en gran medida, la popularización, y daban excesiva importancia a la elevación. Se debe poner énfasis en la elevación, pero es un error hacerlo de una manera unilateral y aislada, hacerlo con exceso. La falta de una clara solución del problema de “para quién”, a que me he referido más arriba, se manifiesta también en este aspecto. Como estos camaradas no han aclarado este problema, carecen de un criterio correcto para la elevación y la popularización a que se refieren, y están, desde luego, aún menos capacitados para hallar la relación correcta entre las dos. Puesto que nuestra literatura y nuestro arte son, en lo fundamental, para los obreros, campesinos y soldados, la popularización significa difundir entre ellos, y la elevación significa avanzar partiendo del actual nivel de ellos. ¿Qué debemos divulgar entre los obreros, campesinos y soldados? ¿Lo que necesita y acepta con facilidad la clase de los terratenientes feudales? ¿Lo que necesita y acepta con facilidad la burguesía? ¿Lo que necesitan y aceptan con facilidad los intelectuales pequeñoburgueses? No, nada de eso. Tenemos que divulgar sólo lo que necesitan y aceptan con facilidad los propios obreros, campesinos y soldados. Por lo tanto, previa a la tarea de educar a los obreros, campesinos y soldados, es la de aprender de ellos. Eso tiene aún mayor validez para la elevación. Para elevar, debe haber una base. Un cubo de agua, por ejemplo, ¿acaso no lo levantamos del suelo?, ¿es posible levantarlo del aire? De qué base, pues, debemos elevar la literatura y el arte? ¿De la base de las clases feudales? ¿De la base de la burguesía? ¿De la base de los intelectuales pequeñoburgueses? No, de ninguna de ellas; sólo de la base de las masas de obreros, campesinos y soldados. Y esto no significa elevar a los obreros, campesinos y soldados a la “altura” de las clases feudales, de la burguesía o de los intelectuales pequeñoburgueses, sino elevar el nivel de la literatura y el arte en la dirección en que los propios obreros, campesinos y soldados

avanzan, en la dirección en que avanza el proletariado. Aquí, también, se plantea la tarea de aprender de los obreros, campesinos y soldados. Sólo partiendo de ellos, podremos tener una comprensión correcta de la popularización y la elevación y encontrar la justa relación entre ambas.

¿Cuál es, en fin de cuentas, la fuente de toda literatura y arte? Las obras literarias y artísticas, como formas ideológicas, son productos del reflejo en la mente humana de la vida en una sociedad dada. La literatura y el arte revolucionarios son productos del reflejo de la vida del pueblo en los cerebros de los escritores y artistas revolucionarios. La vida del pueblo encierra siempre una mina de materia prima para la literatura y el arte, son cosas en su estado natural, toscas, pero, a la vez, son las más vivas, las más ricas y las más fundamentales; en este sentido dejan pálida toda literatura y arte y constituyen el manantial único e inagotable de éstos. Es la única fuente, es la única posible, no puede existir otra. Algunos preguntarán: ¿no constituyen así mismo otra fuente las obras literarias y artísticas, las de la antigüedad y las de los países extranjeros? En realidad, las obras literarias y artísticas del pasado no son una fuente sino una corriente; fueron creadas por los antiguos y los extranjeros con la materia prima literaria y artística que encontraron en la vida del pueblo de sus tiempos y de sus lugares. Tenemos que tomar todo lo excelente de nuestro legado literario y artístico, asimilar críticamente lo que sea útil y usarlo como ejemplo cuando creamos obras con la materia prima literaria y artística hallada en la vida del pueblo de nuestro tiempo y de nuestro lugar. Existe una diferencia entre tener y no tener tales ejemplos, diferencia entre lo burdo y lo refinado, lo tosco y lo pulido, el nivel bajo y el alto y entre el trabajo más lento y el más rápido. Por eso de ninguna manera debemos rechazar la herencia de los antiguos y de los extranjeros, ni negarnos a aprender de ella, así sean obras de las clases feudales o burguesas. Pero la posesión de la herencia y su uso como ejemplo nunca deben sustituir a nuestra propia labor creadora; nada puede suplantarla. Tomar y copiar a los antiguos y a los extranjeros sin espíritu crítico, constituyen en literatura y arte el dogmatismo más estéril y pernicioso. Los escritores y artistas revolucionarios de China, los escritores y artistas de porvenir tienen que ir a las masas; tienen que ir durante largos períodos, sin reserva alguna y de todo corazón, a las masas de obreros, campesinos y soldados, al fragor de la lucha, ir a la única fuente, la más caudalosa y rica, para observar, experimentar, estudiar y analizar todos los tipos de gente, todas las clases, todas las masas, todas las formas vivas de vida y de lucha, y toda la materia prima de la literatura y el arte. Sólo entonces podrán emprender su obra creadora. En caso contrario, su trabajo carecerá de objetivo, y no serán otra cosa que escritores y artistas vacíos, del tipo que tan sinceramente aconsejó Lu Sin a su hijo en su testamento que no lo fuera nunca.⁷

Aunque la vida social del hombre es la única fuente de la literatura y del arte, y es incomparablemente más viva y más rica en contenido que éstos, el pueblo no se satisface solamente con la vida y pide arte y literatura. ¿Por qué? Porque aun cuando ambas son bellas, la vida reflejada en las obras artísticas y literarias puede y debe estar en un plano más alto, ser más intensa, más concentrada, más típica, puede y debe estar más cerca del ideal y resultar, por tanto, más universal que la realidad de la vida cotidiana. La literatura y el arte revolucionario deben crear todo tipo de personajes extraídos de la vida real y ayudar a las masas a impulsar la historia hacia adelante. Por ejemplo, por una parte, hallamos los sufrimientos del hambre, del frío y de la opresión, y por la otra la explotación y opresión del hombre por el hombre. Estos hechos existen en todas partes y la gente los considera como cosas habituales; los escritores y los artistas crean obras literarias y artísticas concentrando estos fenómenos cotidianos, representando en su forma más características las contradicciones y luchas que contienen, obras capaces de despertar y estimular a las masas populares e impulsarlas a la unión y a la lucha para transformar el mundo que las rodea. Sin una literatura y un arte de estas características, esta tarea no puede ser cumplida, o, por lo menos, no se cumple tan rápida y eficazmente.

¿En qué consisten la popularización y la elevación en las labores de la literatura y el arte? ¿Cuál es la relación entre esas dos tareas? Las obras populares, por ser más sencillas y llanas, son más fácil y rápidamente aceptadas por las grandes masas de hoy. Las obras de un nivel más alto resultan más refinadas y por ello también más dificultosas en su creación y en general, hoy por hoy, no circulan tan fácil y rápidamente entre las grandes masas populares. El Problema que encaran los obreros, campesinos y soldados es el siguiente: sostienen una lucha despiadada y sangrienta contra el enemigo, son analfabetos e incultos como resultado del largo dominio de las clases feudales y de la burguesía, y por lo tanto, piden con ansias un movimiento de ilustración general y conocimientos y obras de literatura y arte que satisfagan sus necesidades inmediatas y que sean de fácil asimilación, para acrecentar su entusiasmo en la lucha y su fe en la victoria, y fortalecer su unidad, de manera que puedan luchar contra el enemigo con un mismo corazón y una misma voluntad. Para ellos, la necesidad primaria no es “embellecer el brocado con bordados” sino “ofrecer combustible cuando hay nevada”. Por lo tanto, en las condiciones presentes, la popularización es la tarea más apremiante. Se cae en un error al subestimarla o descuidarla.

No obstante, no puede trazarse una línea rígida entre la popularización y la elevación. Ahora, no sólo es posible popularizar algunas obras de alta calidad sino que también el nivel cultural de las grandes masas se eleva incesantemente. Si la popularización se mantiene siempre al mismo nivel, suministrando durante meses y meses, año tras año, los mismos materiales, siempre la misma opereta, “El Vaquerito”⁸ y los mismo textos de lectura de “hombre, mano, boca, cuchillo, vaca, cabra”⁹, ¿no se quedarán en el mismo nivel tanto los educadores como los educados? ¿Qué valor tiene una popularización como ésa? El pueblo demanda popularización, y luego, elevación; pide elevación mes tras mes y año tras año. En este caso la popularización es popularización para el pueblo y también la elevación es elevación para el pueblo. Esta elevación no se realiza desde el aire, ni a puertas cerradas, sino que se basa en la popularización. Está

determinada por la popularización y, al mismo tiempo, la guía. Si tomamos China en su conjunto, la revolución y la cultura revolucionaria se desarrollan de manera desigual y se van extendiendo sólo gradualmente. Mientras en un lugar se ha llevado a cabo la popularización y la elevación en base a ella, en otros lugares la popularización ni siquiera ha comenzado. En consecuencia, las magníficas experiencias extraídas en un lugar en la popularización, que lleva a la elevación, pueden aplicarse a otros lugares y sirven de guía para la popularización y la elevación de allí, evitándose así muchos rodeos. En el plano internacional, las provechosas experiencias de los países extranjeros, las experiencias de la Unión Soviética en particular, también nos pueden servir de guía. Por eso, nuestra elevación se basa en la popularización, mientras nuestra popularización se guía por la elevación. Precisamente por esta razón, lejos de constituir un obstáculo para la elevación, la popularización a que nos referimos proporciona una base para la elevación que realizamos ahora en escala limitada, y prepara las condiciones necesarias para nuestra futura labor de elevación en una escala mucho mayor.

Aparte de la elevación que satisface directamente las necesidades de las masas, existe otra elevación que las satisface de una manera indirecta: la elevación que necesitan los cuadros. Los cuadros son elementos avanzados de las masas, y generalmente han recibido más educación que éstas; una literatura y un arte de un nivel más alto son completamente necesarios para ellos, y sería un error no tomar en cuenta esto. Lo que se haga para los cuadros, es también enteramente para las masas, porque sólo a través de los cuadros podemos educar y guiar a las masas. Si vamos contra este objetivo, si lo que damos a los cuadros no puede ayudarles a educar y guiar a las masas, entonces nuestra labor de elevación será como dispara al azar y se apartará del principio fundamental de servir a las masas del pueblo.

En Resumen: a través de la labor creadora de los escritores revolucionarios, la materia prima para la literatura y el arte que se halla en la vida del pueblo se convierte en la literatura y el arte que, como formas ideológicas, sirven a las masas. Se incluye aquí la literatura y el arte de un nivel superior, desarrollados sobre la base de la literatura y el arte elementales que necesitan los sectores de las masas cuyo nivel se ha elevado, o sea, en primer lugar, los cuadros entre las masas. También se incluyen aquí la literatura y el arte elementales, guiados, a la inversa, por la literatura y el arte de nivel superior, que necesitan hoy primordialmente la inmensa mayoría de las masas. Toda nuestra literatura y nuestro arte, ya sean de nivel superior o elementales, están destinados a las masas del pueblo, y en primer lugar a los obreros, campesinos y soldados; son creados para ellos y utilizados por ellos.

Ahora que hemos resuelto el problema de la relación entre popularización y elevación, podemos resolver también el problema de la relación entre los especialistas y los trabajadores dedicados a la popularización. Nuestras especialistas no sólo actúan para los cuadros, sino además y principalmente para las masas. Nuestros especialistas en literatura deben prestar atención a los periódicos murales de las masas, y a los reportajes escritos en las fuerzas armadas y en las aldeas. Nuestros especialistas en teatro deben prestar atención a los pequeños conjuntos teatrales de las fuerzas armadas y de las aldeas. Nuestros especialistas en música deben prestar atención a las canciones de las masas. Nuestros especialistas en bellas artes deben prestar atención a las bellas artes de las masas. Todos estos camaradas deben vincularse estrechamente con los camaradas dedicados a la popularización de la literatura y el arte entre las masas. Por un lado, deben ayudar a guiar a estos popularizadores, y por el otro, aprender de ellos y, a través de ellos, extraer inspiración del pueblo a fin de colmarse y enriquecerse de manera que su especialidad no resulte una fantasía apartada de las masas y de la realidad, y desprovista de contenido y de vida. Debemos respetar a los especialistas, que tienen gran valor para nuestra causa. Pero debemos recordarles que el trabajo de todos los escritores o artistas revolucionarios puede tener significación, sólo si se hallan vinculados con las masas, si las expresan y si las sirven como leal portavoz. Sólo representando a las masas podrán educarlas, y sólo haciéndose discípulos de ellas podrán llegar a ser sus maestros. Si se consideran a sí mismo dueños de las masas, aristócratas que se encuentran por encima de "los de abajo", entonces, por mucho talento que posean, las masas no los necesitarán, y su trabajo carecerá de perspectivas.

¿Es utilitarista nuestra actitud? Los materialistas no se oponen al utilitarismo en general, sino al utilitarismo de las clases feudales, de la burguesía y de la pequeña burguesía, y a esos hipócritas que atacan de palabra al utilitarismo pero que, de hecho, se adhieren al utilitarismo más egoísta y miope. No hay "ismo" en este mundo que esté por encima de consideraciones utilitarias; en una sociedad de clases, lo que no es utilitarismo de una clase tiene que serlo de otra. Somos utilitaristas revolucionarios proletarios y tomamos como punto de partida la unidad de los intereses presentes y futuros de las masas más numerosas que constituyen más del 90% de nuestra población, por lo tanto, somos utilitaristas revolucionarios animados por los objetivos de la mayor amplitud y el máximo alcance, y no utilitaristas de miras estrechas que sólo ven lo parcial e inmediato. Si, por ejemplo, alguien insiste en lanzar al mercado y divulgar entre las masas una obra que sólo complace a unos pocos, pero que es inútil e incluso pernicioso para la mayoría de la gente, para beneficiarse a sí mismo o a su grupo reducido, y reprocha además a las masas su utilitarismo, entonces no sólo agravia a las masas sino que revela lo poco que se conoce a sí mismo. Una cosa es buena sólo cuando aporta beneficio real para las masas populares. Su obra puede alcanzar quizás la calidad de "La nieve primaveral" pero si en este momento complace sólo a unos pocos mientras las masas están cantando aún "Canción de los pobres rústicos"¹⁰, usted no llegará a ninguna parte sólo rezongando contra ellas en vez de intentar la elevación de su nivel. El problema reside ahora en lograr la unidad entre "La nieve primaveral" y "Canción de los pobres rústicos", entre la elevación y la popularización. Sin tal unidad, entonces el arte más sublime de cualquier especialista será

inevitablemente del utilitarismo más estrecho, se podrá afirmar que este arte es “puro y noble”, pero sólo será el calificativo que uno mismo le ha dado, calificativo que las masas no respaldarán.

Después de solucionarse el problema de la orientación fundamental de servir a los obreros, campesinos y soldados y cómo servirlos, se resolverán también otros problemas, tales como el de pintar el aspecto brillante o el oscuro de la vida, y el de la unidad. Si todos estamos de acuerdo sobre esta orientación fundamental, deben adherir a ella nuestros escritores y artistas, nuestras escuelas de literatura y de arte, nuestras publicaciones y organizaciones literarias y artísticas, y todas nuestras actividades de este campo. Es erróneo alejarse de esta orientación, y lo que no se ciña bien a ella deberá ser adecuadamente enmendado.

III

Puesto que nuestra literatura y nuestro arte son para las masas del pueblo, podemos proceder a discutir un problema de relaciones internas del Partido, el de las relaciones entre el trabajo del partido en literatura y arte y el trabajo del Partido en su conjunto, y un problema de relaciones exteriores del partido, el de las relaciones entre el trabajo del Partido en literatura y arte y el trabajo en este terreno de los que no pertenecen al Partido, es decir, el problema del frente único en los círculos literarios y artísticos.

Comencemos por el primer problema. Hoy, en el mundo, toda la cultura, la literatura y el arte pertenecen a determinadas clases y siguen determinadas líneas políticas. No existe, en la realidad el arte por el arte, el arte por encima de las clases, ni el arte que vaya paralelo a la política o sea independiente de ella. La literatura y el arte proletarios son parte de la causa de la revolución proletaria en su conjunto; son, como decía Lenin, “rueda y tornillo”¹¹ del conjunto de la máquina de la revolución. Por lo tanto, el trabajo del Partido en literatura y arte ocupa una posición definida y asignada en el conjunto de la labor revolucionaria del Partido, y está subordinado a la tarea revolucionaria establecida por el Partido en un período revolucionario dado. Toda oposición a ello conducirá, de seguro, al dualismo o al pluralismo, y, en esencia, equivale a “política: marxista, arte: burgués”, como en el caso de Trotsky. No estamos de acuerdo con exagerar equivocadamente la importancia de la literatura y el arte, pero tampoco estamos de acuerdo con subestimarla. La literatura y el arte están supeditados a la política, pero, a su vez, ejercen una gran influencia sobre ésta. La literatura y el arte revolucionarios forman parte de la causa revolucionaria en su conjunto, son ruedas y tornillos en ella, y aunque en comparación con otras partes más importantes pueden ser menos significativos, menos urgentes y pueden tener una posición secundaria, sin embargo, son ruedas y tornillos indispensables en el conjunto de la máquina, una parte indispensable de la causa de la revolución en su totalidad. Si no tuviéramos literatura y arte, ni siquiera en su sentido más amplio y general, entonces el movimiento revolucionario no podría llevarse a cabo ni triunfar. Sería erróneo no comprender esto. Además, al decir que la literatura y el arte están subordinados a la política, queremos decir a la política de clase, a la política de las masas, no a la política de un reducido número de llamados “estadistas”. La política, ya sea revolucionaria o contrarrevolucionaria, representa la lucha de clase contra clase, no la actividad de unos pocos individuos. Las luchas revolucionarias en los frentes ideológico y artístico tienen que subordinarse a la lucha política, porque sólo a través de la política pueden expresarse en forma concentrada las necesidades de las clases y de las masas. Los estadistas revolucionarios, los especialistas en política que conocen la ciencia o el arte de la política revolucionaria, son simplemente los líderes de millones de estadistas: las masas. Su tarea consiste en recoger las opiniones de estas masas estadistas y después de depurarlas, devolverlas a las masas, para que estas las acepten y lleven a la práctica. No son ese tipo de “estadistas” aristocráticos que trabajan a puertas cerradas, con la presunción de ser dueños de la sabiduría y tener el monopolio de ella. Esta es la diferencia de principio entre los estadistas proletarios y los decadentes estadistas burgueses. Precisamente por eso puede existir completa unidad entre el carácter político de nuestra literatura y nuestro arte y su veracidad. Sería un error no comprender esto y vulgarizar la política proletaria y a los estadistas del proletariado.

Examinemos ahora la cuestión del frente único en los círculos de la literatura y el arte. Como la literatura y el arte están subordinados a la política y como el primero entre los problemas fundamentales de la política de China es actualmente la resistencia al Japón, los escritores y los artistas del Partido tienen que unirse en primer término, en lo concerniente a esta resistencia, con todos los escritores y los artistas que no pertenecen al Partido (desde los que simpatizan con éste y los escritores y artistas pequeñoburgueses, hasta todos aquellos escritores y artistas de la burguesía y de la clase terrateniente que aprueben la resistencia al Japón). En segundo lugar, debemos unirnos con ellos en lo concerniente a la democracia; como una parte de los escritores y artistas antijaponeses no están de acuerdo con nosotros en lo relativo a este asunto, el alcance de la unión será inevitablemente un poco más limitado. En tercer lugar, tenemos que unirnos con ellos sobre las cuestiones específicas de los círculos literarios y artísticos, cuestiones de método y estilo en literatura y arte; como somos partidarios del realismo socialista, que cierta parte de esa gente no aprueba, el alcance de la unión se reducirá aún más. Mientras sobre unas cuestiones existe unidad, en torno a otras hay lucha y hay crítica. Como las cuestiones están separadas y, a la vez, mutuamente relacionadas, incluso en las que originan la unión, tales como resistencia al Japón, hay a la vez lucha y crítica. En un frente único, llevar a cabo sólo la unidad y no la lucha o sólo la lucha y no la unidad -practicar el capitulacionismo y el seguidismo de derecha o el exclusivismo y el sectarismo “izquierdistas” como los practicados en el pasado por algunos camaradas- es política errónea. Así es tanto en política, como en literatura y arte.

Los escritores y artistas pequeñoburgueses constituyen en China una fuerza importante entre las diferentes fuerzas del frente único en los círculos de la literatura y el arte. Existen numerosos defectos en su ideología y en sus obras, pero están relativamente inclinados a la revolución y relativamente cerca del pueblo trabajador. Por eso, es una tarea de particular importancia ayudarlos a superar sus defectos y ganarlos para el frente que está al servicio del pueblo trabajador.

IV

Uno de los principales métodos de lucha en el mundo literario y artístico es la crítica de la literatura y el arte. Debe estimularse esta crítica y, como nuestros camaradas señalaron con acierto, nuestra labor a este respecto ha sido realmente insuficiente. Esta crítica constituye un problema complejo y requiere muchos estudios especiales. Aquí sólo me voy a concentrar en el problema básico del criterio en la crítica. Expondré, asimismo, brevemente mis opiniones sobre ciertos problemas particulares planteados por algunos camaradas y sobre unos puntos de vista incorrectos.

En la crítica literaria y artística existen dos criterios: el político y el artístico. Según el criterio político, es bueno todo lo que favorece la unidad y la resistencia al Japón, estimula a las masas a proceder con un mismo corazón y una misma voluntad o se opone al retroceso y fomenta el progreso; por otro lado es pernicioso todo lo que va en detrimento de la unidad y la resistencia al Japón, lo que siembra entre las masas disensiones y discordias o se opone al progreso y arrastra a la gente hacia atrás. ¿Cómo distinguiremos lo bueno de lo malo? ¿Mediante el móvil (deseo subjetivo) o el efecto (práctica social)? Los idealistas ponen énfasis en el móvil y niegan el efecto, mientras los materialistas mecanicistas ponen énfasis en el efecto y niegan el móvil. En contraste con ambos, nosotros, materialistas dialécticos, insistimos en la unidad de móvil y efecto. El móvil de servir a las masas es inseparable del efecto de conseguir su aprobación, y es necesario que exista unidad entre ambos. El móvil de servir al individuo o a una limitada camarilla no es bueno; ni es bueno tener el móvil de servir a las masas sin que su efecto sea el de ganar su aprobación y beneficiarlas. Al examinar el deseo subjetivo de un autor, es decir, si su móvil es justo y bueno, no juzgamos por sus declaraciones sino por el efecto de sus acciones (principalmente de sus obras) sobre las masas de la sociedad. El criterio para juzgar el deseo subjetivo o móvil es la práctica social y su efecto. Rechazamos el sectarismo en nuestra crítica literaria y artística y, ateniéndonos al principio general de unidad para la resistencia al Japón, debemos permitir existencia de las obras literarias y artísticas con diversas tendencias políticas. Pero al mismo tiempo tenemos que adherir con firmeza a nuestra posición de principios en nuestra crítica, y criticar y refutar severamente todas las obras literarias y artísticas con puntos de vista que vayan contra la nación, la ciencia, las masas y el Partido Comunista, porque esas llamadas obras literarias y artísticas tienen por móvil quebrantar la unión para la resistencia al Japón y producen el mismo efecto. Según el criterio artístico, son buenas o relativamente buenas todas las obras que poseen una calidad artística comparativamente alta, y malas o relativamente malas las que tienen una calidad artística comparativamente baja. También aquí, por supuesto, hay que considerar el efecto social. Apenas hay escritor o artista que no juzgue como bellas sus propias obras y nuestra crítica ha de permitir la libre competición de todas las variedades de obras artísticas; pero también es completamente necesario someterlas a la crítica correcta según criterios de la ciencia del arte, de manera que el arte de un nivel inferior se eleve poco a poco a otro más alto y que el arte que no satisface las demandas de la lucha de las grandes masas se transforme en un arte que las satisfaga.

Hay un criterio político y un criterio artístico; ¿cuál es la relación entre ellos? La política no equivale al arte, ni una concepción general del mundo equivale al método de creación y de crítica artísticas. No sólo negamos que exista un criterio político abstracto y absolutamente invariable, sino que también negamos que haya un criterio artístico abstracto y absolutamente invariable; en toda sociedad de clases, cada clase posee su propio criterio político y artístico. Pero todas las clases, en todas las sociedades de clases, siempre sitúan el criterio político en el primer lugar y el artístico en el segundo. La burguesía rechaza siempre las obras de literatura y arte proletarios, por muy elevados que sean sus méritos artísticos. El Proletariado, a su vez, debe hacer distinción entre las obras literarias y artísticas de las épocas pasadas y determinar su actitud hacia ellas después de examinar, en primer término, la actitud que éstas reflejan con respecto al pueblo y si tienen una significación progresista en la historia. Algunas obras que son radicalmente reaccionarias en lo político, pueden tener, a la vez, cierta calidad artística. Cuanto más reaccionario sea su contenido y cuanto más elevada su calidad artística, tanto mayor es el daño que puede causar al pueblo, y tanto más razón existe para rechazarlas. La característica común de la literatura y el arte de todas las clases explotadoras en su período de decadencia, es la contradicción entre su contenido político reaccionario y su forma artística. Lo que pedimos es la unidad de política y arte, de contenido y forma, de contenido político revolucionario y forma artística en el más alto grado posible de perfección. Las obras de arte que carecen de calidad artística, no tienen fuerza, por progresistas que sean en lo político. Por eso estamos en contra tanto de la tendencia a crear obras artísticas con un punto de vista político erróneo como de la tendencia al "estilo de cartel y consigna", acertado en su punto de vista político pero desprovisto de fuerza artística. En los problemas de la literatura y el arte, tenemos que librar una lucha en dos frentes.

Estas dos tendencias existen en la mente de numerosos camaradas nuestros. Como una buena cantidad de camaradas tiende a descuidar la técnica artística, se debe prestar atención a elevar el nivel artístico. Pero, a mi modo de ver, el aspecto político es, en el presente, algo más que un problema. Algunos camaradas carecen de conocimientos políticos elementales y por consiguiente poseen toda suerte de ideas confusas. Permítanme exponer algunos ejemplos hallados en Yenán.

“La teoría de la naturaleza humana”. ¿Existe una cosa llamada naturaleza humana”. Claro que existe. Pero sólo hay naturaleza humana en concreto, y no en abstracto. En una sociedad de clases, sólo hay la naturaleza humana con carácter de clase, y no naturaleza humana por sobre las clases. Estamos por la naturaleza humana del proletariado y de las grandes masas populares, mientras las clases terrateniente y burguesa defienden la naturaleza humana de sus propias clases, sólo que no lo dicen, sino que la presentan como la única naturaleza humana que existe. La naturaleza humana pregonada por ciertos intelectuales pequeñoburgueses está también divorciada o en contra de las masas populares; lo que ellos llaman naturaleza humana no es, en esencia, más que individualismo burgués, y por lo tanto, a sus ojos, la naturaleza humana proletaria está en contra de la naturaleza humana. “La teoría de la naturaleza humana” propugnada hoy día por algunas personas en Yenán como base para su llamada teoría de la literatura y el arte, plantea las cosas de esta manera y es completamente errónea.

“El punto de partida fundamental para la literatura y el arte es el amor, el amor a la humanidad”. El amor puede servir de punto de partida, pero hay otro punto de partida fundamental. Como concepto, el amor es un producto de la práctica objetiva. En lo básico, no partimos de conceptos sino de la práctica objetiva. Nuestros escritores y artistas que son de origen intelectual aman al proletariado, porque la sociedad les ha hecho sentir que comparten un destino común con él. Odiamos al imperialismo japonés porque nos oprime. En el mundo no existe en absoluto amor ni odio que no tenga su razón o causa. En cuanto al “amor a la humanidad”, no ha habido tal amor que todo lo abarca desde que la humanidad se dividió en clases. A todas las clases dominantes del pasado les gustaba predicar este amor, y también a muchos de los llamados santos y sabios, pero nadie lo practicó jamás, porque es imposible hacerlo en una sociedad de clases. El verdadero amor a la humanidad nacerá cuando hayan sido eliminadas las clases en todo el mundo. Las clases han dividido la sociedad en muchos grupos antagónicos; habrá el amor a toda la humanidad después de la eliminación de las clases, pero no ahora. No podemos amar a los enemigos ni a los males sociales; nuestro objetivo es eliminar a unos y otros. Esto es de sentido común; ¿es posible que todavía no lo comprendan algunos de nuestros escritores y artistas?.

“Las obras de la literatura y el arte siempre han tratado lo brillante y lo oscuro con igual énfasis, mitad y mitad”. Esta afirmación contiene muchas ideas confusas. La literatura y el arte no han procedido siempre así. Muchos escritores pequeñoburgueses no han encontrado nunca lo brillante; sus obras muestran solamente la tiniebla y son conocidas como “literatura de denuncia”; algunas simplemente han asumido, como misión exclusiva la prédica del pesimismo y el hastío de vivir. Por el contrario, la literatura soviética en el período de la construcción socialista retrata principalmente lo brillante. También pinta defectos en el trabajo y personajes negativos, pero esto sólo sirve como contraste para hacer resaltar la claridad del cuadro en su conjunto y no tiene la proporción de “mitad y mitad”. Los escritores y artistas burgueses en su período de reacción, retratan a las masas revolucionarias como bandidos, y se describen a sí mismos como santos, con lo cual invierten lo brillante y lo oscuro. Sólo los escritores y artistas verdaderamente revolucionarios pueden resolver correctamente el problema de qué ensalzar o desenmascarar. Es necesario denunciar a todas las fuerzas tenebrosas que perjudiquen a las masas populares y ensalzar todas las luchas revolucionarias de éstas; ello constituye la tarea fundamental de los escritores y artistas revolucionarios.

“La misión de la literatura y el arte siempre ha sido la de denunciar”. Esta aseveración, como la anterior, proviene del desconocimiento de la ciencia de la historia. Ya hemos explicado más arriba que la literatura y el arte no se limitan siempre a desenmascarar. Para los escritores y artistas revolucionarios, nunca pueden ser objeto de denuncia las masas populares, sino sólo los agresores, explotadores y opresores, y la nefasta influencia que ejercen en el pueblo. Las masas también tienen deficiencias, que deben ser superadas por medio de la crítica y la autocrítica en las propias filas del pueblo, y esta crítica y autocrítica es también una de las misiones más importantes de la literatura y el arte. Pero esto no debe considerarse como cosa de “denunciar al pueblo”. En cuanto al pueblo, el problema reside fundamentalmente en educarlo y elevar su nivel. Sólo los escritores y artistas contrarrevolucionarios califican al pueblo de “tontos de nacimiento” y a las masas revolucionarias de “bandidos tiránicos”.

“Estamos aún en el período del ensayo satírico y el estilo de Lu Sin todavía llena las necesidades actuales”. Lu Sin, que vivía bajo la dominación de las fuerzas tenebrosas y estaba privado de la libertad de palabra, tenía completa razón cuando batallaba mediante ensayos plenos de sátira quemante e ironía glacial. Nosotros también tenemos que ridiculizar acerbamente al fascismo, a los reaccionarios chinos y a todo lo que perjudique al pueblo; pero en la región fronteriza de Shensí-Kansú-Ningsia y en las bases antijaponesas que se encuentran en la retaguardia enemiga, donde la democracia y la libertad se garantizan totalmente para los escritores y artistas revolucionarios y sólo están privados de ellas los contrarrevolucionarios, el estilo de los ensayos no debe ser simplemente igual al de Lu Sin. Podemos gritar a voz en cuello y no debemos recurrir a expresiones veladas o dar rodeos, cosas difíciles de captar para las masas populares. Al tratar al propio pueblo y no a los enemigos de éste, incluso el Lu Sin del “período de los ensayos satíricos”, jamás ridiculizaba ni atacaba al pueblo revolucionario ni al Partido revolucionario, y el estilo de estos ensayos es completamente distinto del de los escritos contra el enemigo. Como ya hemos dicho, es necesario criticar los defectos del pueblo, pero al hacerlo debemos adoptar verdaderamente la posición del pueblo y hablar con sincero entusiasmo para protegerlo y educarlo. Tratar a los camaradas como si fueran enemigos, es pasarse a la posición del enemigo. ¿Renunciamos a la sátira? No, la sátira es siempre necesaria. Pero existen varios tipos de sátira: sátira dirigida a nuestros enemigos, sátira dirigida a nuestros aliados y sátira dirigida a

nuestras propias filas. Cada una de ellas refleja una actitud distinta. No estamos en contra de la sátira en general, pero debemos terminar con el abuso de ella.

“No soy dado a la alabanza y el elogio; las obras de los que ensalzan lo brillante no son necesariamente grandes, y las obras de los que pintan lo oscuro no son indefectiblemente mezquinas”. Si se es un escritor o artista burgués, no se ensalzará al proletariado sino a la burguesía, y si se es un escritor o artista proletario, no se ensalzará a la burguesía sino al proletariado y al pueblo trabajador: se debe ser lo uno o lo otro. Las obras de los que ensalzan a la burguesía no son ineludiblemente grandes, ni las de los que pintan su tiniebla son necesariamente mezquinas; Las obras de los que ensalzan al proletariado no carecen inevitablemente de grandeza, mientras que las de los que pintan la llamada “tiniebla” del proletariado son, de segur, mezquinas. ¿No están registrados estos hechos en la historia de la literatura y el arte? ¿Por qué no debemos ensalzar al pueblo, creador de la historia de la humanidad? ¿Por qué no debemos ensalzar al proletariado, al Partido Comunista, a la nueva democracia y al socialismo? Existe también un tipo de persona que no siente entusiasmo por la causa del pueblo y adopta la actitud del espectador indiferente con respecto a las luchas y victorias del proletariado y su vanguardia; lo que le interesa y jamás se cansará de elogiar, es su propio yo, y quizás unos pocos elementos de su pequeña camarilla. Semejantes individualistas pequeñoburgueses no quieren, naturalmente, ensalzar las hazañas y virtudes del pueblo revolucionario o promover su valor en la lucha y su confianza en la victoria. Este tipo de individuos sólo son polillas de las filas revolucionarias. Lógicamente, el pueblo revolucionario no necesita de semejantes “cantores”.

“No es cuestión de posición; mi posición de clase es correcta, mi intención es buena y comprendo bien, pero no logro expresarme, y por eso el efecto resulta mal.” Ya he hablado acerca del punto de vista materialista dialéctico del móvil y el efecto. Ahora quiero preguntar: ¿Es la cuestión de efecto una cuestión de posición? Una persona que sólo actúa según su móvil sin tener en cuenta el efecto de su acción, se parece a un doctor que sólo extiende recetas sin preocuparse de cuántos pacientes mueren por culpa de ellas, y a un partido político que se limita a formular declaraciones sin preocuparse de su cumplimiento. ¿Es acertada tal posición? ¿Son buenas tales intenciones? Claro que cabe equivocarse, incluso si se tiene en cuenta de antemano el efecto de una acción determinada, pero, ¿se tienen buenas intenciones al insistir en actuar de la misma manera cuando los hechos han probado que el efecto es nocivo? Al juzgar a un partido o a un médico, tenemos que considerar la práctica, el efecto. Lo mismo rige para juzgar a un escritor. El que tiene una intención realmente buena ha de tomar en cuenta el efecto, resumir experiencias y estudiar los métodos o, en el trabajo creador, la técnica de expresión. El que tiene una intención realmente buena debe criticar con toda sinceridad las deficiencias y errores de su propio trabajo, y estar decidido a corregirlos. Esta es precisamente la razón por la cual los comunistas emplean el método de autocritica. Sólo esta posición es la correcta. Y sólo mediante el proceso de una práctica seria y responsable se puede comprender paso a paso cuál es la posición correcta y dominarla gradualmente. Si no se avanza hacia esta dirección en la práctica y se afirma simplemente con satisfacción que “se comprende bien”, en realidad no se comprende nada.

“Llamarnos a estudiar el marxismo es una repetición del error del método materialista dialéctico de creación, y perjudicará el impulso creador”. Estudiar el marxismo significa aplicar el punto de vista del materialismo dialéctico y del materialismo histórico a nuestra observación del mundo, de la sociedad y de la literatura y el arte, y no significa escribir disertaciones filosóficas en nuestras obras literarias y artísticas. El marxismo abarca, pero no puede reemplazar al realismo en la creación literaria y artística, tal como de la misma manera incluye, pero no puede reemplazar las teorías atómica y electrónica de la física. Las fórmulas dogmáticas, vacías y secas destruyen el impulso creador, y no sólo eso sino que también, y en primer término, destruyen al marxismo. El “marxismo” dogmático no es marxismo sino antimarxismo. Entonces, ¿no destruye el marxismo al impulso creador? Sí; ciertamente destruirá los impulsos creadores feudales, burgueses, pequeñoburgueses, liberalista, individualista, nihilista, del arte por el arte, aristocráticos, decadentes y pesimistas, así como todos los otros impulsos creadores que sean ajenos a las masas populares y al proletariado. Y estos impulsos, en lo que refiere a los escritores y artistas proletarios, ¿no deben ser destruidos? Yo creo que sí; tienen que ser destruidos totalmente. Y a medida que se destruyan podrá edificarse lo nuevo.

V

¿Qué revela el hecho de que los problemas arriba mencionados existan en nuestros círculos literarios y artísticos de Yenán? Demuestra que en estos círculos subsisten todavía en grado importante erróneos estilos de trabajo, y que entre nuestros camaradas existen todavía muchos defectos tales como el idealismo, el dogmatismo, las utopías, las palabras huecas, el desdén a la práctica y el alejamiento de las masas, y todo lo cual demanda una campaña efectiva y seria de rectificación.

Muchos de nuestros camaradas siguen sin tener mucha claridad respecto a la diferencia entre el proletariado y la pequeña burguesía. Muchos miembros del Partido han ingresado a él en lo que a organización se refiere, pero no del todo, o incluso no en absoluto, ideológicamente. Los que no se han integrado al Partido en lo ideológico conservan aún en sus cabezas mucha basura de las clases explotadoras y no tienen la más remota idea de lo que es la ideología proletaria, el comunismo o el Partido. Piensan: “!Ideología proletaria! !La misma trivialidad tan manoseada!” No tienen idea de que la adquisición de esta “trivialidad” no resulta nada fácil; algunos, por ejemplo, nunca en su vida tuvieron alguna cualidad de comunistas, y sólo terminan por marcharse del Partido. Por eso, a fin de

conducir el movimiento revolucionario de manera que se desarrolle mejor y se cumpla más rápidamente, debemos efectuar una reordenación concienzuda en los terrenos ideológico y organizativo, aunque la mayoría de nuestro Partido y de nuestras filas es limpia y honesta. Para reordenar la organización, primero es necesaria una reordenación ideológica, es preciso librar una lucha de la ideología proletaria contra la ideología no proletaria. En los círculos literarios y artísticos de Yenán ya ha comenzado una lucha ideológica, y esto es sumamente necesario. Los intelectuales de origen pequeñoburgués siempre tratan obstinadamente y por todos los medios, incluyendo los literarios y artísticos, de expresarse y difundir sus propios puntos de vista y pretenden que el Partido y el mundo se remodelen a su propia imagen. En estas circunstancias, nuestro deber es decirles a voz en cuello a esos "camaradas": "¡Nada de eso! El proletariado no puede acomodarse a ustedes; condescender con ustedes equivalen, en realidad, a condescender con la clase de los grandes terratenientes y con la gran burguesía y poner en peligro de destrucción a nuestro Partido y a nuestro país." ¿A quién debemos, pues, tomar como modelo? Únicamente podemos transformar el Partido y el mundo a imagen de la vanguardia del proletariado. Esperemos que nuestros camaradas en los círculos literarios y artísticos comprendan la seriedad de este gran debate y participen activamente en esta lucha, de manera que cada camarada perfeccione su pensamiento, y nuestras filas, en su conjunto, lleguen a estar verdaderamente unidas y consolidadas en lo ideológico y organizativo.

Como resultado de la confusión ideológica, muchos camaradas nuestros no son muy capaces de hacer una distinción real entre las bases revolucionarias y las zonas controladas por el Kuomintang, cosa que los ha llevado a cometer muchos errores. Numerosos camaradas llegaron aquí de las boardillas de Shangai; al venir de esas boardillas a las bases revolucionarias, no sólo pasaron de una región a otra sino también de una época histórica a otra. Una es la de una sociedad semifeudal, semicolonial, bajo el dominio de los grandes terratenientes y de la gran burguesía, mientras la otra es la de una sociedad revolucionaria de la nueva democracia, bajo la dirección del proletariado. Llegar a las bases revolucionarias significa entrar en una época sin precedentes en los miles de años de la historia de China, una época en que las grandes masas populares ejercen el Poder. La gente que nos rodea y el público a quien se dirige nuestra propaganda son completamente diferentes. La época pasada se ha ido y jamás retornará. Por eso debemos integrarnos a las nuevas masas sin la menor vacilación. Si, viviendo entre las nuevas masas, a algunos camaradas aún "les ha faltado conocimiento y comprensión, que eran como los héroes que no tienen dónde realizar sus proezas", como dije antes, entonces se encontrarán con dificultades no sólo cuando vayan a las aldeas, sino también aquí mismo, en Yenán. Algunos camaradas pueden pensar: "Bueno, es mejor que yo continúe escribiendo para los lectores de 'la gran retaguardia' ¹²; es una tarea que conozco bien y que tiene 'importancia nacional'." Esta idea es errónea totalmente. "La gran retaguardia" cambia también, y los lectores de allá no necesitan que los autores de las bases revolucionarias les cuenten las viejas historias aburridas de siempre, esperan que les hablen de los hombres nuevos y el mundo nuevo. Por lo tanto, cuanto más esté escrita una obra para la gente de las bases revolucionarias, tanto mayor será su importancia nacional. La novela de A. Fadéiev *La Derrota* ¹³ sólo se refiere a las acciones de un pequeño destacamento de guerrilleros, y no fue creada con la intención de satisfacer el gusto de los lectores del mundo viejo; no obstante, tuvo una influencia mundial, o por lo menos, como todos saben, un efecto tremendo en China. China marcha hacia adelante, no hacia atrás, y son las bases revolucionarias, y no cualquier región atrasada, retrógrada, las que la dirigen en su avance. En el curso del movimiento de rectificación, los camaradas han de entender ante todo este problema fundamental.

Puesto que es necesario integrarse a la nueva época de las masas, es preciso solucionar cabalmente el problema de las relaciones entre el individuo y las masas. Este dístico de Lu Sin debe ser nuestro lema :

*"Con el ceño endurecido, desafío fríamente los mil dedos que me señalan,
Humillando la frente, cual manso buey sirvo gustoso al niño."* ¹⁴

Los "mil dedos" son nuestros enemigos, y nunca nos someteremos a ellos por feroces que sean. El "niño" aquí simboliza al proletariado y las masas populares. Todos los comunistas, todos los revolucionarios, todos los trabajadores revolucionarios en el frente de la literatura y del arte deben seguir el ejemplo de Lu Sin y ser "mansos bueyes" del proletariado y de las masas populares, doblando el espinazo para llevar la carga, hasta exhalar el último suspiro. Los intelectuales que pretendan integrarse a las masas y servirles, han de pasar a través de un proceso en el que ellos y las masas llegarán a conocerse mutuamente. Este proceso puede implicar, e implicará sin lugar a dudas, muchos sufrimientos y fricciones, pero si ustedes están resueltos, podrán cumplir estas exigencias.

Cuanto hoy he dicho se refiere tan sólo a algunos de los problemas de orientación básica para nuestro movimiento literario y artístico; existen otros muchos problemas específicos que exigen un estudio más amplio. Confío, camaradas, en que están decididos a marchar en la dirección señalada. Creo que, en el curso del movimiento de rectificación y en su largo período futuro de estudio y trabajo, serán capaces de transformarse y transformar sus obras, de crear muchas obras excelentes que tendrán calurosa acogida entre las masas populares, así como de impulsar el movimiento literario y artístico en las bases revolucionarias y en toda China a una nueva y gloriosa etapa.

NOTAS

1 Se refiere al movimiento que estalló el 4 de mayo de 1919, movimiento revolucionario en contra del imperialismo y del feudalismo. En la primera mitad de 1919, los imperialistas triunfadores en la Primera Guerra Mundial, Inglaterra, Francia, EE.UU., Japón e Italia, convocaron la conferencia en París para repartir los beneficios logrados en la guerra, y decidieron que los privilegios anteriormente arrojados por Alemania en la provincia de Shantung fueran pasados a manos de Japón. El 4 de mayo, los estudiantes de Pekín eran los primeros en celebrar mítines y manifestaciones para expresar su oposición resuelta. El gobierno de los caudillos militares del Norte procedió a su aplastamiento y detuvo a más de 30 manifestantes. Los estudiantes se pusieron en huelga e hicieron abandono del estudio lo que encontró eco inmediato de sus compañeros escolares en todo el país. A partir del 3 de junio el gobierno de los caudillos militares del Norte llevó a cabo detenciones en mayor escala. El hecho de que unos mil estudiantes fueran arrestados dentro del plazo de dos días dio pábulo al odio aún mayor del pueblo chino. Desde el 5 del mismo, los obreros de Shanghai y de otras ciudades tomaron parte en la huelga, y los comerciantes les siguieron inmediatamente. El movimiento patriótico en que participaron, al comienzo, principalmente los intelectuales, se extendió rápidamente hasta la escala nacional y llegó a abarcar al proletariado, la pequeña burguesía e incluso la burguesía. Al compás del desarrollo de ese Movimiento patriótico del 4 de Mayo, el movimiento de la nueva cultura, que se inició antes del primero con el fin de combatir el feudalismo y promover la ciencia y la democracia, se desarrolló en el amplio movimiento de la cultura revolucionaria, con la difusión del marxismo-leninismo como su corriente principal.

2 La región fronteriza de Shensi-Kansu-Ningsia era la base de apoyo revolucionaria que fue establecida paulatinamente a partir de 1931 a través de la guerra de guerrilla revolucionaria en el norte de Shensi. Se convirtió en la base de apoyo central de la revolución y en la sede del Comité Central del Partido Comunista de China cuando el Ejército Rojo Central llegó al norte de Shensi después de la Gran Marcha. Fue denominado Región Fronteriza de Shensi-Kansu-Ningsia tras el establecimiento del Frente Único Nacional Antijaponés en 1937 y abarcaba los siguientes distritos: Yenán, Fusien, Kanchuan, Yenchuan, Yenchang, Anting (hoy Tsichang), Ansai, Chitan, Chingpien, Shenmu, Fuku, Tingpien, Sunyi, Chunjua, Juansien, Chingyang, Jeshui, Chenyuan, Ningsien, Chengning, Yenchi, Suite, Chingchien, Wupu, Michi y Chiasien.

3 Véase Lenin, "La organización del Partido y la literatura del Partido", obra en la que explicó las características de la literatura proletaria diciendo:

"Será una literatura libre porque no han de ser el afán de lucro y el arribismo, sino la idea del socialismo y la simpatía por los trabajadores las que incorporen a sus filas nuevas y nuevas fuerzas. Será una literatura libre, porque servirá no a damiselas hastiadas de todo, no a los 'decenas de miles de arriba', cargados de aburrimiento y de grasa, sino a millones y decenas de millones de trabajadores, que son la flor y nata del país, su fuerza, su futuro. Será una literatura libre, que fecunde la última palabra del pensamiento revolucionario de la humanidad con la experiencia y la actividad viva del proletariado socialista, una literatura que haga efectiva la relación recíproca y constante entre la experiencia del pasado (el socialismo científico, coronación del desarrollo del socialismo desde sus formas primitivas, utópicas) y la experiencia del presente (la lucha actual de los camaradas obreros)."

4 Liang Shi-chiu, miembro del contrarrevolucionario Partido Socialista Nacional. Propagó durante largo tiempo las ideas de la burguesía reaccionaria de los Estados Unidos sobre literatura y arte, se opuso obstinadamente a la revolución y denigró la literatura y el arte revolucionarios.

5 Chou Tsuo-yen y Chang Tsi-ping capitularon ante los invasores japoneses después de que éstos ocuparon Pekín y Shanghai en 1937.

6 Véase *Obras Completas de Lu Sin*, t. IV, colección de "Dos corazones", "Mi opinión sobre la Alianza de Escritores de Izquierda".

7 Véase *Obras Completas de Lu Sin*, t. VI, "Última colección de los ensayos escritos en una boardilla de la zona de semiconcesión", "Apéndice", "Muerte".

8 Opereta popular china, con sólo dos personajes, un vaquerito y una niña aldeana. Su contenido se manifiesta por medio de las preguntas y respuestas entre esas dos personas. En los primeros días de la Guerra de Resistencia contra el Japón, esta forma fue utilizada, con letra nueva, para hacer la propaganda antijaponesa y alcanzó en su tiempo inmensa popularidad.

9 En chino, son jeroglíficos sencillos, formados con pocos trazos, que se solían incluir en las primeras lecciones de los viejos manuales de chino para escuelas primarias.

10 "Canción de los pobres rústicos" y "La nieve primaveral" eran canciones del reino de Chu del siglo III antes de nuestra era. La música de la primera era de un nivel inferior, y la de la última, de un nivel superior. Se dice en "Respuestas de Sung Yu al rey de Chu",

recopilado en *Antología de Prosas y Poesías* del príncipe Chao Ming, que, cuando un cantor entonaba en la capital de Chu “La nieve primaveral”, sólo unas pocas decenas la coreaban, pero cuando cantaba “Canción de los pobres rústicos”, lo hacían miles de personas.

11 Véase Lenin, “La organización del Partido y la literatura del Partido”. Dijo:

“La literatura debe ser una *parte* de la causa proletaria en su conjunto, ser ‘rueda y tornillo’ del único y gran mecanismo socialdemócrata, puesto en movimiento por toda la vanguardia consciente de toda la clase obrera.”

12 Durante la Guerra de Resistencia contra el Japón, la gente llamaba “la gran retaguardia” a las vastas zonas que se encontraban bajo el control del Kuomintang, no ocupadas por los invasores japoneses, en el Sudoeste y en el Noroeste de China, para distinguirlos de “la pequeña retaguardia”, que eran las bases antijaponesas situadas en la retaguardia del enemigo y dirigidas por el Partido Comunista.

13 Alexander Fadéiev es un célebre escritor soviético. Su novela *La Derrota*, publicada en 1927, relata la historia del combate emprendido, durante la guerra civil de la Unión Soviética, por un destacamento guerrillero formado por obreros, campesinos e intelectuales revolucionarios de Siberia contra los bandidos contrarrevolucionarios. Esta novela fue traducida al chino por Lu Sin.

14 Véase *Obras Completas de Lu Sin*, t. VII, “Recopilación fuera de las recopilaciones”, “Burlándome de mí mismo”.

LA ORGANIZACIÓN DEL PARTIDO Y LA LITERATURA DEL PARTIDO

Las nuevas condiciones en que se desenvuelve la actividad socialdemócrata en Rusia después de la Revolución de octubre 69 han puesto al orden del día el problema de la literatura del partido. Comienza a desaparecer la diferencia entre la prensa clandestina y la legal, triste herencia de la época de la Rusia feudal y autocrática.

Esta diferencia no ha desaparecido aún, ni mucho menos.

El hipócrita Gobierno de nuestro primer ministro llega a tal extremo en sus atropellos que Izvestia Sovieta Rabóchij Deputátov se publica "clandestinamente", pero el Gobierno sólo cosecha nuevos bochornos y nuevos golpes morales con sus torpes intentos de "prohibir" lo que no puede impedir que aparezca.

Cuando existía una diferencia entre la prensa clandestina y la legal, el problema de la prensa del Partido y de la que no era del partido se resolvía de manera simple, falsa y monstruosa en extremo. Toda la prensa ilegal era del partido, se editaba y estaba dirigida por organizaciones y grupos vinculados de una u otra manera a grupos de camaradas que realizaban trabajo práctico de partido. La prensa legal, en su conjunto, no pertenecía a ningún partido, pues eso estaba prohibido; pero "se inclinaba" hacia tal o cual partido. Eran inevitables las alianzas deformes, las "convivencias" anormales y los ropajes falsos; a las forzadas reticencias de quienes deseaban dar a conocer opiniones de partido se unían la incomprensión o la cobardía intelectual de quienes no habían llegado a compenetrarse con esas opiniones y de quienes, en realidad, no eran hombres de partido.

¡Maldita época de discursos esópicos, de servilismo literario, de lenguaje lacayuno y de feudalismo ideológico !

El proletariado ha puesto fin a esta infamia, bajo cuyo peso se asfixiaba en Rusia todo lo vivo y todo lo nuevo.

Pero el proletariado aún no ha conquistado para Rusia más que una libertad a medias.

La revolución no ha terminado todavía. El zarismo ya no tiene fuerzas para vencer a la revolución, pero la revolución no es aún lo bastante fuerte para vencer el zarismo. Atravesamos unos momentos en que se manifiesta por doquier y en todos los aspectos esta anormal conjugación del partidismo abierto, honesto, directo y consecuente y la "legalidad" clandestina, velada, "diplomática", evasiva.

Esta anormal conjugación repercute asimismo en nuestro periódico; por mucho que ironice el señor Guchkov a propósito de la tiranía socialdemócrata, que prohíbe la publicación de periódicos burgueses liberales y moderados, continúa siendo un hecho que Proletari, Órgano Central del Partido Obrero Socialdemócrata en Rusia, no está autorizado en la Rusia autocrática y policíaca.

Lo cierto es que lo ya conseguido en esta primera mitad de la revolución nos obliga a todos nosotros a reorganizar inmediatamente este asunto. La literatura puede ser en el noventa por ciento de los casos incluso "legalmente", una literatura de partido. La literatura debe adquirir un carácter partidista. En oposición a los hábitos burgueses, en oposición a la prensa burguesa mercantil y empresarial, en oposición al arribismo y al individualismo literarios burgueses, al "anarquismo señorial" y al afán de lucro, el proletariado socialista debe proclamar el principio de la literatura partidista, desarrollar este principio y aplicarlo en la forma más plena e íntegra posible.

¿En qué consiste este principio de la literatura partidista ?

No consiste solamente en que la literatura no puede ser para el proletariado socialista un medio de lucro de individuos o grupos ni, en general, obra individual, independiente de la causa proletaria común. ¡Abajo los literatos apolíticos ! ¡Abajo los literatos superhombres ! La literatura debe ser una parte de la causa proletaria, debe ser "rueda y tornillo" de un solo y gran mecanismo socialdemócrata, puesto en movimiento por toda la vanguardia consciente de toda la clase obrera. La labor literaria debe pasar a ser una parte integrante del trabajo organizado, coordinado y unificado del Partido socialdemócrata.

"Toda comparación cojea", dice un proverbio alemán.

También cojea mi comparación de la literatura con un tornillo y de un movimiento vivo con un mecanismo. Hasta es posible que salgan por ahí intelectuales histéricos que alboroten a propósito de esta comparación, de la cual dirán que degrada, paraliza y "burocratiza" la libre lucha ideológica, la libertad de crítica, la libertad de creación literaria, etc. , etc. En realidad, semejantes vociferaciones no serían sino la expresión del individualismo intelectual burgués. Sin duda, la labor literaria es la que menos se presta a la igualación mecánica, a la nivelación al dominio de la mayoría sobre la minoría. Sin duda, en esta labor es absolutamente necesario asegurar mayor campo a la

iniciativa personal, a las inclinaciones individuales, al pensamiento y ala imaginación, a la forma y al contenido. Todo esto es indudable, pero sólo demuestra que la función literaria del partido del proletariado no puede ser identificada mecánicamente con sus demás funciones.

Esto en modo alguno desmiente la tesis, extraña y peregrina para la burguesía y para la democracia burguesa, de que la labor literaria debe, de manera indefectible y obligatoria, estar indisolublemente ligada a los otros aspectos de la actividad del Partido Socialdemócrata. Los periódicos deben ser órganos de las diversas organizaciones del Partido. Los literatos deben formar parte, sin falta, de las organizaciones del Partido. Las editoriales y sus depósitos, las librerías, salas de lectura, bibliotecas y distribuidoras de publicaciones deben ser del Partido y rendir cuentas ante él. El proletariado socialista organizado debe seguir atento esta labor, controlarla, introducir en toda ella, sin excepción alguna, el vivo raudal de la viva actividad proletaria, haciendo que desaparezca así toda base para el viejo principio ruso semioblomoviano 70 y semimercantilista: Dejemos que el escritor escriba y el lector lea.

Ni que decir tiene, claro es, que no puede verificarse de golpe esta transformación de la labor literaria, emporcada por una censura asiática y por una burguesía europea.

Nada más lejos de nosotros que la idea de preconizar un sistema uniforme o una solución del problema mediante unas cuantas disposiciones reglamentarias. Lo que menos cabe a este respecto es el esquematismo. De lo que se trata es de que todo nuestro Partido, todo el proletariado socialdemócrata consciente en Rusia entera tome conciencia de esta nueva tarea, se la plantee con claridad y emprenda en todas partes su cumplimiento. Liberados del cautiverio de la censura feudal, no queremos ser ni seremos presos de las relaciones literarias mercantilistas burguesas. Queremos crear y crearemos una prensa que sea libre no sólo con respecto a la policía, sino también con respecto al capital, una prensa exenta de arribismo; es más, exenta también del individualismo anárquico burgués.

Estas últimas palabras parecerán acaso una paradoja o una burla de que queremos hacer objeto a los lectores.

¿Cómo ?, exclamará, tal vez, algún intelectual, ardiente partidario de la libertad. ¿Cómo ? ¡Pretenden supeditar al colectivismo algo tan delicado e individual como la creación literaria ! ¡Pretenden que los obreros resuelvan por mayoría de votos las cuestiones de la ciencia, de la filosofía y de la estética ! ¡Niegan la libertad absoluta de la creación ideológica absolutamente individual !

¡Tranquilícense, señores ! En primer lugar, se trata de las publicaciones del partido y de su subordinación al control de éste. Cada cual es libre de escribir y decir cuanto quiera, sin la menor cortapisa. Pero toda asociación libre (incluido todo partido) es también libre para arrojar de su seno a aquellos de sus miembros que utilicen el nombre del partido para propugnar puntos de vista antipartido. La libertad de palabra y de prensa debe ser completa.

Pero también debe serlo la libertad de asociación.

Yo tengo la obligación de concederte, en nombre de la libertad de palabra, pleno derecho a gritar, mentir y escribir todo lo que desees. Pero tú tienes la obligación de concederme a mí, en nombre de la libertad de asociación, el derecho a concertar o anular una alianza con quienes se expresan de tal o cual manera. El partido es una unión voluntaria cuya disgregación, primero ideológica y luego material, sería inevitable si no se desembarazase de los miembros que sostienen opiniones opuestas a las del partido. Pues bien, para determinar los límites entre lo que es del partido y lo que es contrario al partido está el programa del mismo, están sus resoluciones sobre táctica y sus estatutos y está, por último, toda la experiencia de la socialdemocracia internacional, de las asociaciones voluntarias internacionales del proletariado, que da constantemente entrada en sus partidos a distintos elementos o tendencias no del todo consecuentes, no del todo marxistas puros, no del todo justos, pero que también lleva siempre a cabo “depuraciones” periódicas de su partido. Así ocurrirá, señores partidarios de la “libertad de crítica” burguesa, entre nosotros, dentro de nuestro Partido: ahora nuestro Partido se está transformando de golpe en un partido de masas; ahora estamos atravesando un brusco tránsito a la organización abierta; ahora acudirán indefectiblemente a nuestras filas muchos elementos inconsecuentes (desde el punto de vista marxista), incluso algunos cristianos y hasta quizás místicos. Tenemos un estómago resistente, somos marxistas firmes como la roca. Digeriremos a estos elementos inconsecuentes. La libertad de pensamiento y la libertad de crítica en el seno del Partido jamás nos harán olvidar la libertad de agrupación en asociaciones libres que se denominan partidos.

En segundo lugar, señores individualistas burgueses, debemos deciros que vuestras peroraciones sobre la libertad absoluta son pura hipocresía. No puede haber “libertad” real y efectiva en una sociedad fundada sobre el poder del dinero, en una sociedad en la que las masas trabajadoras viven en la miseria mientras un puñado de potentados vegeta en el parasitismo. ¿Acaso usted, señor escritor, no depende de su editor burgués y de su publico burgués, que le exige pornografía en marcos * y estampas, y prostitución como “suplemento” del “sagrado” arte escénico ? Esta libertad absoluta es una frase burguesa o anarquista (pues el anarquismo, como concepción del mundo, es la ideología burguesa vuelta del revés). No se puede vivir en una sociedad y ser libre de esa sociedad. La

libertada del escritor, del pintor y de la actriz burgueses no es sino la dependencia embozada (o que se trata de embozar hipócritamente) respecto de la bolsa de oro, del soborno y el condumio.

Los socialistas desenmascaramos esa hipocresía y arrancamos falsos rótulos, y no para conseguir una literatura y un arte independiente de las clases (esto será posible únicamente en la sociedad socialista sin clases), sino para oponer a la literatura hipócritamente libre, pero de hecho vinculada a la burguesía, una literatura realmente libre y vinculada abiertamente al proletariado.

Será una literatura libre porque no han de ser el afán de lucro y el arribismo, sino la idea del socialismo y la simpatía por los trabajadores las que incorporen a sus filas nuevas y nuevas fuerzas. Será una literatura libre porque servirá no a damiselas hastiadas de todo, no a los “diez mil de arriba”, cargados de aburrimiento y adiposos, sino a millones y decenas de millones de trabajadores que son la flor y nata del país, su fuerza, su futuro. Será una literatura libre que fecunde la última palabra del pensamiento revolucionario de la humanidad con la experiencia y la actividad viva del proletariado socialista, una literatura que haga efectiva la interacción constante entre la experiencia del pasado (el socialismo científico, coronación del desarrollo del socialismo desde sus formas primitivas, utópicas) y la experiencia del presente (la lucha actual de los camaradas obreros).

¡Manos a la obra, camaradas! Tenemos por delante una tarea nueva y difícil, pero grande y fecunda: organizar una vasta, multiforme y variada labor literaria en ligazón estrecha e indisoluble con el movimiento obrero socialdemócrata. Todas las publicaciones socialdemócratas deben ser publicaciones del Partido. Todos los periódicos, revistas, editoriales, etc. deben emprender inmediatamente el trabajo de reorganización, hacer que se incorporen por entero, de una u otra forma, a tal o cual organización del Partido. Solo entonces la literatura “socialdemócrata” merecerá realmente este nombre; solo entonces podrá cumplir con su deber; solo entonces podrá, incluso dentro de la sociedad burguesa, sustraerse a la esclavitud de la burguesía y fusionarse con el movimiento de la clase verdaderamente avanzada y revolucionaria hasta el fin.

“Nóvaya Zhizn”, núm. 12,13 de noviembre de 1905

Se publica según el texto del periódico.

Lenin